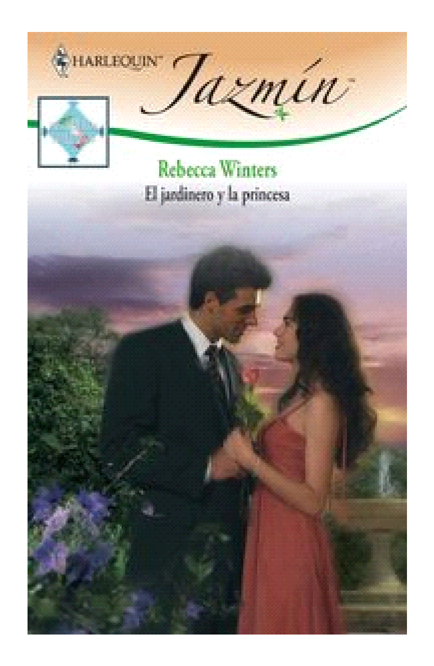

Jazmín

Rebecca Winters

El Jardinero y la Princesa

Herederos italianos 02



Título original: Italian groom, Princess bride (2009)

Serie: 2º Herederos italianos

Protagonistas: Dizo Fornese y Regina Vittorio

Ambos buscaban el amor verdadero

La princesa Regina Vittorio se marcharía pronto de su adorado reino de Castelmare para convertirse en la reina de otro país. Gina había dedicado su vida a los deberes propios de su cargo, pero a medida que el día de su boda se iba acercando, sólo deseaba pasar un momento más con el hombre al que verdaderamente amaba.

El jardinero real Dizo Fornese había sido testigo de cómo la princesa Regina se transformaba en una belleza, igual que las rosas que él cuidaba en palacio. Sabía que ella era intocable, pero aún le quedaba una oportunidad de arriesgarlo todo y reclamar a su princesa.

CAPÍTULO 1

–¿GUIDO?

El enjuto jardinero jefe de palacio se dio la vuelta. Acababa de dejar un saco de tierra en el interior del cobertizo que había detrás del invernadero. Cuando el hombre vio quién lo llamaba, realizó una ligera reverencia.

–Buona sera, principessa. Siento mucho lo de su padre.

Aunque Guido se comportaba de un modo correcto con ella, Regina siempre había sentido cierta reticencia en él. Últimamente, habría definido ese sentimiento como antipatía. El adusto jardinero, tan consciente de la distinción entre clases, mantendría las distancias hasta la tumba.

–Gracias, Guido. Yo también lo siento –murmuró Regina.

Nadie podría haber tenido un padre más maravilloso que el hombre que había reinado en el principado de Castelmare, situado en la vieja Europa, desde mucho antes de que Regina naciera. El cáncer de pulmón había terminado por arrebatarle a su padre y, aunque había sido un final esperado y deseado, se podía decir que Rudolfo Vittorio IV había muerto demasiado joven.

El hermano mayor de Regina, Lucca, el nuevo rey tras la muerte de su padre, y la esposa de éste, Alexandra, se tenían el uno al otro y a su adorada Catarina. Todo el mundo tenía a alguien. En aquellos momentos más que nunca, Regina necesitaba al único hombre al que había amado y que había sido su amigo íntimo y confidente desde que ella era una niña.

–¿Qué puedo hacer por usted?

–¿Sigue Dinozzo aún en el jardín?

–No.

El reloj decía que eran ya más de las seis de la tarde. Había planeado bajar tan tarde para que Dizo, el apodo cariñoso con el que ella lo denominaba, hubiera terminado ya con cualquier tarea que su padre le hubiera reservado después de salir de la clínica veterinaria.

–Si hablas con él esta noche, ¿te importaría decirle que me gustaría hablar con él por la mañana sobre algunas plantas de las que

hemos hablado él y yo?

–Lo haría, pero se ha marchado a Cerdeña.

La sorpresa al escuchar aquellas palabras dejó a Regina completamente petrificada.

Cerdeña…

Sin más explicaciones, Guido se dirigió al cobertizo a depositar otro saco.

–¿Y … y cuándo se marchó? –preguntó con voz temblorosa.

Había contado con que Dizo siguiera allí para poder hablar con él. En sus momentos más solitarios, siempre podía contar con él. Había estado a su lado en todas las encrucijadas de su vida.

–Esta mañana temprano.

«Temprano» significaba antes del entierro de su padre. Mientras que Guido parecía muy contento al respecto, Regina sentía un dolor que prácticamente le impedía respirar. Dizo se había marchado sin decirle por qué.

–Entiendo –dijo tratando de mantener la compostura para que Guido no pudiera disfrutar aún más con su desolación. Aquel día era de luto Nacional en honor a su padre. Además, su hermano Nic, ya rey, la estaba presionando para que se casara inmediatamente, por lo que aquella jornada se había convertido en la más negra de su vida.

–¿Y va a regresar pronto?

–No.

Regina tragó saliva.

–¿Acaso hay alguien enfermo?

La familia Fornese procedía de Cerdeña y tenían parientes en Sassari. Dizo apreciaba mucho a su anciana abuela, que vivía con el hermano de Guido, e iba a visitarlos cuando podía.

–No. Se va a casar muy pronto.

Eso era mentira. Aunque a Guido le habría gustado mucho que su hijo mayor se casara hacía muchos años, no había sido así. Se había

limitado a ponerle palabras a sus deseos más íntimos como padre. Si fuera verdad, Dizo se lo habría dicho personalmente. Decidió no compartir sus sentimientos con Guido.

–Vaya, no lo sabía. Gracias por la información, Guido.

–Prego, principessa.

Mientras se alejaba muy triste de allí, vio a los hermanos pequeños de Dizo regresando en otra de las furgonetas. Presa de la desesperación, les indicó que pararan.

El vehículo se detuvo inmediatamente. Fonsi sacó la cabeza por la ventana.

–Princesa, ¿ocurre algo?

–He venido aquí para hablar de la clase de árboles que quiero que se planten alrededor del panteón en el que reposan los restos de mi padre, pero acabo de enterarme de que Dinozzo se ha marchado a Cerdeña.

Fonsi asintió.

–Tu padre me ha dicho que va a casarse –dijo, esperando que los hermanos confirmaran que era mentira.

–A finales de verano –le informó Pascuale desde el interior de la cabina–. Ha encontrado un trabajo allí.

Dizo jamás le había dicho ni una sola palabra. Acababa de terminar sus estudios. Por supuesto, ella había dado por sentado que iba a ejercer su profesión de veterinario allí, en Capriccio, donde podría estar cerca de su familia. Había estado segura de ello. Además, ella no podía vivir sin Dizo. No creía a Guido. Se lo había inventado todo y sus hijos estaban en la mentira.

–¿Ha pedido a mi padre que la ayude?

–Todavía no, Fonsi –respondió sin expresar sentimiento alguno–. Tu hermano me dijo que tenía algunas ideas, por lo que quería hablar primero con él.

–Todos sentimos mucho lo de su padre. El nuestro lo adoraba y estará encantado de plantar algo especial en su honor –dijo Pascuale.

Guido Fornese siempre había estado al mando. No veía razón alguna para que sus hijos fueran a la universidad cuando todos tenían un buen trabajo en palacio. Fonsi y Pascuale ya estaban casados y tenían hijos, y jamás se atreverían a usurpar la autoridad de su padre. Dizo, por su parte, era diferente.

Aunque respetaba a su progenitor y lo ayudaba todo lo que podía, se había convertido en un soltero de treinta y dos años que esperaba mucho más de la vida y que se había sentido dispuesto a perseguirlo a pesar de que sabía que eso disgustaba a su padre. Al contrario de sus hermanos, Dizo jamás había sentido miedo de su padre ni de nadie más. Fuera lo que fuera lo que había provocado que él se marchara del país tan repentinamente, lo había hecho por su propia voluntad. Eso la aterrorizaba.

–Hablaré con tu padre a finales de semana cuando no esté tan ocupado. Gracias.

Ellos asintieron y siguieron conduciendo.

Regina siguió andando hasta que no pudo verlos más. Entonces, echó a correr a través de los extensos jardines. El dolor que sentía era demasiado profundo para poder llorar. Cuando llegó a la parte trasera del palacio, entró a través de una puerta privada seguida de uno de sus guardaespaldas y subió corriendo las escaleras. Su suite en la segunda planta del ala este daba al Mediterráneo. Antes de cerrar las puertas, indicó al guardaespaldas que entrara.

–Nico, en cuanto termine de hacer una maleta, me marcho a Niza en la limusina. Mi familia no sabe nada de mis planes –dijo–. Si a Vito y a ti os gusta este trabajo, os pido que no reveléis esta información a nadie.

–Capisco, Alteza.

Cuando el guardaespaldas abandonó la suite, llamó a su piloto.

–Me marcho esta noche a Alghero, en Cerdeña –le dijo–. Estaré en el aeropuerto en cuarenta minutos. Quiero que estés listo para despegar. No sé cuándo voy a regresar.

Después de llamar a su secretaria para que se ocupara de que

un coche de alquiler la estuviera esperando en el aeropuerto de Fertilia, en Cerdeña, Regina metió algunas prendas en una maleta y se marchó del palacio por el mismo lugar que había entrado.

No tardaría mucho en llegar a Cerdeña. Aunque ella estaba comprometida con otro hombre, necesitaba aquella noche de libertad para amar a Dizo y no iba a dejar que nadie se lo impidiera.

Dinozzo Romali Fornese estaba en el bar con las mangas enrolladas hasta el codo. Sabía que se estaba emborrachando mucho, demasiado. Eso estaba bien. El dolor de imaginarse a Gina como esposa de Nic resultaba completamente insoportable. Se tomó una copa más para asegurarse de no poder sentir nada y luego se marchó de la antigua taberna.

El aire de la noche era dulce y suave aunque, afortunadamente, no estaba impregnado del aroma embriagador de las flores que rodeaban el palacio. Allí nada le recordaba a ella. Dizo se montó en la furgoneta de su tío para dirigirse a la granja en la que había pasado su infancia. Siempre dormía en la habitación trasera de la vieja granja de piedra, pero aquella vez no se trataba de una simple visita. Si seguía vivo al día siguiente, tendría que ponerse a buscar trabajo y casa.

Lo último que recordaba era tomar el camino de grava que llevaba a la parte trasera de la vieja casa familiar.

–¿Dizo?

No. Sueños no. Aquella noche no.

–Dizo, caro...

Esa voz ... Nadie más que una persona lo llamaba así.

–Déjame en paz, Giannina –musitó con agonía.

–Sabes que no quieres que lo haga...

Sintió que los brazos de ella lo rodeaban. Las curvas de su figura se fundieron con el duro cuerpo sin negarle nada. Aquella boca, que él había comparado con una rosa salvaje comenzó a devorarlo presa de un apetito insaciable.

–Tienes razón –gritó él, febrilmente, contra esos labios seductores–. Te deseo tanto que podría comerte ese maravilloso cuerpo...

–Hazlo, tesoro…

Con aquella piel como el terciopelo y un cabello negro y brillante, impregnado del aroma del azahar, Dizo no pudo hacer nada más que tumbarla de espaldas y comenzar a besarla tal y como lo había hecho tantas veces en otros sueños.

Sin embargo, aquél era muy diferente.

En vez de que ella se desvaneciera repentinamente de su lado, Giannina permaneció donde estaba y lo besó apasionadamente. Las piernas de él se entrelazaron con las de ella. Después de tantos años de desear aquel momento, ella le empujaba al éxtasis. Dinozzo ansiaba que se prolongara eternamente.

–Ven aquí, mi preciosa y adorable Giannina. Más cerca … –susurró, contra la suave piel de la garganta de ella.

–Te amo, Dizo. Siempre te amaré. Eso no va a cambiar jamás.

–No me dejes, amore…

–Nunca. No tengas miedo de eso…

–Quiero sentirte así hasta el segundo en el que me despierte.

–En ese caso, no nos despertemos nunca –susurró ella contra sus labios.

–Si supieras los años que llevo esperando … ansiando esto…

Envolvió la boca de ella con la suya, bebiendo su dulzura. Dizo le hundió las manos en el cabello, gozando con el modo en el que los rizos se le enredaban en los dedos. Y el sueño seguía sin desvanecerse…

–Eh, Dinozzo … –dijo de repente una voz discordante–. ¿Sabes lo tarde que es?

Dizo comprendió que su fantástico sueño había terminado. No podía soportarlo. El alcohol que había consumido la noche anterior deberían haberlo borrado todo de su subconsciente, pero, en vez de hacerlo un par de sedosos brazos lo habían transportado a un lugar en el que había podido por fin probar el paraíso.

Con un gruñido, comenzó a levantarse de la cama, pero sintió algo cálido y suave tumbado a su lado que le impedía moverse con libertad. Abrió los ojos y, cuando por fin logró enfocar el lecho, vio el cuerpo de una mujer tumbado boca abajo, a su lado. La melena de rizos negros le resultaba alarmantemente familiar. La sábana que cubría parcialmente los cuerpos de ambos revelaba que la mujer que debía de haber elegido a las afueras del bar la noche anterior llevaba puesto una camiseta de tirantes de flores amarillas y blancas. Con manos temblorosas, le dio cuidadosamente la vuelta.

Giannina.

No podía pensar, ni respirar…

Lentamente, aquellos ojos enmarcados de pestañas negras se abrieron. unos fabulosos ojos marrones miraron los suyos.

–Dizo...

Como una gata estirándose al sol, ella extendió los brazos sin inhibición alguna y le rodeó el cuello con ellos. Él sintió el cálido y dulce aliento de ella sobre los labios...

Una vez más, alguien volvió a llamar con fuerza a la puerta, terminando de despertarlo del todo.

–¡Dinozzo! Me estoy empezando a preocupar. Si no te levantas antes de que cuente hasta tres, voy a entrar.

No demasiado suavemente, Dizo la empujó de nuevo contra el colchón. Acababa de taparla con la sábana cuando su tío entró en el dormitorio.

–Tu padre me ha llamado dos veces. Tiene un men...

Eso fue lo único que pudo decir su tío. Mientras se rascaba la calva de la cabeza, observaba la escena. Las miradas de los dos hombres se cruzaron en silencio.

–Le diré a tu padre que lo llamarás más tarde –dijo. Con eso, se dio la vuelta y cerró la puerta.

Dizo musitó una maldición y se sentó sobre la cama. Por algún milagro difícil de entender, aún llevaba los calzoncillos puestos. En aquel momento, Gina se asomó desde debajo de la sábana. Al ver su hermoso rostro, el corazón comenzó a golpearle con fuerza contra las

costillas. La princesa Regina Schiaparelli Vittorio de Castelmare había pasado la noche anterior en la cama con él. ¿Cómo era posible que hubiera estado tan borracho tras dejar la taberna que no hubiera sido capaz de distinguir la realidad de la ficción ni de darse cuenta de que el divino placer que ella le había concedido no era ningún sueño?

Gina comenzó a incorporarse, apartó la sábana y se puso de pie.

Con manos temblorosas, Dizo buscó una camiseta limpia en el cajón y se cubrió con ella su torso desnudo.

–Las explicaciones pueden venir más tarde –musitó–. Lo que tengo que hacer en estos momentos es sacarte de aquí antes de que mi tío se entere de quién eres.

–No me importa que lo sepa.

–Eso no lo dices en serio –replicó él. No podía ser.

Ella estaba a punto de casarse con el rey de Pedrosa. Para acercarse a ella, y sobre todo para tocarla, un hombre tenía que ser miembro de la realeza. Ella estaba fuera de sus límites. Era prohibida. Su padre se lo había inculcado desde el momento en el que aceptó el puesto de jardinero de palacio, muchos años atrás.

–Supongo que querrás decir que no quieres que lo diga en serio. ¿Es porque te vas a casar cuando termine el verano? –le preguntó ella.

–¿Quién te ha dicho eso?

–Tu padre. ¿Quién si no? ¿Es cierto? –le preguntó con voz temblorosa.

–Ya hablaremos de eso más tarde.

–Entonces, ¿es cierto? –insistió ella. Su rostro, de repente, había perdido color.

–No es ningún secreto que tú y yo siempre nos hemos sentido atraídos el uno por el otro, pero no podía haber nada más. Los dos tenemos que seguir adelante con nuestras vidas y, en estos momentos, existen prioridades.

A pesar de las lágrimas que relucían en aquellas largas y negras

pestañas, una sonrisa se le dibujó en aquellos provocadores labios.

–¿Y cómo piensas que voy a poder salir de este dormitorio sin que tu tío me vea?

Dizo tomó los zapatos de ella y se los entregó.

–Póntelos y te ayudaré a salir por la ventana. A unos cien metros de aquí, hay un cobertizo en el que se guarda la fruta. A esta hora, no habrá nadie por ahí. Escóndete y espera a que yo vaya.

Después de que ella se pusiera los zapatos, él le sostuvo la chaqueta para ayudarla a ponérsela. Le hizo falta toda su fuerza de voluntad para no estrecharla contra su cuerpo y terminar lo que ella había empezado mientras él creía que estaba soñando.

La intocable princesa Regina, de veintiséis años, había dejado de serlo. Sus labios hinchados mostraban señales de besos apasionados. Aunque no pudiera recordar los detalles, presentía que la había tocado por todo el cuerpo. El aroma de ella se le aferraba aún a la piel. ¿Cómo diablos iba a poder vivir con eso?

Ella le dedicó una cautivadora sonrisa.

–Tu tío va a saber cómo he desaparecido.

Dizo abrió la ventana y las contraventanas.

–No va a ser la primera vez –musitó él–, pero él también fue joven una vez y sabe muy bien que debe guardar silencio, en especial con nonna en la casa.

La agarró no demasiado delicadamente y la sacó por la ventana. No la soltó hasta que los pies de ella tocaron el suelo. Cuando se disponía a soltarle las manos, ella se aferró a él.

–Anoche tú me dijiste que me deseabas. Una y otra vez, de todas las maneras concebibles –añadió sin apartar los ojos de los de él.

Mientras él se quedaba allí, temblando por la implicación de aquellas palabras, que parecían sugerir que podría haber ocurrido más de lo que él recordaba, Gina se marchó.

Con la mandíbula apretada, cerró la ventana. Tras terminar de vestirse, salió del dormitorio y prácticamente se encontró con su tío, que acababa de salir del cuarto de la abuela.

–Te debo una disculpa … –comenzó Dizo con voz temblorosa.

Para su sorpresa, su tío sonrió.

–No tienes por qué –dijo él. Le golpeó cariñosamente el hombro. Su rostro parecía más afable que de costumbre–. Tu padre ha estado muy preocupado, pero acabo de llamarlo ahora mismo para asegurarle que a su Dinozzo no le pasa nada.

–En ese caso, comprenderás que necesito otra vez tu furgoneta.

–Sí, sí … Le diré a tu nonna que tenías cosas que hacer en el pueblo, pero que regresarás pronto.

–Te juro que no tardaré mucho. Grazie, zio.

Dizo salió por la puerta trasera para ir a buscar la furgoneta. Las llaves estaban en el contacto, justo donde él las había dejado la noche anterior.

–¿Princesa? –dijo, al llegar a la entrada del cobertizo–. Rápido, sal y entra...

Cuando ella ni respondió ni apareció, él frunció el ceño.

–¿Princesa?

Nada.

Tras bajarse de la furgoneta, entró en el interior del cobertizo. Tras mirar a su alrededor, comprobó que ella no estaba allí.

Recordó el momento en el que la había ayudado a escapar. Fue entonces cuando comprendió que, tras pronunciar aquellas últimas palabras, Gina no había tenido intención alguna de esperarlo. Demasiado tarde recordó que ella no iba a ninguna parte sin su ejército de empleados y guardaespaldas. Su delito tenía muchos testigos, que le habían visto sacarla de su dormitorio a través de una ventana. Era posible que lo ocurrido ya hubiera llegado a oídos del hermano de Gina. ¿Cuánto tiempo tardaría en enterarse Nic? De repente, Dizo comprendió que se había metido en el peor lío de su vida. Sin tiempo que perder, regresó corriendo a la granja.

Tras hacer que su tío jurara que le guardaría el secreto, le explicó que tenía que volver a Castelmare antes de que terminara el

día. Seis horas después, su vuelo comercial aterrizaba en Niza. Allí, alquiló un coche y luego se dirigió a toda velocidad a la ciudad de Capriccio, capital de Castelmare.

Cuando entró en el invernadero de palacio, tres pares de ojos se abrieron de par en par al verlo aparecer. Su padre desvió los suyos. La culpabilidad nunca dejaba de revelarse.

Dedicó a sus hermanos una mirada reveladora.

–Si no os importa, tengo que hablar con papá a solas.

Los dos asintieron y se marcharon, cerrando las puertas a sus espaldas.

–Siempre he sido consciente de tu antipatía por la princesa Regina, pero has elegido el día equivocado para decirle que me había marchado de Castelmare por un inminente matrimonio que no existe. ¿Te has parado a pensar en el dolor que estaba sintiendo después del entierro de su padre ayer?

–¿Y cómo sabes lo que le dije? –replicó su padre, levantando repentinamente la canosa cabeza.

–Me lo dijo ella misma –respondió. En persona. En Technicolor. Dizo aún no lo podía creer.

–Por supuesto. El teléfono –dijo él, golpeándose su propia pierna–. Esa jovencita jamás te deja en paz. Como es la principessa de Castelmare, ningún lugar queda lo suficientemente lejos para ella, ¿verdad? tal vez no tenga tu educación académica, figlio mio, pero no soy tan tonto como te crees que soy.

–Esa afirmación es tuya, no mía.

–¡Basta! –exclamó Guido, muy airado–. Exactamente porque sabía lo duro que era para ella, le dije lo que le dije –añadió, levantando el índice–. Desde que empecé a trabajar aquí, hace dieciséis años, he visto cómo te convertía en un perrillo enamorado y tú se lo consentías sabiendo que aquello no tenía futuro alguno. Antes de que tu madre muriera, me hizo prometerle que yo haría todo lo posible por detenerlo, pero yo no pude. Planeaste tu vida de modo que pudieras estar siempre alrededor de la princesa. Cuando vino aquí ayer después del entierro, buscándote, tomé el toro por los cuernos.

Ella se va a casar con el rey Nicolás de Pedrosa en un futuro no muy lejano. Dado que tú por fin mostraste el sentido común suficiente como para marcharte de Castelmare de una vez por todas, decidí asegurarme de que cierto cordón umbilical quedara cortado para siempre.

–Pues me temo que no sirvió de nada –replicó Dizo.

–Evidentemente, no. Has vuelto veinticuatro horas después, con el aspecto del mismo diablo a pesar de la gran noticia de mi hermano de que estuviste con una mujer anoche. ¿Qué ha hecho esa princesa? ¿Ordenarte que regreses a palacio con la excusa de elegir las plantas que deben adornar la tumba de su padre?

–Hizo algo mucho peor que eso, papá. Ésa es la razón por la que he venido aquí para buscar tu consejo.

–¿Mi consejo? –replicó él, burlándose–. ¿Desde cuándo quieres tú mi consejo?

–Desde esta mañana, cuando me desperté para encontrármela en mi cama.

–¿Estás diciendo que se presentó en la granja? –preguntó con incredulidad.

–Me temo que sí. Me marché del bar de Zitta sobre las dos. No me acuerdo de nada excepto que tuve un maravilloso sueño con ella. Cuando me desperté, estaba a mi lado.

–¿Tú…? –le preguntó su padre, sonrojándose–. Ya sabes a lo que me refiero…

–En realidad, no lo sé. Ella aún tenía la ropa puesta. Yo sólo tenía puestos los calzoncillos.

–Eso no significa nada.

–Por eso estoy aquí.

–¿La vio mi hermano?

–Vio a alguien en la cama, pero la saqué a través de la ventana antes de que él pudiera identificarla. Desgraciadamente, los dos sabemos que sus guardaespaldas tenían que estar muy cerca.

–Sí, y los guardaespaldas hablan –susurró su padre, antes de

hacerse la señal de la cruz.

–No he estado pensando en otra cosa. Le dije que me esperara en el interior del cobertizo de la fruta, pero, cuando fui a buscarla, ella ya se había ido.

–¡Fue todo un truco! Esa mujer se los conoce todos.

–Fuera lo que fuera, eso es lo que me ha hecho volver.

–No te queda otra opción más que ir a hablar con Lucca y contarle toda la verdad. Cuando el rey Nicolás lo descubra ... Si existe alguna posibilidad de que hayas dejado embarazada a la princesa, su hermano tiene que saberlo antes que nadie. Eso es algo que los guardaespaldas no saben todavía.

–¿Y entonces, qué, papá? Si la he dejado embarazada, jamás abortará. Nic tendrá que vivir con el conocimiento de que ha estado con otro hombre primero.

De hecho, había una parte de Dizo que se alegraba de que ella pudiera estar embarazada de él.

–Ella jamás podría casarse contigo, y mucho menos reconocerte a ti o a vuestro hijo en público. ¿Qué te parece eso?

Dizo guardó silencio y cerró los ojos.

–En ese caso, tendré que rezar a Dios para que no le hiciera el amor por completo.

–Pero no estás seguro del todo.

–No –admitió él, muy atormentado–. Ella es la única que me puede decir la verdad.

–¿Sabes si ha mentido alguna vez?

–No.

–En ese caso, tendrás que preguntarle a ella qué fue lo que ocurrió.

–Pienso hacerlo. Sea cual sea la respuesta, iré a hablar con su hermano. Él se merece saber exactamente lo que ocurrió antes de que el rey Nicolás lo descubra.

Guido asintió.

–Sí. Lucca es el único que tiene el poder de controlarla.

El padre de Dizo provenía de una cultura que no podía concebir que un plebeyo fuera amigo de un miembro de la realeza. Para pesar de Guido, el deseo por parte de Dizo había pasado a formar parte de la mezcla y lo había cambiado todo, convirtiéndolo en algo mucho más complicado y doloroso.

–Nosotros, los Fornese, somos gente de honor –dijo tristemente su padre.

–Tú siempre lo has sido, papá. Mi comportamiento ha sido cuestionable desde el día en el que dejé de escuchar tus advertencias.

Cuando su familia se mudó a Capriccio, Dizo tenía dieciséis años y era lo suficientemente mayor como para hacer rabiar a sus hermanos pequeños y a Gina, que era seis años más joven que él. Tras asumir que ella era simplemente una niña mimada, había tomado la determinación de no prestarle atención alguna, pero ella había resultado ser completamente diferente. Los fascinaba a todos porque era una princesa de verdad, alegre, amable y divertida.

Aunque ella tenía muchos amigos y primos, Dizo se dio cuenta de que prefería la compañía del hijo del jardinero. Él se sintió halagado, dado que siempre la había considerado superior en educación a él. El tiempo fue pasando. Un día, ella fue corriendo a buscarlo porque el perro de la familia había muerto. Entonces, él la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo para consolarla. Aquélla fue la primera vez que la tocó de verdad.

En aquella ocasión, otros sentimientos hicieron acto de presencia. Cuando la apartó de su lado, se dio cuenta de que Gina había crecido y se había redondeado. Parecía que, de la noche a la mañana, la encantadora jovencita se había convertido en una hermosa mujer por dentro y por fuera.

Ninguna otra se comparaba a ella. Para su sorpresa y desolación, las mujeres con las que salió durante sus años en la universidad sólo sirvieron para ilustrar aún más la diferencia entre ella y cualquier otra mujer. Sabía que deseaba a Gina de todas las maneras que un hombre puede desear a una mujer. El resto ni siquiera estaba cerca.

Su padre suspiró profundamente.

–Todo esto es culpa mía. Tan pronto como vi lo que estaba ocurriendo entre vosotros dos, debería haberme llevado a toda la familia de vuelta a Sassari.

–Eso no es cierto, papá. Su padre te pidió que vinieras a Castelmare y que trabajaras para él porque eras el mejor jardinero de toda Cerdeña. Siempre he estado muy orgulloso de ti, aunque sea así como te lo demuestro –dijo, lleno de amargura.

–No debería haberla mentido. Eso fue lo que la empujó a hacer algo que ni siquiera yo habría podido imaginar.

–No. Yo también tengo la culpa. Como no sabía cómo despedirme de ella, decidí no hacerlo. Eso fue lo que la empujó a hacer algo tan arriesgado. Con lo del entierro, pensé que sería el mejor momento para marcharme. Voy a llamar a palacio. Le dejaré a su secretaria el mensaje de que estoy aquí en el invernadero esperando para hablar con ella.

Su padre le golpeó cariñosamente el brazo.

–Corragio, figlio mio.

Aquello iba más allá del valor. A Dizo no le quedaba más remedio que enfrentarse con la situación. Un escándalo como aquél pondría patas arriba el mundo de Nicolás y afectaría tanto al honor de la familia de él como la de ella.

Pensó en otras Familias Reales que se habían visto en situaciones similares. Cuando la prensa se enterara de lo que estaba ocurriendo en Castelmare, sus vidas no volverían a ser las mismas. Todos serían etiquetados y crucificados. El tormento no acabaría nunca.

A Dizo no le importaba por él. Sin embargo, en el caso de Gina, haría todo lo que pudiera para protegerla.

CAPÍTULO 2

REGINA estaba de camino a casa después de una reunión cuando recibió una llamada de su secretaria. Respondió inmediatamente.

–¿Sí?

–¿Alteza? Dizo Fornese está en el invernadero, esperando sus órdenes sobre los árboles que quiere que se planten alrededor de la tumba de su padre. ¿Qué quiere que le diga al respecto?

¡Por fin? Gina sintió que el pulso se le aceleraba de excitación.

–Dile que no se marche todavía. Me reuniré con él dentro de cinco minutos.

–Muy bien.

Tras colgar el teléfono, Regina le dijo a su chófer que se dirigiera al invernadero de palacio. Sonrió. por muy enojado que Dizo pudiera estar con ella, no había podido olvidar los recuerdos de la noche anterior y aquella mañana, esos instantes de pasión desatada que habían compartido incluso a pesar de lo embriagado que él estaba. El deseo que sentía lo había llevado a tomar el primer avión que regresaba a Niza.

Regina jamás lo había visto borracho. Su alto, inteligente, orgulloso y disciplinado Dizo, con sus rasgos aquilinos y penetrantes ojos negros no cometía errores. A excepción de la noche anterior.

Sorprendido con la guardia baja, había sucumbido entre los brazos de Gina. Cuando llegaron a la habitación de la parte trasera de la casa él no se había resistido mientras ella lo ayudaba a prepararse para meterse en la cama. Cuando ella se quitó la chaqueta, Dizo la tomó entre sus brazos casi salvajemente y comenzó a besarla con pasión.

Ella gimió cuando el alcohol que él había consumido se apoderó de él y lo hizo quedarse dormido. Regina durmió un poco, pero, cuando empezaba a despuntar la mañana, se despertó para estudiar al hermoso hombre que tan posesivamente la abrazaba en sueños. El vello que le cubría el torso igualaba su oscuro y ondulado cabello.

Aunque Gina tenía la piel cetrina, la de él era más oscura. Un

hombre tan fuerte y poderoso no podría saber nunca lo segura que ella se había sentido entre sus brazos. Ella había apretado el rostro contra el cuello de Dizo, gozando con el aroma tan masculino de su piel. Durante muchos años, sólo había podido mirar, y no tocar. Tenerlo de repente sólo para ella le provocaba una profunda euforia. ¿Cómo iba a poder casarse con Nic después de aquello?

Ansiosa por ver a Dizo, saltó de la limusina en el momento en el que ésta se detuvo delante del invernadero y le dijo al chófer que ya no lo necesitaría. Vio un coche de alquiler, seguramente el de Dizo, aparcado a un lado y entró rápidamente.

Los pies se le inmovilizaron en el momento en el que vio a Dizo de pie delante de una ventana, observando el jardín. Llevaba una camisa azul y unos pantalones oscuros. Estaba tan guapo...

–¿Dizo?

La alegría que Gina sintió se disipó por completo al sentir una profunda ira en él.

Dizo respiró profundamente.

–El cuento de hadas terminó cuando me desperté y te descubrí en mi cama esta mañana. Sólo tengo una pregunta que hacerte.

Ella sabía perfectamente a lo que se refería.

–No cruzamos la línea prohibida. Fui a Cerdeña para hablar contigo y descubrir por qué te habías marchado sin decírmelo, pero estabas demasiado borracho para hacer otra cosa que no fuera besarme antes de quedarte dormido.

–Grazie a Dio –exclamó él–. Ahora, ¿te importaría llamar a tu hermano y pedirle que viniera aquí también?

Gina se quedó completamente atónita.

–No, Dizo...

–Sí, principessa... –replicó él–. Si no lo haces tú, lo llamaré yo ahora mismo.

–¿Y qué ... qué le vas a decir? –tartamudeó ella.

–Eso es asunto mío –replicó él. Entonces, se acercó a ella.

–No me hagas hacer esto.

–Dame tu teléfono móvil o tendré que quitártelo.

A pesar de todos los esfuerzos de Gina por mantener el control, los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Dizo…

–Llorar no va a servir de nada. Estás a punto de casarte con otro hombre. ¡No hay más que hablar! –exclamó. Entonces, agarró el bolso de Gina y rebuscó en su interior hasta encontrar el teléfono móvil–. ¿Quieres que sorprenda a tu hermano, quien podría no estar en las circunstancias adecuadas, al escuchar mi voz al otro lado de la línea telefónica o prefieres encontrar el modo de hacer que tu hermano baje aquí sin causarle más estrés del necesario? la decisión depende de ti.

Ella le arrebató el teléfono y marcó el número de su hermano. Poco después, oyó la voz de Lucca.

–Regina, ¿dónde estás? Alexandra está a punto de bañar a Catarina. Ven a divertirte con nosotros.

–Yo … me encantaría –dijo, tartamudeando las palabras–, pero en estos momentos estoy en el invernadero tratando de decidir qué árboles plantar en la tumba de papá. Dinozzo está aquí –añadió, al sentir que él la empalaba con la mirada, obligándola así a llevar a cabo sus órdenes–. Si pudieras venir un momento y ayudarme a tomar la decisión final antes de que él tenga que marcharse.

Después de una pausa, Lucca dijo:

–Estás muy rara. Ocurre algo. Bajo enseguida.

Con eso, Lucca colgó el teléfono.

Regina apartó la mirada.

–Ya viene –susurró.

Mientras esperaba, sintió que el cuerpo empezaba a congelársele y sintió náuseas. Entonces, notó que le zumbaban los

oídos. Antes de que pudiera darse cuenta, Dizo la había hecho sentarse en una silla.

–Coloca la cabeza entre las piernas.

Dizo le había colocado la mano en la nuca y no le daba opción. Durante un minuto, sintió que la cabeza le daba vueltas. Él se inclinó sobre ella.

–¿Princesa? –susurró. A Regina le pareció que había un tono de cierta preocupación en su voz, pero se sentía demasiado mareada como para analizarlo.

Cuando el mundo dejó por fin de darle vueltas, levantó la cabeza.

–Estoy bien.

Lucca eligió aquel mismo instante para entrar en el invernadero. Tras mirarla, se acercó a ella rápidamente.

–Estás tan pálida como un fantasma. ¿Qué ocurre, piccina?

Regina no sabía por dónde empezar. Lucca, muy preocupado, miró a Dizo buscando una explicación.

–Su hermana tiene algo que decirle, pero antes de que llegara estuvo a punto de desmayarse. Iré a buscarle un poco de agua.

Fue a sacar una botella de agua de un pequeño frigorífico y, tras quitar el tapón, se la entregó a ella. Regina bebió ávidamente.

–Gracias.

–Voy a llamar al médico –dijo Lucca.

–No necesito ayuda médica.

Respiró profundamente y se levantó. Sin mirar siquiera a Dizo, se enfrentó a su hermano.

–Hice una tontería. Anoche fui a visitar a Dizo a Sassari sin que él me invitara. A él no le gustó. No tengas miedo. Me hizo volver tan rápidamente que aún me da vueltas la cabeza. Resulta evidente que él tiene miedo de que yo lo haya comprometido a él y a su familia. También parece creer que no lo voy a dejar en paz, por lo que ha decidido venir aquí esta noche y pedirme que te contara todo lo

ocurrido. En realidad, me alegro de que haya insistido en que tú bajaras aquí. Así, puedo jurar por el amor de nuestro padre muerto que Dizo no tiene motivo alguno para temer que yo lo avergüence a él o a su familia una vez más. Después de dieciséis años, él está libre de mí. Que Dios me ayude.

Regina volvió la cabeza para mirar a Dizo.

–¿Te satisface eso o acaso esperabas que le diera todos los detalles? antes de anoche, habría jurado que, al menos, eras mi amigo. Sin embargo, todo eso ha cambiado ahora que he descubierto que cometí un terrible error de juicio al depositar mi fe en ti. Resulta muy triste crecer en una única noche. Una descubre que no puede depender de nadie más que de sí misma. Papá me lo advirtió en más de una ocasión, pero creí que estaba hablando de su propia vida como rey. Arrivederci, Dinozzo Fornese.

Para regocijo de Regina, vio que el rostro de él palidecía tanto como el de ella. La sombría expresión de aquellos ojos oscuros era motivo de celebración. Aunque aún se sentía presa de un terrible dolor, se marchó del invernadero por su propio pie.

Los pasos de Gina aún resonaban en el exterior, dejando un vacío en el interior de Dizo que él ni siquiera podía comenzar a describir.

–Has hecho bien en venir a contarme todo esto –dijo Lucca, por fin–. Soy consciente de que mi hermana siempre te ha estado persiguiendo. Llevaba mucho tiempo necesitando aprender esta lección. Mi padre a menudo hablaba de la admiración que sentía por tu familia, por ti.

Antes de que muriera, Regina le contó que terminaste tus estudios el primero de la promoción. Eso hizo que mi padre se sintiera muy orgulloso.

–Gracias. Yo sentía lo mismo por él. Era un hombre maravilloso. Todos sentimos mucho su pérdida.

Lucca asintió.

–Ha sido muy duro, pero ya no sufre más, algo por lo que su familia nos sentimos agradecidos.

–Por supuesto.

–Tú también eres un buen hombre. No hay otro mejor. Si conozco bien a mi hermana, y creo que es así, como se va a casar muy pronto con Nic, ella jamás volverá a acercarse a ti ni a avergonzarte nunca más.

Un temblor recorrió el cuerpo de Dizo. Aunque Lucca había dicho la verdad, él ya sabía que Regina mantendría su promesa. Para asegurarse de que ella se alejaba de él para siempre, había hecho algo imperdonable. Ahora que ella ya estaba fuera de su vida paras siempre, el vacío que sentía en su interior resultaba desolador.

–Cuéntame tus planes, dottore Fornese.

Dizo respiró profundamente.

–Hay siete consultas veterinarias en Sassari en las que puedo trabajar, pero también estoy buscando en otros sitios. Mientras tanto, me alojaré con mi tío y mi abuela. Cuando haya encontrado lo que más me convenga, me buscaré mi propia casa.

Lucca extendió la mano.

–Enhorabuena por convertirte en veterinario. Tu padre oculta bien sus sentimientos, pero sé que realiza pequeños comentarios que hace que todos sepamos que se muere de orgullo por tus logros.

–Gracias, Alteza.

–Llámame Lucca. Estoy seguro de que después de estar tantos años diciéndotelo, podrás por fin llamarme por mi nombre de pila.

–Grazie, Lucca.

–Prego, Dizo. Sé que Regina te llama así. Ahora, quiero que sepas que tienes mi respeto por el modo en el que has tratado la atención que ella te ha dedicado durante todos estos años. Otro hombre se habría aprovechado hace mucho tiempo.

–Sé que la he hecho mucho daño al obligarla a contarte todo esto –musitó–, pero no se me ocurría ningún otro medio de protegerla.

–Y yo te doy las gracias por lo que has hecho, Dizo. Un día, cuando ella también esté casada y tenga hijos propios, también te dará las gracias.

–No. No creo que debamos engañarnos sobre eso.

Lucca le colocó la mano sobre el hombro.

–Si hay algo que pueda hacer por ti, lo único que tienes que hacer es pedírmelo –dijo el rey con sinceridad–. Castelmare necesita más veterinarios.

–Lo pensaré –mintió.

–Me alegro, porque hay una vacante en Savono. Como sabes, mi padre adoraba a los animales. Uno de sus mejores amigos era el dueño de esa consulta, pero tuvo que jubilarse por problemas de salud. Ahora se ocupa del puesto un sustituto hasta que se pueda encontrar alguien que trabaje allí permanentemente. Antes de que mi padre muriera, me pidió que te lo dijera. Francamente esperaba que te ocuparas tú de esa clínica. Está en la calle principal de la ciudad, justo enfrente del centro cívico.

Antes de que te marches, podrías ir a echar un vistazo. La clínica se ocupa de animales pequeños, lo que, según tengo entendido, es tu especialidad.

–Agradezco mucho la sugerencia –dijo Dizo, sabiendo que no podía negarse–. Iré a echar un vistazo mañana por la mañana –añadió. «Antes de que me marche de aquí para siempre»–. Gracias.

–Gracias a ti. Ciao, Dizo.

Dizo salió del invernadero y se dirigió al coche que había alquilado. Entonces, se marchó a la casa de su padre abrumado por los acontecimientos.

Si era totalmente sincero consigo mismo, Cerdeña no ejercía atracción alguna para él. Las viejas raíces no tiraban de él. Había hecho su vida en Castelmare y ya pertenecía al pequeño principado.

Lucca no sabía lo que había hecho al mencionar aquella oportunidad laboral en Savono. Dizo se sentía muy emocionado por el interés del rey Rudolfo por él. Pensó en la pequeña ciudad. Estaba a poco más de un kilómetro de Capriccio, hacia el oeste. No era lo suficiente lejos de ella, pero tampoco parecía serlo Cerdeña.

Después de la promesa que ella había realizado aquella noche,

sabía que Regina no volvería a acercarse a él. En ese sentido, no tenía nada que temer. Además, ella estaría viviendo en Pedrosa. Las posibilidades que tenía de volver a encontrarse con ella eran de una entre un billón.

Casi sin darse cuenta, tomó la empinada carretera de peligrosas curvas que llevaba a Savono, una de las ciudades más encantadoras de la costa.

Dizo se detuvo delante de un grupo de edificios que había enfrente del centro cívico. La placa que había en la puerta decía Clínica veterinaria de Savono. Residencia canina. Dizo se detuvo y respiró el aire perfumado de la noche.

Podía imaginarse muy fácilmente viviendo allí. Desgraciadamente, todo le recordaba a ella.

Si viviera en Cerdeña, nada le recordaría a ella, pero eso no le impediría pensar y sufrir. Su dolor sería probablemente mucho peor.

Dizo miró fijamente la clínica. Una recomendación de Lucca y de su padre valían tanto como una oferta de trabajo garantizada. Su sueño de hacer algo con su vida se estaba haciendo realidad, pero sin Gina, no habría gozo alguno. Aquello era peor que la muerte.

En cuanto Regina llegó a su suite de palacio, se quitó los zapatos de una patada y llamó a su secretaria.

–¿Me harías el favor de enviarle a Nicolás una nota por fax mañana por la mañana? Dile que siento haber tardado tanto tiempo en responder a su invitación, pero el fallecimiento de mi padre me ha impedido hacerlo hasta ahora. Dile que me encantaría pasar el fin de semana con él.

A Regina no le importaba lo que pareciera. Ya había sufrido por los dos hombres de su vida más que suficiente. Ya era más que suficiente. Si Nic quería empezar con los planes de boda, que así fuera.

–Sí, Alteza.

En cuanto hubo colgado, oyó que alguien llamaba a la puerta de su suite. Dedujo que se trataba de su hermano. Lo había estado esperando. Si pensaba que la iba a encontrar llorando encima de la cama, se iba a llevar una buena sorpresa.

Agarró una lima de uñas del cajón de su mesilla de noche y se sentó en medio de la cama con las piernas cruzadas sobre el edredón de seda.

–¡Adelante, Lucca!

Cuando él entró en la estancia, ella levantó la mirada.

–Si has venido a ver cómo estoy, me encuentro perfectamente. Vete con tu esposa y tu hija.

–Comprendes por qué Dizo ha reaccionado del modo en el que lo ha hecho...

–Por supuesto. Me excedí y él vio mi farol porque es el Hombre de Hierro. Yo creía que podía ponerlo a prueba para ver si tiene un talón de Aquiles, pero resulta que no –comentó, con una amplia sonrisa–. Al menos en lo que se refiere a mí. Lo he entendido.

Con eso, comenzó a limarse la uña del dedo índice.

–Se llama decencia, Regina. Respeto por la Corona. Lo que más me sorprende es que hayas pensado que tenías derecho a excederte con él. Desde la edad de dieciséis años, cuando Dizo vino aquí, ha sabido que cualquier relación romántica contigo estaba completamente descartada. Llevándolo hasta el punto máximo, él jamás se podría casar contigo. Cuando se marchó a Cerdeña, lo hizo para empezar una nueva vida como veterinario. Nunca jamás se equivocó en el trato que tiene contigo.

–¡Tienes razón! En lugar de corazón tiene una piedra –exclamó. La ira le caldeaba las mejillas–. ¿Cómo es que tú has podido disfrutar sin límites de todas las mujeres que has querido en tu vida?

–No trabajaban en palacio –replicó su hermano, con lógica irrefutable–. Sus padres no tenían la clase de relación que Guido disfrutaba con nuestro padre. Dizo es el producto de su recta educación. Los Fornese tienen un código de ética envidiable. De hecho, son las mejores personas que conozco. Ojalá podamos

Alexandra y yo instilarle ese tipo de carácter a Catarina. Él hizo lo más honorable para que tú pudieras mantener tu reputación. Piensa en lo que hiciste volando a Cerdeña y...

–Al diablo con el honor. Él no me quiso. Salvar mi reputación –se mofó.

–Sí. Y la de su familia. Y la de Nic. Al fin y al cabo, eso es lo único que todos tenemos.

–Supongo que es tan buena excusa como cualquiera para admitir que no tengo lo que le excita –replicó ella–. Bien, pues lo ocultó muy bien. Durante todas las horas que pasamos juntos en la cama, no podía dejar de decirme lo mucho que me deseaba. Supongo que era el alcohol el que hablaba. En cuanto estuvo sobrio, le faltó tiempo para librarse de mí. ¿Te podrás creer que estaba tan borracho que se quedó dormido antes de que ocurriera algo importante? Incluso cuando estaba fuera de control, Dinozzo Fornese supo cómo controlarse. Qué gracia.

Con un gesto de rabia, arrojó la lima sobre la mesilla de noche.

–Y para que lo sepas, Lucca, he aceptado la invitación de Nic para este próximo fin de semana. Quiere hablar de la boda. Creo que ya va siendo hora.

No habría fuego con Nic. Nada podría igualar lo que había ocurrido en la intimidad del dormitorio de Dizo, donde Regina había conocido el gozo de un modo que jamás había pensado que pudiera existir. Apartó la mirada para que su hermano no pudiera leerle el pensamiento.

–Supongo que ahora Catarina estará esperando a su papá para que le dé un beso de buenas noches. Es mejor que vayas o Alexandra empezará a preocuparse.

–Me marcho, pero quiero que me llames si me necesitas.

–Gracias, pero no lo haré.

El hermano al que tanto adoraba se había empeñado en protegerla aún más después de la muerte de su padre, pero sólo había un hombre al que ella necesitaba. Desgraciadamente, ya no estaba disponible para ella.

CAPÍTULO 3

–¿DOCTOR Fornese? –dijo la voz de la recepcionista a través del intercomunicador del quirófano–. Hay una llamada muy importante para usted desde el palacio de Capriccio.

Habían pasado dos semanas desde la noche del invernadero. Aquella llamada no podía ser de Gina. Era como si ella no existiera.

–Aún estoy cosiendo –respondió a través de la máscara–. Dígales que devolveré la llamada en cuanto termine con esta operación. Deje el número sobre mi escritorio.

Veinte minutos más tarde, se quitó los guantes y la mascarilla y regresó a su despacho. Tras cerrar la puerta, se sentó y se sacó el teléfono móvil de la bata. No reconocía el número que tenía escrito sobre el papel.

Tras marcar los dígitos, el teléfono sonó dos veces. Entonces, escuchó la voz profunda del hermano de Gina.

–Ciao, Dizo, come va?

¿Se trataba de la línea privada del rey?

–Va bene, Lucca.

–Me agrada saber que aceptaste el puesto de Savono.

–Gracias a ti todo está saliendo muy bien. ¿Recibiste mi nota?

–Sí. Te lo agradezco mucho.

Aparentemente, todo iba bien, pero Dizo presentía que no era así. La piel se le cubrió de un sudor frío.

–¿Tu familia está bien?.

–Nuestra hija está fantástica.

–Me alegro.

¿Y Gina? ¿Le ocurría algo? Dizo se puso de pie mientras esperaba que el rey le revelara la verdadera razón de su llamada. No tardó mucho.

–Ha surgido algo y necesito verte al respecto. ¿Qué te parece esta tarde cuando termines de trabajar?

–Bien. Si quieres, puedo estar allí dentro de una hora.

–Estupendo. Ven a mi despacho de palacio. Los guardias del pórtico norte te dejarán pasar. Para tu información, les he pedido a tu padre y a Regina que se reúnan con nosotros.

El corazón de Dizo empezó a latir con fuerza. ¿Gina iba a estar allí?

–Pensé que los cuatro nos deberíamos reunir extraoficialmente antes de que se convierta en un asunto oficial. A presto, Dizo.

Aquel enigmático comentario frenó en seco a Dizo. Decidió que ninguna clase de especulación iba a reportarle las respuestas que necesitaba, pero el hecho de que su padre hubiera sido convocado también significaba que se encontraban ante una situación de proporciones insospechadas. Después de todo, habían estado sentados sobre una bomba. Sin embargo, por difícil que ésta pudiera ser, el hecho de volver a ver a Gina le provocaba una excitación tan profunda que nada podía apagar.

A Regina no se le ocurría por qué su hermano quería verla en su despacho, pero, evidentemente, iba a trabajar hasta muy tarde. Ella le explicó que necesitaba quitarse su ropa de deporte y darse una ducha, pero él le dijo que no se molestara.

–Allí estaré.

Se pasó un cepillo por el cabello antes de marcharse de su suite. Entonces, salió al pasillo y se dirigió a la escalera de mármol

que descendía al vestíbulo principal. Desde allí, se dirigió al ala oeste de palacio, en la que se centraba la actividad administrativa.

–Piccina –dijo él, cuando la vio entrar. Entonces, le indicó que tomara asiento en la mesa de conferencias.

–¿Qué ocurre? ¿Quién más va a venir? –le preguntó mientras tomaba asiento a la derecha de su hermano.

El ruido de la puerta le proporcionó su respuesta. Guido.

Gina miró a su hermano, pero ya se había puesto de pie para estrechar la mano del jardinero jefe y pedirle que se sentara a su izquierda.

–Buona sera, Guido –le dijo ella. Aquella noche iba vestido con traje y corbata, lo que sorprendió profundamente a Regina. No recordaba haberlo visto ataviado con otra cosa que no fuera su ropa de trabajo. Así vestido, resultaba atractivo, distinguido. Diferente. Aunque más bajo, se parecía mucho a Dizo.

–Principessa.

A continuación se produjo un incómodo silencio. Justo cuando Regina se estaba preguntando a qué esperaban, Dizo apareció de repente en la puerta.

Sin poder evitarlo, se le escapó un suave grito de los labios. ¿Había vuelto desde Cerdeña para aquella reunión? Sus miradas se cruzaron en un instante que detuvo los corazones de ambos. Los ojos de ella se prendaron del hermoso rostro de él. Iba ataviado con un traje gris claro, que le daba un aspecto completamente... increíble. Apartó rápidamente los ojos.

–Dizo, ¿te importaría cerrar la puerta para que podamos estar en privado? –dijo Lucca. ¿Desde cuándo se dirigía su hermano a él con el nombre que ella le había dado?

Después de ejecutar la orden de Lucca, se sentó al lado de su padre. Verlo tan cerca provocó en ella una descarga de adrenalina. Sintió una ligera presión en la cabeza.

–Quiero daros las gracias a todos por llegar a tiempo. Ha surgido una situación que nos implica a los cuatro, una situación que

no puedo pasar por alto. Se ha de resolver con celeridad porque nos estamos quedando sin tiempo.

Lucca tomó un paquete y sacó unas fotografías.

–Durante el último mes, antes de la muerte de nuestro padre, el dolor de Regina alcanzó su punto más alto. Nuestra madre estaba muy preocupada por su comportamiento y, francamente, yo también. Para asegurarme de que estaba bien, le pedí a sus guardaespaldas que la vigilaran atentamente y que me informaran si consideraban que ella estaba metida en un lío y que me necesitaba.

Humillada por aquellas palabras, Regina bajó la cabeza.

–Después de su viaje sorpresa a Cerdeña, me trajeron unas fotografías que tomaron para darme pruebas de que podría estar poniéndose en peligro.

Las distribuyó. En una de ellas, se veía a Regina sosteniendo a Dizo contra la puerta trasera de la granja. Estaban unidos por medio de un abrazo que prácticamente incendiaba el papel. Un grito se escapó de los labios de Gina y miró a Dizo de soslayo. Aquella fotografía parecía haberlo hecho palidecer una vez más.

–Mi hermana lleva dos semanas haciendo planes formales para casarse con el rey Nicolás de Pedrosa. Sin embargo, la existencia de estas fotografías convierte ese matrimonio, que debería considerarse sagrado, en una burla. Por lo tanto, Regina no se va a casar con Nic. Esta noche, mi hermana llamará al palacio de Pedrosa y le dirá a Su alteza que no puede casarse con él porque no lo ama del modo en el que él se merece ser amado.

Regina se agarró con fuerza a la mesa, completamente convencida de que no había escuchado bien.

–Siempre he sido de la opinión de que la mejor defensa es un buen ataque –añadió Lucca–. Por lo tanto, he tomado una decisión sin precedentes. Cuando Regina haya hecho lo que debe con Nic, organizaré una rueda de prensa para mañana para anunciar la inminente boda de la princesa Regina con el doctor Dinozzo Fornese. Como rey de Castelmare, considero que esto es lo mejor para evitar las consecuencias catastróficas que podrían tener esas fotografías para las partes afectadas.

–¡No! –gritó Regina poniéndose de pie. Estaba temblando tanto que estuvo a punto de caerse hacia atrás–. Yo he creado esta pesadilla.

Dizo no ha tenido nada que ver. Llamaré a Nico en cuanto salga de este despacho y le contaré lo que hice. Él lo comprenderá todo cuando yo le diga que no ocurrió nada. Si necesita pruebas, haré que

Dizo hable con él. Las personas solteras hacen este tipo de cosas todo el tiempo. Le mostraré las fotografías y le haré comprender que no significaron nada, pero te ruego que no me hagas casarme con Dizo. ¡No puedes pedirle algo así a él! ¡Él no quiere tener nada que ver conmigo! Durante el entierro, vio su oportunidad de escapar y le faltó tiempo para hacerlo. Sé que esas fotografías parecen contar otra historia, pero, en ese momento, Dizo estaba prácticamente inconsciente. Yo me abalancé sobre él y le obligué a que respondiera. Él no sabía que era yo. Habría hecho lo mismo con cualquier mujer por las circunstancias en las que se encontraba. Además, desde entonces yo también me he dado cuenta de que no quiero nada con él –exclamó rasgando la foto que tenía entre las manos.

Su hermano permaneció impasible.

–Tal vez no, pero, antes de que te empecines, recuerda que Dizo tiene que considerar su reputación personal y profesional. Su padre y sus hermanos también se verán afectados por este asunto. Me gustaría creer que tus guardaespaldas son hombres de honor, pero todos sabemos que podría no ser así. La tentación de sacar dinero fácil con esas fotografías podría empujar a uno o a todos ellos a realizar copias. Podrían utilizarlas para extorsionarme a mí o a Nic o incluso podrían sacar una pequeña fortuna vendiéndolas a los periódicos sensacionalistas.

Mientras Regina seguía completamente atónita, Lucca siguió hablando con voz tranquila y sobria.

–Si el palacio de Pedrosa hiciera un anuncio oficial de vuestra boda, no me cabe ninguna duda de que estas fotografías conseguirían sus propios titulares. Aunque Nic pudiera perdonarte, algo que dudo, la vergüenza que esto supondría para su familia y para él, que han sido nuestros amigos y aliados a lo largo de los años sería, como poco, devastadora. Ésa no es manera de empezar un matrimonio con él como su reina. Desgraciadamente, la vergüenza no terminaría ahí. Terminaría por arrastrarnos a todos. Sin embargo, podemos adelantarnos a los medios de comunicación y anunciar el matrimonio de Regina y de Dizo. En este caso, por mucho que los medios se esforzaran por hacer daño, no lo conseguirían. El hecho de que la princesa se case con un plebeyo producirá la mejor clase de prensa. Ésa es la parte buena. La mala es que Dizo se ve obligado a casarse

para anular la publicidad que, de otro modo, lo perseguiría a él y a su familia hasta la tumba. Bien, Guido –concluyó, volviéndose al jardinero jefe–. ¿Qué te parece a ti todo esto?

Él miró el rostro de su hijo, que parecía carecer por completo de animación alguna. Entonces, se volvió a mirar a Regina.

–Esta noche tu hermano ha demostrado que es un buen rey. Naturalmente, por el bien de todos, me gustaría ver que todo esto causa el menor daño posible, pero, principalmente, lo que deseo es que mi hijo sea feliz. Y no lo ha sido desde hace años.

Lucca se levantó.

–Mientras estos dos hablan y solucionan la situación, vayamos a mi despacho, Guido. Me encantaría hablar contigo de la posibilidad de crear una pérgola de flores en el jardín de rosas. Volveremos dentro de un instante.

Regina no sabía qué era peor, si que los cuatro estuvieran en la sala o quedarse a solas con el hombre que había hecho girar su mundo desde que era una niña y que había terminado por rechazarla.

–¿Habéis mantenido Nic y tú relaciones íntimas en estas dos semanas? –le preguntó Dizo en cuanto se quedaron a solas.

–¿Cómo te atreves a preguntarme eso?

–Me atrevo por razones evidentes.

–¿Quieres decir porque yo te deseaba tan desesperadamente que, como tú me rechazaste, tuve que entregarme al primer hombre disponible que no lo hizo?

–Ningún anticonceptivo es seguro al cien por cien, princesa –dijo él ignorando por completo las palabras que Gina acababa de pronunciar–. Si estuvieras embarazada de Nic, esta medida de emergencia que tu hermano ha ideado sería mucho más complicada aún.

–Hablemos ahora de la mujer con la que se supone que tú te vas a casar muy pronto –replicó ella mirándolo fijamente–. ¿Te has estado acostando con ella?

–No –respondió él, sin dudarlo.

Aquella sincera respuesta hizo que Gina se sintiera muy aliviada, algo que resultaba completamente ridículo dadas las circunstancias.

–No has respondido a mi pregunta.

–No tengo que hacerlo. Mi hermano cree que puede arreglarlo todo, pero no va a hacer falta. Yo le voy a enseñar a Nic estas fotografías, le confesaré todo y él...

–Él no lo entenderá y lo harás pedazos –concluyó Dizo.

–Es una pena que tu padre y tus hermanos no se marcharan contigo a Cerdeña. Así mi hermano no tendría tanto miedo de que se publicaran estas fotografías.

–Yo no me he mudado a Cerdeña.

Regina lo miró con una expresión llena de sorpresa y dolor.

–Sabía que tu padre me estaba mintiendo sobre tu inminente matrimonio. ¿Adónde te has marchado? ¿A Grecia? Siempre quisiste vivir allí.

Dizo se levantó. Sin poder evitarlo, Gina centró su atención en su perfecto cuerpo masculino.

–En realidad, estoy trabajando en una clínica veterinaria en Savono.

–Savono ... –repitió ella con incredulidad. Eso estaba a poco más de un kilómetro–. ¿Has sustituido al doctor Marano?

–Sí.

–¿Y has estado viviendo allí todo este tiempo?

–Ma certo.

–¿Por qué?

–¿Por qué, dices? –repitió él encogiéndose de hombros–. Me he pasado la mitad de mi vida en Castelmare. Mi familia está aquí. ¿De qué me serviría desarraigarme de nuevo?

–Eso explica tu insistencia por reunirte con Lucca hace dos semanas. Necesitabas asegurarte que yo no me iba a presentar de nuevo en tu puerta. Ahora lo comprendo todo

–Así es. Cuando estemos casados, estas fotografías no tendrán tanto impacto en el público. En cuanto a ti y a mí ... No tiene por qué cambiar nada importante.

–¿Cómo deduces eso?

–Nuestras vidas no tienen que cambiar dramáticamente. Dado que tú no vas a ser reina nunca, no hay razón para que la prensa te presione a tener un heredero. Eso no te obligaría a aceptarme en modo alguno.

Dizo parecía tan contento ante aquella perspectiva que ella deseó que el suelo se abriera y se la tragara. Su burla iba a aderezada con una crueldad que Gina jamás había notado en él. Miró en su dirección y le dedicó una sonrisa.

–Tienes razón. Y cuando nuestro matrimonio deje de ser noticia, la ausencia de hijos hará que la disolución resulte muy sencilla.

–¿Disolución? ¿De verdad crees que tu hermano estaría dispuesto a sacarse otro conejo de la chistera por ti, principessa?

Aquella pregunta causó más efecto en ella que si Dizo la hubiera abofeteado. Habría sido capaz de cualquier cosa para borrarle aquella sonrisa de satisfacción de la boca. Justo en aquel momento, Guido y Lucca volvieron a entrar en la sala. Inmediatamente, el rey miró a Dizo.

–¿Habéis estado hablando del tema?

–Así es, Alteza –respondió Dizo, tomando la iniciativa.

–En ese caso, es mejor que no pierdas el tiempo para romper con Nic, piccina –dijo Lucca–. Convocaré una rueda de prensa para mañana a las dos de la tarde. Los dos tendréis que estar presentes –comentó, como si no se tratara de nada de importancia–. ¿Podrás reorganizar tus citas en la clínica, Dizo?

–Haré que me sustituya el doctor Bertholdi, del hospital universitario.

Gina se levantó y salió de la estancia. Su buena educación le impidió dar un portazo. Si Guido pensaba que ella no le gustaba antes...

El nuevo día amaneció suavemente en Savono. Desde la terraza de su apartamento, Dizo observó cómo los rayos del sol teñían de rosa todo lo que le rodeaba.

Recordó su llegada a Castelmare. Cuando vio el palacio real y sus jardines, la imagen le pareció el lugar más hermoso de la tierra. Además, esa imagen se completaba con una bonita y adorable princesa de cuento de hadas. Aquel encantamiento duró hasta el día en el que él comprobó que la hermosa princesita se había transformado en una mujer fascinante y deseable.

Aquel día, se apoderó de él una tristeza mayor aún que la de perder a su madre. Desde entonces, los últimos diez años de su vida habían sido un infierno ... hasta la noche anterior, cuando el destino había acudido en su ayuda e, inesperadamente, el hermano de Gina había abierto la puerta que lo liberaba. Desgraciadamente, aquella alegría le había durado muy poco. Gina se había opuesto a su hermano. En el último minuto, había demostrado que sí quería casarse con Nic para poder ser la Reina de Pedrosa.

Ella siempre había querido ser reina, pero, con Lucca en el trono, no iba a ocurrir en Castelmare. Sin embargo, gracias a la decisión que el rey había tomado, Regina ya no iba a ser la reina de nadie. ¿Quién se habría podido imaginar que la princesa Regina terminaría siendo la esposa de un plebeyo? la esposa de Dizo.

Una hora más tarde, tras ducharse y afeitarse, entró en la clínica ataviado con un traje y corbata oscuros. Tras visitar a tres de sus pacientes, dejó instrucciones para el doctor Bertholdi y se dirigió a la casa de su padre en Capriccio. La familia había acordado reunirse allí en primer lugar.

Guido se montó en el coche de Dizo y sus hermanos hicieron lo mismo en sus respectivos coches. Entonces, se dirigieron juntos a palacio.

Regina entró corriendo en la suite de su madre.

–¿Mamá?

–Estoy lista –respondió su madre saliendo del cuarto de baño con un hermoso vestido de seda de dos piezas. Regina llevaba uno de

color crema rematado de encaje–. Cariño, antes de que bajemos, quiero que me digas lo que te ha dicho Nic por teléfono esta mañana.

–Seguía muy enojado y disgustado por mi llamada de anoche.

–Algún día, cuando encuentre a la mujer adecuada, se alegrará de que tú lo hayas terminado. Había esperado que desarrollaras sentimientos románticos hacia él, pero eso nunca ocurrió. ¿Le has dicho que te vas a casar con Dinozzo?

–Sí...

Su madre suspiró.

–Lucca me ha enseñado las fotografías.

–Ojalá no lo hubiera hecho.

–Pues yo me alegro de que lo hiciera. Habría sido demasiado cruel que Nic las viera sin estar preparado, en especial por la rueda de prensa.

De eso precisamente tengo que hablar contigo –añadió. Algo en el tono de el tono de voz de su madre alarmó profundamente a Gina–. Tu hermano y yo hemos estado hablando y hemos decidido que tu matrimonio debería tener lugar en la capilla antes de la conferencia.

Regina sintió que el pánico se apoderaba de ella.

–Yo creo que es necesario –insistió su madre–. Se ha preparado todo. El arzobispo ha dado su consentimiento para que te cases. Dado que no hay tiempo para celebrar una misa, será una ceremonia corta. Él nos está esperando abajo.

–¡No me puedo casar hoy!

–¿Y por qué no? –preguntó su madre. Sacó un tocado de gardenias que tenía en la cocina de su suite y se lo colocó a Regina en la solapa de la chaqueta. El aroma resultaba tan propio de una novia que hacía que todo fuera más real.

–Bueno, en primer lugar, Dizo ni siquiera lo sabe.

–Se enterará cuando llegue aquí. Me imagino que ya lo ha hecho y que Lucca ya se ha ocupado de él.

–¿Y si él no quiere? –preguntó, temblando de puro terror.

–No seas ridícula. Todo se acordó anoche. ¿Qué le importa a él cuándo ocurra? Como cualquier novio, estará encantado de terminar con todo esto mientras que su familia esté aquí para ser testigo de todo esto. Además, no te olvides de que él tiene una consulta veterinaria de la que ocuparse. Cuanto menos jaleo, menos podrán los medios de comunicación interferir en vuestras vidas privadas.

–Todo el mundo creerá que teníamos que casarnos por fuerza.

–Y así fue, aunque no por la razón habitual. Lucca cree que hay que hacer esto por si los guardaespaldas no son de fiar. Tu padre estaría de acuerdo y yo también lo estoy. Alexandra llevará su velo a la capilla para que te lo pongas –añadió. Entonces, se dirigió a su joyero–. Toma, dale esto a Dinozzo.

Regina observó la sencilla alianza de oro.

–¡Es el anillo de boda de papá!

–Así es. Tu padre se negó a que lo enterráramos con él. Me hizo prometer que, cuando muriera, lo guardaría para que tú se lo pudieras dar a tu príncipe. Sabía que no viviría lo suficiente para verte casada y por eso quería que tuvieras algo muy personal en su nombre.

Las dos mujeres rompieron a llorar.

–Mamá ... Quiero que seas sincera conmigo. ¿Crees que Lucca se ha equivocado al obligarme a romper mi compromiso para casarme con Dizo?

–Yo no soy quien para juzgar. No estoy en su lugar, pero sé que si tu padre siguiera siendo rey y hubiera visto esas fotos, habría hecho cualquier cosa para proteger a su adorada Regina. En mi opinión, la solución de Lucca es la mejor para un problema muy complicado. Ahora, es mejor que nos vayamos. Si no, la rueda de prensa se va a retrasar aún más...

–Yo te declaro a ti, Dinozzo Romali Fornese y a ti, Regina Schiaparelli Vittorio, princesa de Castelmare de la Casa de Savoy, marido y mujer hasta que la muerte os separe. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. En el nombre del padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

–Amén –murmuró Regina, sin atreverse a mirar a Dizo. ¡Era su esposa! El momento era completamente surrealista.

El arzobispo hizo la señal de la cruz.

–¿Tenéis los anillos?

–Sí, padre –respondió Dizo. Entonces, deslizó una alianza de oro en el dedo de Regina. ¿De dónde lo había sacado? No se lo podía creer. Aquello de verdad estaba ocurriendo.

–¿Y tú, Regina?

Ella había estado agarrando con fuerza la alianza de su padre en la mano derecha. Con dedos temblorosos tomó la mano izquierda de Dizo y se la puso. El anillo encajaba a la perfección.

–Puedes besar a la novia.

Dizo era mucho más alto que ella, por lo que no tuvo problema alguno en levantar el velo con un gesto muy elegante. Regina cerró los ojos, esperando que la boca de él descendiera sobre la suya. Para que Dinozzo no pensara que estaba deseando que la besara, mantuvo la boca cerrada con fuerza durante el breve momento del contacto. Sin embargo, no pudo evitar abrirlos cuando él, inesperadamente, depositó otro beso en la base del cuello, justo donde el pulso le latía a ella alocadamente. Todo lo que él hiciera en lo sucesivo sería una burla y a ella le provocaría aún más dolor.

Mientras la familia de Dizo se congregaba a su alrededor y su madre la abrazaba, Lucca se acercó a ambos. Tras estrecharla a ella entre sus brazos, estrechó con fuerza la mano de Dizo.

–Bienvenido a la familia, Dizo. Has salvado a nuestras familias y al país de mucho dolor y vergüenza. Por ello, te estaré eternamente agradecido.

CAPÍTULO 4

«MUCHAS gracias, hermano querido». Era como si Regina no

existiera.

–¿Vamos ahora a dar la rueda de prensa? –sugirió Lucca

Ya estaba casada y viviendo una pesadilla, en la que había prometido amar, honrar y obedecer a un hombre con el que la habían obligado a casarse. Sin embargo, no podía oponerse a la voluntad de su hermano.

De repente, sintió que alguien le agarraba fuertemente la mano.

–Ya llegado el momento de actuar –le susurró Dizo al oído. No sólo aquel contacto, sino la situación la estaba desgarrando por dentro.

Como no le quedaba más opción que sacar todo lo que pudiera de aquel drama, salió de la capilla con él. Había un largo trayecto desde allí hasta el primer piso del ala oeste, donde estaba la sala de conferencias, llena a rebosar para la ocasión.

Al llegar, Regina vio que todo el gobierno en pleno estaba allí congregado, acompañado de numerosos miembros de la prensa. Observó cómo su madre y Alexandra ocupaban sus asientos y que Guido y su familia hacían lo propio.

Acompañados de Lucca, Dizo y ella subieron al estrado sobre el que se habían colocado todos los micrófonos para la rueda de prensa. Su hermano se dispuso a tomar la palabra.

–Señoras y caballeros, ministros del gobierno y representantes de la prensa. Les agradezco mucho que hayan acudido a esta rueda de prensa a pesar de haber sido avisados con tan poco tiempo. Hace quince meses, yo estaba en este mismo lugar para anunciar mi boda con mi esposa, Alexandra. Desde entonces, se han producido acontecimientos familiares muy felices y también muy dolorosos, como el nacimiento de nuestra primera hija, Catarina, y la muerte de mi padre, el rey Rudolfo. En este momento, me alegra poder anunciar que mi hermana, la princesa Regina Schiaparelli Vittorio y el doctor Dinozzo Fornese se han casado esta misma mañana en la capilla de palacio.

Regina escuchó cómo los asistentes contenían la respiración para luego lanzar exclamaciones de sorpresa. ¡Todos habían estado esperando que se iba a anunciar el inminente casamiento de la princesa con Nic! todo el mundo sabía por fin que Lucca había tomado una decisión sin precedentes al autorizar aquel matrimonio tan poco

ortodoxo. Cuando ella se echó a temblar, Dizo le apretó fuertemente la mano.

–Mi hermana es consciente de que, al dar este paso, ya no ostenta derecho alguno a la sucesión al trono, lo que coloca a nuestra hija Catarina en esa posición. Regina ha tomado esta decisión por su propia voluntad y la familia la apoya al cien por cien. Conocemos al doctor Fornese desde hace muchos años y aprobamos de buen grado esta unión. Ahora, Regina y su esposo estarán encantados de responder a algunas preguntas...

La rueda de prensa terminó unos minutos después. Regina se moría de ganas de escapar, pero Dizo le agarró la mano con fuerza y se lo impidió. A los pocos segundos, se vieron rodeados por todos los miembros del gobierno, que querían darles la enhorabuena. Ella los conocía bien a todos, pero fue a Dizo al que se acercaron para hablar con él. Tal y como todos se habían acercado para comprobar, además de su imponente físico, su inteligencia era lo que mantenía su interés. Todos estaban comprobando que el esposo de la princesa tenía profundidad y sustancia.

Cuando hubieron recibido la enhorabuena del gobierno en pleno, salieron de palacio. En el exterior, los esperaba un coche azul oscuro que ya tenía varios años. Regina parpadeó cuado él abrió la puerta del copiloto y la ayudó a sentarse. En el asiento trasero, había una maleta y el bolso de Regina.

–¿Adónde me llevas? –preguntó ella al ver que él se ponía tras el volante.

Dizo arrancó el motor.

–A nuestra luna de miel, por supuesto.

Aquélla era la primera vez que Regina se montaba en un vehículo con Dizo. Mientras atravesaban las verjas de palacio, sintió que se apoderaba de ella un extraño pensamiento. Después de dieciséis años, había pensado que lo conocía bien. No era así.

Con la voz tan tranquila como pudo, dijo:

–De camino a tu trabajo, déjame al otro lado de palacio, por la entrada secreta. Ya recorreré el camino yo sola.

–Me temo que no puedo cumplir tus órdenes. Los paparazzi nos perseguirán por todas partes. Si te ven saltando del coche y colándote

entre los setos como un conejo asustado, pondrás en peligro lo que tu hermano ha arriesgado tanto por evitar. Los medios de comunicación harán todo lo posible por comenzar los rumores. Se especulará con el hecho de que si ya nos hemos peleado o si la princesa lamenta el hecho de haber renunciado al trono. O de si te horroriza tener que vivir con el escaso sueldo de tu esposo o del hecho de que un simple jardinero ponga las manos sobre tu real persona.

Regina se echó a temblar al comprobar lo cínico que él podía llegar a ser.

–Cuando me arrojaste por la ventana de la granja, tendría que haberme dado cuenta de que tu crueldad es mucho más profunda de lo que había supuesto en un primer momento.

–Hay muchas cosas que tú no sabes sobre mí, principessa.

–¡No me llames así!

–Jamás me había dado cuenta de que te molestara tanto. Si tú me hubieras dado personalmente permiso hace años, te habría llamado de otra manera cuando estábamos solos.

Ella parpadeó.

–Veamos. Si no me equivoco, Regina significa «reina», un nombre muy adecuado para una princesa con aspiraciones. Sin embargo, dado que ahora no lo vas a ser nunca, creo que me quedaré con Gina.

–¿Y por qué no Giannina? –le dijo ella, reaccionando–. Fue así como me llamaste cuando yo estaba en tu cama.

–Como has comprobado a un precio tan alto, el alcohol tiene mucho que ver con lo ocurrido aquella noche. Desgraciadamente, a ti te ha costado la corona.

A Dizo le encantaba recordárselo. Gina giró la cabeza y se puso a mirar por su ventana. Así no podría verlo ni de reojo.

Habían atravesado la frontera con Italia. No tardaron mucho en verla famosa riviera dei fiori, a la que siempre comparaban con los jardines del palacio de Castelmare. Regina había sido muy feliz en el pasado, cuando sabía que podía salir al jardín y que él estaría allí. Cuando terminaban sus clases, podía salir a buscarlo para que pudieran tener una de sus fascinantes conversaciones.

Desgraciadamente, llegó el momento en el que él empezó la universidad y sólo trabajaba media jornada en los jardines, pero lo peor llegó cuando sus propios padres insistieron en que fuera a la universidad en Inglaterra. Eso significaba que se pasaría meses separada de él.

Esta separación le resultó tan traumática y dolorosa que suplicó para que le permitieran regresar a casa los fines de semana. Al final, sus padres terminaron cediendo, creyendo así que la ayudarían a superar su añoranza. En realidad, ella no podía soportar estar lejos de Dizo.

Cuando se graduó en Economía, comenzó a dirigir el refugio para animales de Capriccio. Fue allí donde ella se enamoró de un chucho abandonado al que puso de nombre Antoneo. El animal estaba cojo.

Lo llevó a palacio para mostrárselo a Dizo. Él inmediatamente se lo llevó a la clínica veterinaria para hacerle un chequeo. Cuando se lo devolvió, el animal tenía una escayola en la pata. Se la quitaron un mes después y la pata quedó como nueva.

Al recordar ese episodio, Regina se esforzó todo lo que pudo por controlar sus emociones. Dizo había sido la constante en su vida. Hacía todo lo que podía por ella ... Todo menos amarla.

Sin embargo, en aquellos momentos era su esposo. Crueldad del destino.

–Me gustaría saber dónde vamos, Dizo –le preguntó.

–El novio tiene derecho a mantener el suspense para la novia.

–En ese caso, necesito hacer una llamada de teléfono a mi secretaria –dijo. Se quitó el cinturón y tomó su bolso del asiento de atrás. Tras rebuscar en él, lanzó un grito–. ¡Mi teléfono no está ahí dentro!

–Tal vez lo tengas en la maleta.

Regina se inclinó entre los dos asientos y, tras abrir la tapa, la levantó y miró en el interior.

–Tampoco está ahí. ¡Pero si la doncella casi no me ha metido nada! ¿En qué estaba pensando?

–¿En que te ibas de luna de miel?

–No veo tu maleta por ningún lado –comentó ella.

–No la necesito.

–¿Podría utilizar tu teléfono?

–Scusa, Gina, pero estoy en mi luna de miel y no me lo he traído.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó ella llena de frustración–. Tu familia podría necesitarte para algo.

De repente, escuchó alarmas en el interior de su cabeza al darse cuenta de que, en realidad, era la prisionera de Dizo. Su prisionera legal. ¿De qué le servía a ella tener guardaespaldas si no podía ponerse en contacto con ellos? Decidió no dejar que él supiera que estaba nerviosa. Decidió razonar con él.

–Podría haber una emergencia, Dizo.

–Claro. Podría haber varias, pero estoy de vacaciones y pienso hacer lo que me apetece. Eso significa que no hay teléfonos ni fechas límite. Comeré cuando quiera y dormiré cuando me apetezca. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste una semana sin preocupaciones?

Regina tragó saliva. Sabiendo lo que sentía por ella, ¿cómo había podido planear una semana entera los dos solos?

–No te acuerdas, ¿verdad? Esto debería ser una experiencia muy instructiva para ti.

–¿Estás insinuando que soy una persona demasiado activa?

–No. Sólo estaba haciendo una observación.

–¿Y cuánto piensas que dure este viaje informativo?

Dizo soltó una carcajada.

–Si ya te estás haciendo esa pregunta, me temo que estás metida en un buen lío.

–Y tú también si no damos la vuelta y nos volvemos pronto. ¡Pero si ya casi estamos en Génova! tengo que regresar antes de que

anochezca para empezar a planear las conferencias de la semana que viene.

–¿Y qué pasa con el tiempo libre que te habías tomado para este fin de semana?

–No sé de qué estás hablando.

–¿Tan rápidamente te has olvidado de que ibas a ir a visitar a Nic? ¿O acaso ibas a considerar casarte con él en cuanto tuvieras un hueco en tu apretada agenda? Antes de que Lucca nos mostrara las fotografías, al menos eso era lo que creía él.

Regina se sonrojó.

–Eso no tiene gracia, Dizo.

–Ni tenía intención de tenerla. Creo que Lucca le hizo a todo el mundo un favor obligándote a romper tu compromiso con Nic, pero éste aún no lo sabe.

Regina decidió que resultaba imposible tratar de tener una conversación civilizada con él. Sería mejor ignorarlo. De repente, se dio cuenta de que el cielo se había oscurecido considerablemente. Inmediatamente, abandonaron la autopista para tomar una carretera que los llevaba al puerto. A las seis de la tarde había mucho tráfico.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella algo alarmada cuando entraron en un túnel.

–Aparentemente nunca has estado en esta carretera. No te pongas nerviosa porque no vayas en el helicóptero familiar diseñado para separarte del resto de la humanidad –le dijo, como si ella fuera una niña pequeña.

–¡No estoy nerviosa! –mintió–. Simplemente me gustaría saber lo que tienes en mente.

–¿Por qué? ¿Acaso estás tan acostumbrada a tener compartimentada tu vida que no sabes qué hacer sin una agenda que te diga lo que tienes que hacer?

–Es la segunda vez que me dices algo doloroso y lleno de prejuicios.

–Venga ya, Gina. Soy el hijo del jardinero, ¿te acuerdas?

Cuando salieron por fin al otro lado del túnel, se acercaron con rapidez a un muelle de carga en el que esperaba un ferry de gran tamaño. Dizo tomó la fila de los coches que se disponían a subir a bordo.

Sin poder evitarlo, Gina comenzó a pensar en cómo podía ser que pasaran juntos aquellas vacaciones en diferentes circunstancias. Como regalo de fin de carrera, Regina había comprado a Dizo unas vacaciones en Atenas con todos los gastos pagados. Le había dado el sobre a Lucca con todo lo que Dizo podría necesitar. Su hermano debía entregárselo como regalo de la familia Vittorio.

Su plan había sido encontrarse con Dizo como por casualidad y pasar aquellos días con él lejos de todo el mundo, pero todo eso había sido antes de que su vida se convirtiera en una pesadilla. Deseaba desesperadamente recuperar el sobre y destruir sus contenidos.

Después de enterarse de lo que Dizo sentía por ella, o mejor dicho de lo que no sentía, aquel viaje habría sido un completo desastre.

–¿Gina?

La profunda voz de él la sacó de sus dolorosos pensamientos. Para su sorpresa, él había rodeado el coche y le había abierto la puerta.

–Vamos –dijo. En una mano llevaba ya su maleta. Con la otra, le agarró el codo.

Juntos se unieron a la fila de pasajeros que se dirigía hacia una escalera que llevaba a las cubiertas superiores. Por la altura y apostura de Dizo y el hecho de que ella aún iba vestida con su traje de boda, con el prendido de flores sobre la solapa, todo el mundo los miraba.

Gina creyó que él la iba a llevar a una de las cubiertas de paseo para ver cómo se alejaba la costa. En vez de eso, la condujo por un pasillo alineado por camarotes. Se detuvo delante de uno y abrió la puerta.

Se trataba de una minúscula habitación con una cama individual contra la pared y una litera encima. Cuando oyó el clic de la cerradura, comprendió que estaban solos. Solos de verdad. Prácticamente no había espacio en el que moverse. Regina sintió una extraña sensación en el estómago.

Él encendió la luz. Regina observó el armario empotrado. A su lado, había un cuarto de baño también minúsculo. Una pequeña mesa y dos sillas proporcionaban la única comodidad.

–Me atrevería a decir que este camarote entraría en tu vestidor de palacio y que aún te quedaría sitio –bromeó.

Dizo estaba a sus espaldas. Cuando Regina se dio la vuelta para tratar de hacerle comprender que ella no era ninguna niña mimada, comprendió que aquel gesto había sido un error. No había contado con el hecho de que sus cuerpos estuvieran tan cerca. Al entrar en contacto, él la rodeó automáticamente con sus fuertes brazos.

–Suéltame, Dizo –susurró ella contra el pecho de él. Como respuesta, él la estrechó aún más.

–Por si no lo sabías, esto es lo que hace un esposo cuando por fin está a solas con su esposa –dijo. Entonces, volvió a besarla una vez más en la base de la garganta, donde le palpitaba alocadamente el corazón.

–Tú no eres un marido normal...

–Soy más normal de lo que tus sensibilidades reales podrían imaginar nunca.

Tras pronunciar estas palabras, la besó larga y concienzudamente. ¿Por qué hacía aquello cuando no había consumido nada de alcohol?

–Dizo...

Aquella pasión la encendía, pero él sólo estaba fingiendo ser el esposo enamorado. No podía soportar que el sentido del deber de Dizo, y no la pasión, fuera lo que lo empujara a hacerlo.

Él la estrechó un poco más contra su cuerpo.

–No te contengas, amore. Esto no es un sueño. No vamos a tener que despertarnos para ir por caminos separados. Nuestro matrimonio es para todo el infinito. ¿Te acuerdas?

Sí. Claro que se acordaba. Recordaba todo lo que había ocurrido aquella noche, pero le sorprendió que se acordara él.

Dizo volvió a besarla apasionadamente.

–Ayúdame, cara. Esto no es como la otra noche. La mayoría de lo que ocurrió entonces es tan sólo un vago recuerdo. Quiero disfrutar de mi nueva esposa hasta que yo ya no pueda imaginarte con Nic y tú ya no quieras ser su reina.

–Yo jamás quise ser su reina. Sabes que no.

Dizo la agarró por los hombros.

–Yo creo que sí. Después de que Lucca ascendiera al trono, tus pensamientos se centraron en Nico, que era el único que podía ofrecerte una corona. Tal vez no fuera la que tú querías inicialmente, pero te serviría. Desgraciadamente –añadió él, tras mirarla fijamente durante unos instantes–, la decisión de tu hermano te ha transformado en una plebeya como yo. Admite que te ha resultado muy amargo tener que tragar esta píldora.

La acusación que él acababa de realizar le caló muy dentro.

–Si me encuentras tan ambiciosa, en ese caso te garantizo que no te gustará estar encadenado a mí. De hecho, ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta conversación.

–Porque es hora de que la verdad quede al descubierto, princesa.

–¿Por qué insistes en llamarme así?

–Porque es lo que eres. No estoy diciendo esto para ser cruel contigo, Gina, sino sólo para abrirte los ojos. Ni siquiera podríamos cambiar esa parte ti, igual que jamás podríamos cambiar que yo soy el hijo de Guido. ¿Te he dicho alguna vez que cuando yo era un niño mis padres eran verdaderamente pobres? tú nunca podrías saber qué es eso. La mitad del tiempo, yo no podía ir al colegio porque mi padre necesitaba que yo trabajara en la granja con él. Sólo tenía una muda de ropa que ponerme, no había agua corriente. Jamás era capaz de sacarme la suciedad de debajo de las uñas. No pasábamos hambre, pero estábamos muy cerca.

Regina lanzó una exclamación de sorpresa.

–Como tenía que encontrar trabajos extra para poder mantenernos, papá empezó a trabajar en los jardines de la Piazza d’Italia en Sassari. Cuando el rey de Castelmare vino a la ciudad para el festival de la Candelaria, se quedó tan impresionado con la contribución de mi padre a los jardines que le ofreció un trabajo como

jardinero en su palacio de Capriccio –continuó Dizo–. Cualquiera habría pensado que yo me alegraba por mi familia. Eso significaba trabajo constantes, mejores condiciones de vida y paga ... Mi padre podía mandar dinero a su casa, pero yo no quería que me sacaran de mi mundo para llevarme a uno que sólo existía en los cuentos de hadas. Suponía la línea que decía que se puede mirar, pero no se puede tocar. Se puede desear, pero no se puede tener. Significaba las líneas que separaban entre los más dotados y los que ni siquiera se podían lavar.

–¿De verdad te sentías así?

–Al principio, sí, porque era la realidad. Entonces, una precoz y pequeña princesa con una corona de hermosos rizos negros se hizo mi amiga y me habló sobre su mundo. Lentamente, ella fue limando mis asperezas –susurró, antes de darle otro sensual beso en los labios.

Regina no podía creer lo que estaba escuchando.

–Con sólo diez años de edad, no podía haber conocido tus sentimientos.

–Y tampoco a los veintiséis –replicó él.

–Eso es injusto, Dizo.

–A pesar de que lo sea, es la verdad. Ahora tú eres mi esposa y no sabes muy bien lo que va a ser funcionar como una mujer normal, en una casa normal y enfrentándose a situaciones normales.

–Nuestra vida en palacio era bastante normal –se defendió ella–. Siempre se podía formar parte de las cosas, pero tu padre jamás permitía que ni tú ni tus hermanos os unierais a nosotros. Mi padre lo preparó todo para que tu familia y tú vivierais en uno de los apartamentos grandes del tercer piso de palacio, pero tu padre no quiso saber nada al respecto. Mi padre siempre le dijo a Guido que considerara el palacio como un segundo hogar. Estimaba mucho a tu padre y quería que tu familia disfrutara de todas las comodidades que podía ofrecer la vida en palacio. Podrías haber ido a nadar o a montar a caballo cuando hubieras querido.

Dizo permaneció en silencio tanto tiempo que Gina por fin comprendió la razón.

–Tu padre jamás te dijo nada al respecto, ¿verdad? Cuando empezaste la universidad, sé que mi padre prácticamente le suplicó al

tuyo que te dejara utilizar la biblioteca cuando quisieras. Guido se negó en redondo.

–Mi padre es un hombre muy orgulloso. El choque de culturas entre él y tu padre era demasiado grande como para que él pudiera superarlo.

En opinión de Regina, Guido era demasiado orgulloso. «Como tú, mi querido Dizo».

–Eso lo sé, pero me gustaría que tú supieras una cosa más. Mi padre creó un depósito para ti y tus hermanos que aún existe.

Después de una breve pausa, Dizo murmuró:

–Sé que tu padre era un hombre maravilloso, Gina.

–Ojalá Guido hubiera aceptado su ayuda. Mi padre estaba tan orgulloso de ti por haberte podido meter en la Facultad de Veterinaria por tus propios esfuerzos... probablemente tú tampoco eres consciente de lo mucho que Lucca te apreciaba. De hecho, le hiciste mucho daño a mi hermano cuando él buscó tu amistad y tú se la negaste. El círculo de amigos de Lucca estaba muy limitado por pura necesidad. Vi cómo una y otra vez intentaba abrirse a ti, pero tú lo rechazabas como si él no fuera lo suficientemente bueno para ti. Eso nos hizo mucho daño a él y a mí.

Dizo dejó caer las manos inesperadamente. Con una expresión pétrea en el rostro, musitó:

–Volveré dentro de un minuto. Puedes venir conmigo, pero con todos los curiosos que se mueren de ganas por verte, me temo que no será una experiencia muy agradable.

Se sentía tan sorprendida por haber descubierto gran parte de los demonios que llevaban tantos años torturándolo que se había olvidado de lo difícil que debía de ser para él tener que llevar guardaespaldas que fueran pisándole los talones para mantener a todas las personas a raya. Seguramente, Lucca habría designado protección extra para que se ocupara de ellos.

Más de una vez, Dizo le había dicho lo mucho que se alegraba de no tener guardaespaldas. Desgraciadamente, casándose con ella había recibido un regalo añadido del que, seguramente, podría prescindir con facilidad.

Justo después de que él se marchara del pequeño camarote, Gina sintió cómo los motores del ferry comenzaban a vibrar. Decidió aprovechar el hecho de estar sola en el cuartito para refrescarse un poco. No había ducha. Tan sólo el retrete y un lavabo.

Se quitó el prendedor de gardenias antes de sacar ropa limpia de su maleta. Aparte de su camisón, un bikini morado, varias mudas de ropa interior y un par de sandalias, lo único que encontró fue un par de pantalones blancos y un jersey de manga corta azul marino.

Rápidamente se quitó el traje y los zapatos y se puso la otra ropa y las sandalias. Estaba colgando su traje de boda cuando Dizo regresó con una bandeja con comida y bebidas. La dejó sobre la mesa y, tras quitarse la chaqueta y la corbata, lo dejó todo en la cama. Se remangó y le dedicó una irónica mirada.

–Tu festín te espera.

En el momento en el que ella vio los bocadillos, se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. No necesitó que él volviera a animarla para acercarse a comer.

–Esto tiene muy buen aspecto. Gracias.

Mientras él permanecía de pie devorando un bocadillo de jamón y queso con un par de bocados, ella se sentó en la silla y tomó una de las naranjas. Después de pelarla, le entregó un gajo.

–¿Te das cuenta de que ésta es la primera vez que comemos juntos fuera de los límites de palacio?

A través de ojos entornados, él observó cómo ella se metía un gajo en la boca antes de hacer lo mismo con el que ella le había dado.

–No creo que ésta sea la clase de comida a la que tú estás acostumbrado. Disfruta de esta novedosa experiencia mientras siga siendo nueva.

–Este bocadillo sabe exactamente igual que los que me envían a mi habitación desde la cocina de palacio para cenar. La limonada es de la misma marca que yo tomo y esta naranja sabe incluso más dulce que la tomé ayer para almorzar.

Él la observó atentamente antes de tomar su refresco y vaciarlo

de un solo trago.

–Cuando hayas terminado de comer, te llevaré a dar un paseo en cubierta para que tomes un poco el aire, pero te advierto que todos los pasajeros del ferry saben que la princesa está a bordo. Tú eliges.

Gina terminó su bocadillo.

–Creo que prefiero quedarme aquí.

–Sin radio o televisión, va a ser una noche muy larga

–le advirtió él, encantado–. No llegaremos a porto torres hasta mañana por la mañana.

El pulso de Gina se aceleró. Porto torres estaba a pocos kilómetros de Sassari. Iban a regresar a Cerdeña. Él se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y se sacó unas cartas que tiró sobre la mesa.

–¿Has jugado alguna vez a la brisca?

–Me apuesto algo a que Lucca y yo hemos jugado más veces que tú y tus hermanos.

–¿Cómo sabes eso?

–Cuanto descansabais en el cobertizo, yo solía espiaros.

–Entonces, sabrás también que no pierdo nunca. Veamos a qué clase de rival me estoy enfrentando.

Por primera vez desde la ceremonia de su boda, Dizo se había dirigido a ella sin utilizar una de sus dolorosas pullas. ¿Se trataba de una paz temporal? No se atrevía a respirar por si acaso decía o hacía algo que lo molestara.

Colocó la bandeja encima de la cómoda y luego se sentó a horcajadas sobre la otra silla. A continuación, se puso a barajar las cartas.

Bajo sus largas pestañas, Regina admiró los poderosos músculos de sus anchos hombros mientras repartía a cada uno sus cartas.

Después de que Dizo pusiera boca arriba la muestra, comenzaron a jugar. Él ganó la primera partida. Entonces, jugaron una segunda y una tercera, pero Dizo siguió siendo el ganador. Otras dos

rondas y ella seguía sin poder ganar. Algo olía mal.

Cuando estaban a mitad de la sexta partida, ella le agarró con fuerza la mano y le dio la vuelta. Él se había escondido un montón de cartas en ella.

–¡Lo sabía! –exclamó, arrancándoselas de la mano y tirándoselas a la cara.

Las carcajadas de Dizo resonaron en el pequeño camarote y se hicieron eco en todos los recovecos del cuerpo de Gina.

–Eres un hombre malvado, dottore Fornese.

–Algo se te pega cuando uno crece en las callejuelas de Sassari.

CAPÍTULO 5

COMO el mercurio, el estado de ánimo de Dizo había vuelto a cambiar..

Dizo se levantó de la silla y recogió todas las cartas para dejarlas encima de la mesa.

–Sigo teniendo sed. ¿Te puedo traer algo?

–Un refresco de cola.

–Veré qué tienen.

Con eso, se marchó del camarote con la bandeja y los restos de su frugal comida en las manos.

Mientras esperaba, Gina se hizo consciente del movimiento del

ferry y tuvo que agarrarse a una de las sillas para no perder el equilibrio. Normalmente, el Mediterráneo era un mar muy tranquilo, pero parecía que el viento había arreciado a medida que se alejaban de la costa.

Regina no era buena marinera. Decidió que mostrar debilidad ante él le daría más munición para ponerla en ridículo. Si se metía en la cama antes de que él llegara, podría fingir que estaba completamente agotada.

Por si le entraban náuseas, tomó una toalla del cuarto de baño. Entonces, utilizando la litera de abajo, se subió con cierta dificultad a la de arriba. Acababa de quitarse las sandalias y de acomodarse bajo las sábanas cuando

Dizo entró con unas bebidas y con lo que parecía una caja de galletas.

–¿Gina?

–Estoy aquí arriba.

–Has hecho muy bien –respondió él, para sorpresa de ella–. Nos dirigimos hacia una tormenta.

Mientras el ferry empezaba a cabalgar por la cresta de otra ola, ella se cubrió la cabeza con la sábana y se dio la vuelta para mirar hacia la pared.

Oyó que él se metía en el cuarto de baño. Cuando salió, apagó la luz y dejó la habitación sumida en la más negra oscuridad. Dado que no había llevado maleta alguna, Gina dio por sentado que él dormiría con lo que llevaba puesto o...

Recordó imágenes de la noche en la que él la había tumbado en la cama. Resultaba irónico que, entonces, ni siquiera estuvieran casados. Sin embargo, durante aquellas hermosas horas, Gina había notado el deseo que Dizo sentía por ella a pesar del alcohol. ¿De verdad habría respondido así con cualquier mujer que se le acercara? Regina habría dado la vida por conocer la respuesta.

Durmió muy poco. No hacía más que mirar el reloj. A las cuatro de la mañana, sintió que la cabeza estaba a punto de estallarle por el movimiento del barco. Hasta aquel momento, no había sentido ganas de vomitar, pero, si seguía así, no iba a faltar mucho. Vomitar delante de Dizo sería el colmo de la humillación para ella.

En una ocasión, el movimiento del ferry fue tan brusco que no pudo evitar que un grito se le escapara de los labios. Antes de que se diera cuenta un fuerte par de brazos la sacaron de su litera y la colocaron en la inferior. A pesar de la celeridad del movimiento, notó que él no se había quitado la ropa.

–Todo va a salir bien –le susurró con voz profunda.

–No deberías haberme dejado a mí tu litera.

–Aún no me he acostado, por lo que no tienes por qué preocuparte.

–¿Has estado sentado en la oscuridad todo este tiempo?

–He salido a cubierta en un par de ocasiones para observar el progreso de la tormenta. No es demasiado fuerte. Todo habrá pasado mucho antes de que lleguemos a puerto. Toma –dijo él entregándole la toalla que Gina había tomado del cuarto de baño–. En el momento en el que embarcamos deberías haberme dicho que te mareas en los barcos. Si lo hubiera sabido, jamás te habría traído.

–¿Y darte así otra razón para burlarte de la pequeña princesa?

–Gina...

–No digas ni una palabra más –gritó ella–. Aprendí mi lección la mañana que tus manos de jardinero me sacaron por la ventana de la granja. Hazte un favor y duerme en mi litera lo que queda de noche. Si es necesario, yo iré sola al cuarto de baño. No hay motivo para que los dos estemos sin dormir.

–Voy a quedarme aquí por si me necesitas.

–Eso es. Su alteza ni siquiera sabe vomitar en solitario.

Dizo hizo un gesto de dolor. Comprendió que se merecía aquellas palabras y mucho más. Aquel día, él la había secuestrado de todo lo que ella había conocido nunca. Hasta aquel momento, había sobrevivido mucho mejor de lo que él se habría imaginado.

En vez de mostrarse histérica, lo había aceptado todo con un saber estar sorprendente.

Cada reacción de Gina desafiaba las nociones preconcebidas que él se había imaginado sobre cómo sería pasar el tiempo a solas

con una mujer que había sido mimada desde la cuna. ¿Quién se lo habría imaginado?

Todo era culpa de Dizo. Aunque ella había sido la que lo había seguido a Sassari, él había estado en los jardines de palacio demasiados años, anteponiendo primero sus propias necesidades. Por aquel acto de egoísmo, era él quien debía pagar por el delito cometido, no Gina.

La realidad de lo que había hecho despertó algo en su interior. Después de ver aquellas fotos Lucca no había tenido más remedio que reaccionar. Cuando el rey les ordenó que se casaran, Dizo lo había aceptado con ganas, como si fuera un moribundo que, en medio del desierto, encuentra un poco de agua. La princesa Regina ya no formaba parte de la línea de sucesión al trono de su país. Sólo por eso, ella lo despreciaría siempre.

Hacía unas pocas semanas, ella había cometido el error fatal, un error que estaba pagando de un modo que Dizo ni siquiera quería pensar. No podían cambiar la situación. ¿Cuánto tiempo iba a pasar antes de que ella ya no pudiera soportarlo más porque Dizo se hubiera interpuesto entre ella y el trono? ¿Cómo iba él a poder vivir con eso?

El día anterior por la mañana había experimentado una increíble euforia. Veinticuatro horas más tarde, comprendía que había cambiado simplemente una celda por una cadena perpetua que no le ofrecía posibilidad alguna de redención.

Un sudor frío le cubrió el cuerpo. Se levantó de la silla, consciente de que el ferry había capeado ya la tormenta y estaba entrando en aguas más tranquilas. Gina, por fin, se había quedado dormida.

Se apartó el cabello de la frente. Aunque se temía que Gina no querría volver a Cerdeña, había hablado con su abuela antes de la ceremonia y le había prometido que le llevaría a su esposa para que la conociera.

En cuanto a sus parientes, no se repondrían de la sorpresa ni en un millón de años. Como su padre, se portarían con educación con ella, pero Dizo se temía que mantendrían las reservas porque así era tal y como eran. Gina sería la que no volvería a ser feliz jamás y no había nada en el mundo que él pudiera hacer al respecto.

—¿Gina?

Regina sintió que alguien trataba de despertarla.

–Levántate. Es hora de bajarnos del ferry.

Cuando ella abrió los ojos, vio el hermoso rostro de Dizo muy cerca del de ella. Por el cansancio que veía en él, dedujo que no había dormido en toda la noche. Las ojeras lo delataban. La incipiente barba le había oscurecido la mandíbula. Tenía la camisa desabrochada y algo arrugada. Sin embargo, jamás le había resultado más atractivo.

Dizo le entregó una botella de agua.

–Bebe esto primero.

Regina obedeció.

–Gracias.

–Te traeré algo de comer.

–No. Yo no creo que pudiera…

Sacó las piernas de la cama. Resultaba un alivio saber que el ferry se había detenido.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó él ansiosamente.

Lo más fácil sería hacerse la víctima para que él fuera amable con ella, pero Gina quería que él le dedicara su atención porque estuviera enamorado de ella y no por otro motivo. Eso no iba a ocurrir.

–Estoy mucho mejor de lo que pensé que estaría –replicó.

Se apartó de él y se dirigió al cuarto de baño para asearse un poco. Cuando salió, descubrió que Dizo le estaba metiendo el traje color crema y los zapatos en la maleta. Ella añadió sus productos de aseo. Antes de que Gina pudiera cerrarla, Dizo metió su corbata.

Para su sorpresa, él había recogido sus sandalias de la litera superior y las había puesto en el suelo para ella.

–Eres más eficiente que mi doncella personal –dijo Gina mientras se las ponía. Entonces, tomó una galleta de la caja–. Y también el desayuno. Todas las princesas deberían tener tanta suerte como yo.

Dizo agarró su chaqueta y se la echó por encima del hombro antes de abrir la puerta.

–¿No quieres el prendedor de flores?

–No. Las gardenias se han marchitado...

Si él se las hubiera regalado, las habría guardado para siempre. Sin embargo, dadas las circunstancias, guardarlas sería un recordatorio del día en el que él se había visto obligado a casarse con ella. Regina no era tan sádica.

De camino al coche, tuvieron que pasar por delante de una larga fila de fascinados admiradores que tomaban fotografías sin ningún pudor. Para Gina, fue un gran alivio poder montarse en el coche mientras esperaba que él los sacara del ferry.

Unos minutos más tarde, salieron a un mundo pleno de rayos de sol. Muy pronto dejaron el puerto atrás. Tal y como había aprendido en su breve visita hacía unas pocas semanas, Cerdeña no tenía autopistas. Por ello, gozó al ver los dorados campos de trigo repletos de amapolas rojas.

–Es tan hermoso...

–Estás viendo la isla en uno de sus mejores momentos, aunque el mejor es la Semana Santa, cuando todo el campo está repleto de flores y el aire está perfumado por la fragancia de la lavanda y de la jara. Los arbustos se entremezclan con las violetas salvajes. También hay orquídeas. Aquí crecen todas las plantas.

Miró a su alrededor. Allí se había creado la personalidad de Dizo. Trabajando junto a su padre, habían creado el jardín del Edén en palacio, pero, si no hubieran necesitado más dinero para vivir, jamás habrían ido a Castelmare. Y ella jamás habría conocido a Dizo.

Ese pensamiento le provocó tanto dolor que tuvo que contener el aliento.

Dizo la miró.

–Si el movimiento del coche te está indisponiendo, puedo parar un momento. No tenemos prisa.

–Gracias por tu preocupación, pero no será necesario. Simplemente estoy admirando las vistas. Estaba pensando que me perdí todo esto cuando vine aquí hace dos semanas por hacerlo en medio de la noche para completar mi misión suicida.

Por fin llegaron a la ciudad en la que Dizo nació.

–¿Sabe tu tío que venimos a su casa?

–Toda la familia espera tu llegada. Desgraciadamente, nos esperaban hace varias horas, pero la tormenta dictó un cambio de planes.

«Gracias por darme tiempo para prepararme», pensó Regina. Al final terminó por darse cuenta de que no había manera de prepararse para conocer a sus parientes, quienes probablemente la despreciaban tanto como Guido.

Seguramente, su tío sabría ya que había sido Regina a la que sorprendió aquella mañana en la cama de Dizo y, por supuesto, no le daría las gracias por arruinar la vida de su sobrino.

Gina bajó la cabeza. La persona que más le preocupaba era la abuela, que contaba ya con ochenta y dos años. Según Dizo, aquel año había sido muy duro para su nonna. La artritis le impedía moverse bien, pero Gina sentía una profunda curiosidad por conocer a la mujer que había representado un papel tan importante en los primeros años de la vida de Dizo.

De camino, pararon en un puesto de flores.

–A mi nonna le encanta el cantueso –dijo, cuando regresó con un pequeño ramo de florecillas moradas.

Regina tomó el ramo para que él pudiera conducir. El aroma era tan fuerte que inundaba por completo el interior del coche. Si no se hubiera sentido tan mareada, le habría encantado aquella fragancia.

No tardaron en atravesar la ciudad. Muy pronto llegarían a la granja. Regina había sido educada para enfrentarse a cientos de personas que la observaban y manejar adecuadamente cualquier situación. Sin embargo, las personas con las que se había encontrado siempre le habían sido favorables.

El hecho de enfrentarse a la familia de él, quienes seguramente la culparían por una boda que ninguno podía aprobar hizo que las

palmas de las manos se le cubrieran de sudor. La perspectiva de conocer a aquellas personas la hizo sentirse peor que nunca.

Sólo la veían como una aristócrata que contrataba personas como Dizo para que trabajaran para ella, pero que jamás los admitiría en su círculo. Para casarse con él, había tenido que renunciar a su derecho a la Corona de su país. A sus ojos, sólo eso haría que sintieran que Dizo era un segundo plato para ella y que siempre lo sería. Nada de lo que ella pudiera decir o hacer cambiaría su actitud.

Era horrible. Todo. Regina quería que él la amara con la misma pasión que ella sentía, pero no era así. Deseaba que los dos pudieran salir huyendo juntos y olvidarse de por qué habían tenido que casarse, pero el mundo no funcionaba así.

–Ya hemos llegado, Gina –dijo la profunda voz de Dizo.

Ella levantó la cabeza. Se sorprendió al ver que él ya había aparcado el coche junto a la puerta trasera de la granja.

–Aún estás un poco mareada por la travesía. Cuando entremos en la casa, te vas a ir directamente a la cama. Yo te llevaré algo de comer. Ya habrá tiempo esta noche para conocer a la familia.

Era como si ya hubiera vivido esa situación y, a la vez, no. En aquella ocasión fue Dizo quien la ayudó a descender del coche y a entrar en la casa. Aquella vez, era ella la que necesitaba que la ayudaran a caminar porque estaba demasiado débil para hacerlo sola.

En cuanto llegaron a la habitación, Dizo la llevó a la cama y la tumbó. Gina se hundió en el colchón con un suspiro. Antes de cerrar los ojos, vio la triste expresión del rostro de Dizo mientras le quitaba las sandalias.

–Volveré enseguida –dijo.

Sin duda, toda la familia estaba reunida en la otra parte de la casa, pero todo estaba tan silencioso que a ella le resultaría muy fácil creer que los dos eran las únicas personas que estaban allí. No supo que él había regresado hasta que pronunció su nombre.

–Gina. tienes que comer algo –susurró, con el rostro lleno de ansiedad–. Toma un poco de esta sopa. Si no te apetece, te traeré otra cosa.

–Hablas como un médico, dottore –dijo ella, tratando de bromear un poco para que él no pareciera tan preocupado.

Sin embargo, la tensión que atenazaba el hermoso rostro de Dizo no se relajó. Regina hizo el esfuerzo de incorporarse contra el cabecero de la cama. Tomó el plato entre las manos y se llevó a la boca varias cucharadas.

–Esto está delicioso. Gracias.

Cuanto más comía, mejor se sentía. Dizo había acercado una silla a la cama. Entonces, le entregó un poco de pan.

–El pan es fabuloso –afirmó Gina, tras tomar un poco–. ¿Crees que quien lo habrá hecho me dará la receta?

–Deja de fingir.

–¿Sobre la receta? –preguntó ella muy sorprendida–. Tendrás que saber que soy una excelente cocinera. Es uno de mis talentos ocultos.

–Gina ... Estoy hablando de cómo te sientes.

Ella le entregó el plato vacío.

–Como podrás ver, me lo he comido todo y me siento mucho mejor. Supongo que una galleta para desayunar no es suficiente

–Te habría dado de comer en el ferry –dijo él, frunciendo más el ceño.

–Por favor, Dizo ... ahora estoy bien. Dame una hora para dormir y estaré lista para lo que tengas en mente. No quiero que sigas haciendo esperar a tu abuela. Le van a encantar las flores que le has traído.

Dizo la contempló durante un instante antes de volver a ponerse de pie.

–Vendré a ver cómo estás dentro de unos minutos. El cuarto de baño es la primera puerta a la izquierda al final del pasillo.

–Lo recordaré –murmuró ella antes de apartarse de él.

En aquellos momentos se estaba comportando muy bien con ella, tanto que, en lo único que podía pensar era en hacer que él se

tumbara en la cama a su lado. Como eso no era posible, a ella no le quedó más remedio que ignorarlo.

La ropa de la cama emanaba un ligero aroma de limón. Resultaba tan fresco que ella hundió con placer el rostro en la almohada. Aquélla era la cama de Dizo cuando iba a la granja de visita. Aquél era el lugar en el que ella había aprendido cómo podía ser la pasión real entre un hombre y una mujer. Quería que fuera el sitio en el que Dizo le hiciera el amor con urgencia, donde la poseyera con pasión.

Seis horas más tarde, Regina se despertó completamente desorientada. Se puso de espaldas. En el momento en el que vio la ventana, recordó todo. Después de mirar el reloj, se dio cuenta de que Dizo la había permitido dormir más de lo que ella le había pedido.

Decidió ir al cuarto de baño. Tomó todo lo que necesitaba de su maleta, agarró el bolso y se dirigió a la puerta. Desde el pasillo se escuchaban voces que provenían de la parte delantera de la casa, pero no podía distinguir las palabras. Ya en el cuarto de baño, se dio una ducha y se lavó el cabello.

No tardó mucho en secárselo y en aplicarse un ligero brillo de labios. Cuando salió del cuarto de baño, vestida con su traje de boda, no se había dado cuenta de que una puerta estaba abierta delante de ella. Una mujer de cabello gris estaba sentada en la cama.

–Principessa... Entre, por favor, y cierre la puerta. Deseo hablar con usted en privado.

Cuando entró en el dormitorio, Gina sintió que el pulso se le aceleraba. Vio que las flores de cantueso que Dizo había comprado para su abuela estaban metidas en un jarrón, que estaba situado sobre la mesilla de noche. La abuela tenía los mismos ojos negros que su nieto. De estatura pequeña, aún mostraba los hermosos rasgos que su hija había heredado de ella.

Regina dejó sus cosas sobre una silla y se acercó a la anciana.

–¿Cómo está usted, señora? –le preguntó. Se dejó llevar por un impulso y la besó en las dos mejillas–. Llevo muchos años queriendo conocerla. Siendo que haya estado usted tan enferma. Dizo lo ha pasado muy mal por eso.

La anciana la observó sin sonreír.

–Su despego me hace creer lo contrario. Me parece que su estúpido comportamiento la ha llevado a perder su derecho al trono. ¡Qué desilusión para su familia! Seguramente, todos tenían muchos sueños para usted antes de que naciera. Yo también tenía sueños para mi Dinozzo.

Mientras Regina estaba tratando aún de recuperarse de las palabras de la anciana, ésta levantó una mano cruelmente deformada por su condición.

–Si usted le causa una hora más de sufrimiento, esto también pesará sobre su cabeza. Mi hija me dijo que usted era la mujer más hermosa que había visto nunca. Eso supone una tragedia aún mayor.

–Gracias, señora.

Regina se negaba a mostrar debilidad ante la anciana.

–Su hija era también una mujer muy hermosa y siempre fue muy amable conmigo. Ahora veo por qué

Algo parecido a la admiración iluminó los ojos de la anciana.

–Lo ha dicho una princesa que estaba destinada a ser reina.

Regina decidió que lo único que podía hacer al respecto era fingir que no había oído aquello.

–Tengo un pequeño regalo para usted –dijo Regina. Tomó su bolso y sacó un montón de fotografías que llevaba en su cartera. Todas eran de Dizo. A lo largo de los años, su colección había ido creciendo. Sacó una muy especial–. Hace mucho tiempo tomé ésta en los jardines de palacio sin que Dizo ni su hija se dieran cuenta. Es mi favorita. Por

favor, no se lo diga a él...

Le entregó la fotografía.

–Ah…

El dedo hinchado de la mano de la anciana recorrió las imágenes de su hija y de su nieto. Regina, entonces, le mostró el resto de las fotografías.

De repente, alguien llamó a la puerta. Regina se volvió a tiempo para ver a un guapísimo Dizo en el umbral. Iba vestido con una camiseta negra y unos vaqueros. Se había duchado y se había afeitado. El olor al jabón que él utilizaba se mezclaba con el del cantueso para formar una fragancia embriagadora.

–No sabía que os estabais conociendo –comentó Dizo.

–Le he pedido que me mostrara su alianza de boda – replicó la anciana–. Se parece mucho a la que ella te dio a ti. ¿Las elegisteis juntos?

–En realidad, la alianza de Dizo era la de mi padre. Él quería que yo se la entregara al hombre con el que me casara –dijo Gina sin mirar a Dizo.

La anciana soltó una carcajada.

–Primero el rey Rudolfo se lleva a mi hijo de aquí. Ahora mi nieto lleva su alianza de boda. Interesante. Así es el círculo de la vida –repuso. Entonces, miró a Gina–. Creo que ya nos hemos dicho todo lo que importaba.

En eso, la anciana tenía razón.

–La princesa necesita comer algo, Dinozzo. ¿No te parece que ya va siendo hora de que le des algo de comer?

–¿Tienes hambre? –le preguntó él a Gina.

–Sí. Estoy muerta de hambre –declaró ella. Después de haber roto el hielo con la abuela, Regina ya no temía tanto tener que enfrentarse al resto de la familia.

–¡Bien! –exclamó la abuela–. Mi nuera se ha pasado todo el día preparando colurgiones para ti.

Regina miró a Dizo sin comprender.

–Bueno, se trata de una especie de ravioli ovalado relleno de ricota fresca y patata con salsa de tomate.

–Se trata de una vieja receta familiar –intervino la abuela.

–Me muero de ganas de probarlo. Deja que lleve mis cosas de nuevo al dormitorio.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que no había vuelto a meter las fotografías en la cartera. Las mejillas se le ruborizaron mientras las recogía todas precipitadamente y salía a toda velocidad por la puerta. Sin embargo, no fue lo suficientemente rápida para Dizo, quien la siguió al dormitorio y observó cómo lo metía todo en la cartera.

Para alivio de Gina, él no hizo ademán alguno. Se limitó a permanecer en la puerta, observándola.

–Estoy vestida en exceso, pero no quería conocer a tu familia con la ropa con la que he estado durmiendo toda la noche.

–Eres la personificación de una princesa –dijo él mirándola de la cabeza a los pies–. Mi familia jamás habría soñado nunca en conocer a una descendiente de la Casa de Savoy en persona. Este día es muy importante para ellos.

Para Regina también lo era. Por fin había conocido a la mujer que amaba a Dizo con la misma ferocidad que él. Sabiendo que los días con su esposo estaban contados, haría caso a la advertencia de la abuela y le causaría el menor sufrimiento posible hasta que él decidiera que no podía soportarlo más y quisiera terminar con todo.

CAPÍTULO 6

GINA estuvo departiendo con la extensa familia de Dizo hasta mucho más tarde. Rompió la reserva de las tías cuando les pidió que

le anotaran las recetas de todo lo que habían preparado para la cena.

Los sobrinos de Dizo se quedaron boquiabiertos con las historias que ella les contó sobre sus experiencias y la vida en palacio. Con cada detalle referente a sus guardaespaldas y a las aventuras que había vivido con Lucca, los ojos de los niños se redondeaban un poco más.

Los tíos y los primos de Dizo se comportaron como Guido. Lo observaban todo con reticencia, pero Dizo notó que no podían apartar los ojos de ella. Ninguno de ellos abandonó la reunión en ningún momento, ni siquiera con la excusa de tener algo que hacer o de salir para fumar en pipa. Se sentían encantados con la mujer que ya nunca tendría oportunidad de ser reina por él.

Dizo estaba tan lleno de angustia que casi pasó por alto lo siguiente que salió de la seductora boca de la que era su esposa.

–No tenéis ni idea de lo mucho que Dizo os ha echado de menos a todos, por lo que hemos planeado una sorpresa. Por supuesto, tendremos que hablar de fechas con todos vosotros, pero hemos pensado llevaros a todos, incluso a la nonna, a Niza en el avión privado.

Cuando escucharon estas palabras, todas las mujeres irrumpieron en una excitada conversación y empezaron a hacer preguntas. Con su don natural, Gina siguió tejiendo su magia.

–Hay una médico en el palacio de Capriccio que estará pendiente de ella por si lo pudiera necesitar. Después de unos días allí con Guido, Fonsi y Pascuale en los que podréis nadar, jugar al tenis y montar a caballo, nos montaremos en el yate familiar para disfrutar de un crucero por el Mediterráneo durante una semana.

Aquella sorprendente declaración estuvo a punto de provocarle a él un ataque cardíaco.

–Allí también hay médico. Todo lo que podáis desear está disponible a bordo. Si los adultos quieren dormir todo el día, estupendo. Yo ayudaré a cuidar de los niños y así tendréis un respiro.

En aquel momento, los adultos, hombres y mujeres, habían perdido por completo sus reservas y se habían puesto tan animados como los más jóvenes.

–Dizo también va a necesitar un descanso después de tantos

años de estudio. ¿Os he contado la ocasión en la que salvó a uno de mis perros favoritos del refugio de perder la pierna? Fue justo antes de otro horrendo examen, pero él lo dejó todo para ayudarme. Al cabo de un mes, le quitó la escayola y el perro caminaba sin cojear.

Mientras ella los tenía a todos hipnotizados con sus palabras, Dizo salió de la sala. Quería darle a su abuela la noticia, pero antes necesitaba unos minutos para asimilarlo todo.

Su Gina les había ofrecido a su familia algo excepcional. Siempre había sido una persona muy generosa, pero aquella vez se había excedido. Por una vez en su vida, Dizo se había tragado su orgullo y, al ver la felicidad de todos los suyos, no había podido decir que no. Aquélla era la Gina que él adoraba. Quería todo lo que ella estuviera dispuesta a ofrecer. Quería su amor tan desesperadamente que se había convertido en una enfermedad para él.

De repente, escuchó la voz de su abuela desde el interior de su dormitorio.

–¿Qué haces ahí fuera, Dinozzo? Entra aquí y dime a qué se debe tanta excitación.

Dizo hizo lo que ella le había pedido y cerró la puerta antes de dirigirse a la cama de la anciana.

–Te lo contaré cuando tú me cuentes a mí una cosa.

Ella lo observó con astucia en la mirada.

–Ya sabes que no se debe traicionar un secreto.

–Así que había un secreto.

–En cierto sentido, sí.

–No te entiendo.

–En ese caso, deja de ocuparte de asuntos que no son tuyos.

–¿Qué debo hacer?

–Ir poco a poco.

A Dizo le habría gustado que su abuela le explicara a qué se refería, pero notó que parecía muy cansada. La medicina que tomaba para que el dolor remitiera por las noches había empezado a funcionar.

–Buonanotte, cara. Mañana por la mañana, te contaré el regalo que Gina le ha hecho a toda la familia.

Después de darle a su abuela un beso en la frente, regresó al salón. Parecía que la fiesta había terminado. No se veía a Gina por ninguna parte.

–¿Dónde está mi esposa? –le preguntó a su tío.

–Giovanni le ha mostrado la moto que se compró el verano pasado y le ha preguntado si le gustaría que la llevara a dar una vuelta. Volverán dentro de unos minutos –añadió dándole una palmada en el hombro–. Ahora, ven a tomarte una copa conmigo. He guardado esta botella de vino para una ocasión especial.

Dizo se prometió que sería una copa. Nada más. Aquella noche necesitaba tener la mente muy clara. Su abuela le había dicho que debía ir poco a poco. En lo sucesivo, ése sería su modus operandi.

Gina había dado por sentado que no habría noche de bodas.

Se había equivocado.

Cuando Giovanni trajo a Gina de vuelta de su paseo, Dizo estaba en la parte delantera de la granja con su tío. Seguramente, era demasiado esperar que él la hubiera echado de menos y que estuviera esperándola.

Una de las razones por las que se había ido con el primo de Dizo era para darle un respiro y poder tener una larga conversación con su abuela. Además, el paseo le había mostrado la zona y, como las carreteras tenían tantas curvas, había sido muy divertido. Giovanni había aprovechado la ocasión para enseñarle algunas frases en el idioma nativo de la isla. Aún estaban riéndose cuando el joven detuvo la motocicleta frente a la granja.

Fuera lo que fuera lo que su tío y él habían estado hablando no parecía haber mejorado su estado de ánimo. Dizo dio un paso al frente y la ayudó a bajar de la moto, donde ella se había tenido que sentar de lado por lo estrecha que era la falda de su traje de novia.

–¿Te has divertido?

–Sí. Gio conduce esta cosa como un profesional.

–¿Gio? –preguntó Dizo, sin ni siquiera tratar de ocultar su sorpresa. A ella le dio la impresión de que a él no le había divertido. ¿Por qué?

–Ése es mi nuevo apodo –exclamó Giovanni con evidente placer. Entonces, lanzó a Gina una descarada sonrisa.

–Ya sabes, Dizo, como el que te puse a ti –le recordó ella–. Cuando todo el mundo venga a Capriccio, haré que mi hermano le deje utilizar a Gio una de sus motocicletas para que los dos puedan darse una vuelta.

Giovanni parecía encantado.

–Y mañana vamos a salir a dar otra vuelta.

–Eso es muy generoso de tu parte –dijo Dizo antes de que ella pudiera aceptar–, pero ya no vamos a estar aquí.

Regina miró a su esposo con curiosidad. Jamás sabía qué clase

de terreno pisaba con él.

–¿Y por qué no? –preguntó Giovanni.

–Porque Gina y yo estamos de luna de miel.

–Sí, sí, eso ya lo sé, pero creía que os ibais a quedar aquí un tiempo. Gina me ha dicho que le gustaría que le diera otro paseo.

–Estoy seguro de eso, pero yo tengo otros planes para ella. Te propongo una cosa –dijo él, para no disgustar aún más a su primo–, si regresamos aquí antes de tener que abandonar la isla, te lo diremos. Si no, te veremos cuando vengáis todos a Castelmare.

Giovanni parecía muy desilusionado, pero se recuperó pronto.

–Me parece bien. Ciao, Dinozzo –dijo. Entonces, le dedicó a ella una amplia sonrisa–. Ciao, Regina. Eres lo mejor que le ha ocurrido nunca a esta familia.

Con eso, se marchó a la casa de sus padres, que estaba a varios kilómetros carretera abajo.

Ella miró a Dizo. Su rostro serio le recordó lo infeliz que él era. Por supuesto, también debía recordar que no había dormido nada la noche anterior. Había estado demasiado ocupado preocupándose de ella. Por suerte, aquella noche estaban en tierra firme. Podía irse a la cama y descansar a pierna suelta sabiendo que ella no iba a vomitar.

Sólo había un problema. La cama era de matrimonio y él era un hombre grande y fuerte que necesitaba espacio. A no ser que Gina le pidiera a su tío si podía dormir en otra habitación, lo que sin duda enojaría a Dizo, lo único que podía hacer era dormir de costado cerca del borde de la cama y resistir hasta la mañana siguiente.

Contenta de tener un plan, le dio las gracias al tío de Dizo por su hospitalidad y se metió en la casa por delante de Dizo. El resto de la familia ya se había marchado a sus habitaciones. Al pasar por delante del dormitorio de la abuela, lo hizo de puntillas.

Para ella, resultaba una novedad, dormir en una casa tan pequeña. Sin embargo, cuando pensó en lo solitaria que resultaba su ala de palacio, decidió que le gustaba aquello. Por supuesto, tenía que admitir que la causa principal de ello era Dizo.

Cuando pensaba que se tendría que acostar en la misma cama

que él, se le ponía un nudo en el pecho.

Él entró en el dormitorio después de ella.

–Ve tú primero al cuarto de baño –le dijo.

–¿Y tú? –preguntó Regina tragando saliva.

–Yo ya estoy listo para irme a la cama.

Gina sintió que el pulso se le aceleraba. Tomó su maleta y se la llevó con ella. Cuando estuvo en el cuarto de baño, se quitó la ropa y se puso el sencillo camisón. Era sin mangas, suelto y de color amarillo. Después de lavarse los dientes, lo guardó todo en la maleta. Ya no le quedaba otra cosa que hacer más que unirse a Dizo.

Al entrar, vio que él había dejado la luz encendida. La apagó rápidamente y cerró la puerta. En aquella penumbra, Regina vislumbró que él estaba tumbado en el lado más alejado de la cama, de espaldas a ella. Este hecho hizo que todo resultara más fácil. Se deslizó bajo las sábanas y se puso también de espaldas a él.

–Gina...

–¿Sí?

–¿De verdad llevo puesta la alianza de boda de tu padre?

–¿Acaso crees que yo sería capaz de mentirle a tu abuela?

–No es eso a lo que yo me refería.

–En ese caso, lo siento. Entiendo que te haya sorprendido. A mí también me sorprendió. Mi madre me la dio un minuto antes de que bajáramos a la capilla. Se suponía que mi padre debía de habérsela llevado a la tumba, pero, antes de morir, le dijo a mi madre que la guardara para mí. Yo no supe nada al respecto hasta este momento. Sirvió durante la ceremonia, pero si resultaba un recordatorio demasiado horrible de lo que te has visto obligado a hacer, no tienes por qué llevarla.

–Nadie me apuntó con una pistola.

–La pistola lleva años apuntándote. No trates de animarme, Dizo. Sé lo que he hecho y estaré pagando por ello durante el resto de

mi vida. Por cierto, ya que estamos hablando de anillos. ¿Dónde conseguiste el mío?

–Lucca me lo proporcionó en el último momento.

–Eso me había parecido. El joyero de palacio resulta muy útil de vez en cuando.

–Mi padre me ofreció el suyo, pero era demasiado grande para ti.

–Por suerte para él. Estoy segura de que a Guido le gustó mucho no tener que hacer ese sacrificio.

–No digas eso, Gina. Mi padre no siente antipatía hacia ti. No te conoce.

–Ni tampoco me aprecia.

Dizo dejó escapar un suspiro de frustración.

–Su actitud es muy típica del mundo en el que nació, pero ahora no quiero hablar de mi padre. Por el bien de lo que ha ocurrido entre nosotros, ¿por qué no tratamos de conseguir que nuestro matrimonio funcione?

–A mí ... a mí me gustaría –susurró ella.

–En estos momentos estaba pensando más bien en esta noche –murmuró Dizo–. Volvamos a empezar. ¿Qué te parece si recreamos la noche en la que viniste aquí para hablarme de tu padre y vemos a ver qué pasa?

Gina sintió que el colchón se movía. Él se volvió hacia ella y le colocó una mano sobre el hombro.

–Mi tío me ha dado una botella de champán para nuestra noche de bodas. ¿Por qué no brindamos por nuestro futuro? Tal vez entonces podamos dejar de crucificarnos el uno al otro y aceptar las cosas como vengan...

El tono ronco de su voz hizo que a Gina se le pusiera el vello de punta.

–¿Significa eso que no puedes reunir la suficiente pasión hacia mí sin ayuda?

–Dio mio ... No es eso lo que quería decir y lo sabes.

–¿Sí? –le preguntó ella sinceramente–. Después de todo el tiempo que hace que nos conocemos me debería haber resultado más que evidente que mis poderes de seducción tenían un impacto nulo sobre ti.

–Eso no es cierto...

–Yo ... no sé si te he mencionado alguna vez que no puedo tolerar el alcohol. Me da náuseas, por lo que la idea de tomar una copa de champán y todo lo que ello significa está fuera de lugar para mí. Prefiero seguir siendo la virgen que jamás llegó a ser reina.

Dizo le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra su cuerpo.

–Eso no lo dices en serio –susurró.

–Tal vez no, pero saber que estoy casada con un hombre que necesita ayuda antes de poder hacer el amor no me ayuda a mí en nada. Todo el mundo que conozco me dijo que, cuando pasa cierto tiempo, lo de hacer el amor no es tan estupendo.

–En ese caso, no has hablado con las personas adecuadas –dijo él haciendo que Gina se volviera para mirarlo–. Puedes descubrirlo ahora mismo. Yo te demostraré lo maravilloso que puede ser todo el tiempo.

Un profundo temblor recorrió el cuerpo de Gina.

–Ya sé cómo es. Tú te dormiste y todo acabó en desastre. Como me dijiste en el invernadero, el cuento de hadas ha terminado. Al menos, yo ya no creo en ellos. Tú me hiciste un favor y me obligaste a ser una persona más realista.

–En ese caso me alegro, porque esto es real.

Antes de que ella pudiera responder, cubrió salvajemente los labios de la joven con los suyos con una pasión que parecía totalmente real. Sin embargo, Regina no se la creyó ni pudo responder a él. Había habido tanto dolor...

Le colocó la manos sobre el torso y lo apartó de ella.

–Lo mejor es que nos durmamos para que estemos frescos mañana. Aunque tú ya sabes lo que vas a hacer con el resto de tu vida, yo no.

Con eso, se dio la vuelta y se ocultó el rostro entre los brazos.

Dizo no estaba dispuesto a aceptar la derrota. Le frotó la espalda con urgencia.

–Gina, si es cierto que estás tan triste nos podemos marchar.

–Estoy dispuesta a hacer lo que sea.

–Yo había pensado que pasáramos unos días nadando en la Costa Esmeralda, pero mañana a primera hora lo organizaré todo para que podamos regresar a casa.

Regina escuchó atentamente sus palabras. Aquella parte de la costa de Cerdeña tenía fama de ser una de las playas más hermosas del mundo. Ver todo eso con él...

–Yo ya no tengo casa.

–Eso no es cierto. La tienes conmigo. Mañana llamaré a tu hermano y le pediré que nos envíe el helicóptero.

Gina se sentó en la cama de un salto.

–¡No te atrevas a hacer eso! ¿No crees que me has humillado ya bastante delante de él? A partir de ahora, voy a ser una mujer más. Cuando me marche de aquí, lo haré en un avión de línea regular desde Alghero. Tú te puedes quedar aquí y disfrutar de la compañía de tu abuela.

Dizo se levantó también de la cama y se puso de pie.

–¿Adónde vas?

–A llamar a Gio –replicó él, poniendo un énfasis especial en el apodo que ella le había dado a su primo–. Dado que él tiene tantas ganas de entretenerte, dejaremos que sea él quien lleve el coche a porto torres. Tú y yo nos marcharemos en avión a Génova para recogerlo allí en el ferry.

–¿Y tu abuela? Ella está tan contenta de que estés aquí.

–Una vez ella tuvo una luna de miel inolvidable y dará por sentado que necesitamos intimidad para la nuestra. Preferiría que ella pensara que soy feliz.

–Sin embargo, no te preocupó estropear los sueños de Lucca sobre mi felicidad con una llamada de teléfono. ¡Eso es por lo que él sabe que nuestro matrimonio es una farsa!

–No tiene por qué serlo, Gina. ¿Y si al menos tratamos de ser amigos?

–Yo te hice esa misma pregunta en el invernadero, pero estabas tan decidido a contarle todo a Lucca que ni siquiera me escuchaste…

Dizo tardó un instante en responder.

–Esta noche, la invitación que les has hecho a toda mi familia les ha provocado una profunda felicidad. Si nos ven así, les vas a dar la razón en todo lo que siempre habían creído.

Regina sabía perfectamente lo que él le iba a decir, por lo que se le adelantó.

–Supongo que te refieres a que nada más que tristeza puede salir de la unión entre el hijo de un jardinero y una princesa. Eso me lo sé de memoria.

Cuando él se marchó de la habitación, Gina ocultó el rostro sobre la almohada para tratar de ahogar los sollozos.

Regina vio el alto edificio del faro del puerto en la distancia y comprendió que se estaban acercando a Génova. Durante el corto vuelo, había estado pensando en la familia de Dizo, que se había presentado para celebrar otra comida antes de que ellos se marcharan al aeropuerto. Mientras comían, se decidió que la fecha para las vacaciones de toda la familia al completo tendrían lugar al cabo de un mes.

Desde el aeropuerto de Fertilia habían tomado un vuelo a primeras horas de la tarde. Cuando llegaron a Génova, tomaron un taxi para ir al puerto y llegaron justo a tiempo para recoger su coche en el ferry.

Nadie más que el tío de Dizo sabía adónde se dirigían. La

familia había dado por sentado que Dizo y ella se marchaban a algún lugar exótico. Aunque mantuvo la sonrisa en el rostro, la despedida de la abuela de Dizo había sido muy emotiva. Cuando ella besó a la anciana y le prometió que volverían a estar juntas muy pronto, la abuela de Dizo le había agarrado el rostro con ambas manos y le había besado a ella, un gesto que Regina creía que significaba algo especial.

Durante el vuelo, los dos habían mantenido una conversación sin importancia, pero, cuando se metieron en el coche, Dizo se parapetó tras una máscara impenetrable. Llegaron a Capriccio al atardecer.

–Si no te importa, me gustaría pasar por la clínica antes de que nos vayamos a casa –musitó Dizo.

–Por supuesto que no.

Dizo se dirigió a la pequeña localidad tan cercana a la capital y detuvo el coche en la calle principal en la que se situaba la clínica. La noche era tan hermosa que todo el mundo parecía estar en la calle, disfrutando de la vida nocturna.

–Me temo que tendrás que entrar conmigo. Aunque prefieras quedarte aquí sentada, no puedo permitirlo.

–Te equivocas, Dizo. Me encantará entrar en la clínica.

Antes de que él pudiera rodear el coche para ayudarla a salir, ella se quitó el cinturón y se bajó rápidamente. Iba vestida con el jersey y la camiseta que la tía de Dizo le había lavado. Resultaba sorprendente cómo había podido arreglárselas tan sólo con una muda de ropa.

De repente, un paparazzi que, de algún modo había conseguido superar la seguridad que los acompañaba, se colocó a su altura.

–¿Qué le parece si me da una sonrisa para la cámara, princesa?

Durante un segundo, ella no supo reaccionar. Inmediatamente, un feroz Dizo agarró la cámara, se la quitó al reportero y le quitó la tarjeta antes de devolvérsela al paparazzi.

–¿Qué le parece si desaparece antes de que sufra algún daño?

La amenaza era evidente. Regina lo observó asombrada. Fuera lo que fuera lo que había aprendido en las calles de Sassari había

aterrorizado al reportero, que se marchó inmediatamente tan pálido como la muerte.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó él en voz baja. Ella asintió–. Estás temblando.

–Simplemente me pilló desprevenida. Eso no me ocurre con frecuencia.

Aunque era cierto, había sido la defensa de Dizo la que la había emocionado hasta el mismo corazón. No habría hecho algo así si no tuviera profundos sentimientos hacia ella... ¿no?

Él le rodeó los hombros con un brazo y la acompañó hasta la puerta de la clínica. Tras meter la llave en la cerradura, la acompañó al interior y encendió las luces.

–¿Matteo?

Regina lo siguió por el pasillo, que estaba alineado a ambos lados por un despacho y tres salas de consulta. Encontraron al ayudante nocturno en la perrera que habían al final del pasillo.

El atractivo joven, de unos veinticinco años, levantó la mirada de una jaula en la que un perro blanco de aspecto triste estaba tumbado de costado, completamente inmóvil.

–Doctor Fornese, no lo esperaba tan pronto.

–Ha habido un cambio de planes –replicó él–. Permíteme que te presente a mi esposa. Regina, éste es Matteo Luzzi. Está estudiando primero de Veterinaria en estos momentos.

–Es un honor para mí, princesa.

–Gracias. Yo también me alegro de conocerlo. Te ruego que me llames Regina. Soy la esposa de Dizo, lo que siempre he deseado ser.

Ya estaba. Lo había dicho delante de él. Vio que se quedaba boquiabierto por sus palabras, como si en realidad hubiera dicho algo que le hubiera molestado.

–¿Qué le pasa a este perro? –añadió ella.

–Su dueño la dejó antes de anoche. Desde entonces, no ha querido comer. Lo he intentado todo. Después de dar un paseo en el patio trasero, la traigo aquí y sólo quiere tumbarse.

–Oh, pobrecita ... Echa de menos su casa. ¿Cuánto tiempo tiene que estar aquí?

–Una semana.

–¿Cómo se llama?

–Valentina.

Sin dudarlo, Regina dejó el bolso en lo alto de la jaula y abrió la puerta.

–Una semana entera es demasiado tiempo, ¿verdad, Val? a mí me gustan los nombres cortos, por lo que es así como te voy a llamar.

Metió las manos en la jaula y se colocó a la perrita contra el pecho, acunándola y arrullándola como si se tratara de un bebé.

La perra levantó la cabeza y comenzó a olisquear por todas partes. Cuando le lamió la boca, Regina se echó a reír y le dio un beso.

–Mientras vosotros dos os ponéis al día, yo me la llevaré a una de las salas y le daré algo de comer en mi regazo. Creo que podré conseguirlo.

Matteo sacudió la cabeza.

–No sabía que también fueras veterinaria.

–No. El veterinario es mi brillante esposo.

Dizo la observó atentamente mientras ella recogía los boles del agua y de la comida.

–Regina dirigió el albergue de animales de Capriccio durante años, Matteo. Me atrevo a decir que ella sabe más sobre comportamiento animal que cualquiera de los que trabajan en la universidad.

Aquel cumplido sin precedentes emocionó a Regina por segunda vez aquella noche, después de ver cómo la había protegido en el exterior. Sin decir nada, se dirigió a la primera de las salas de consulta y tomó un poco de comida. La perrita comenzó a menear la cola y empezó a comer de la mano de Regina.

–No me lo puedo creer –murmuró Matteo.

Cuando Regina le ofreció su bol de agua, Valentina comenzó a beber ávidamente.

Matteo sonrió.

–Ahora no te puedes marchar a casa –dijo.

–Regresaré mañana y le daré un poco más de atención extra. Eso es lo único que necesita.

Muy pronto, el animal se lo hubo comido y bebido todo.

–Buena chica, Val. Cuando venga tu dueño estarás bien guapa y gordita. Se me ocurre una cosa –dijo, sabiendo que Dizo estaba observándola–. ¿Te importaría salir al coche por mi camisón, Dizo? Iría yo, pero no quiero disgustar a Val.

Sin duda, era la petición más extraña que él había escuchado nunca. Sin embargo, decidió no cuestionarla y salió a buscar lo que su esposa le había pedido.

Gina, por su parte, se levantó y volvió a llevar a la perrita a su jaula. Cuando Dizo regresó con la prenda, la colocó sin que ella le dijera nada en un rincón de la jaula. El animal entró sin problemas y empezó a olisquear la tela. Después de colocarlo de un modo y otro, terminó por colocar la cabeza encima.

Regina cerró la puerta de la jaula.

–Hasta mañana, Val. Pórtate bien.

La perrita se levantó y comenzó a ladrar.

–¿Dónde tienes los premios para perros, Matteo?

–Le traeré unos cuantos.

Mientras Matteo iba por lo prometido, Dizo deslizó la mano por la espalda de Regina hasta llegarle al cuello, provocándole una extrema sensación de placer. Entonces, le apretó la nuca suavemente.

–Creo que es mejor que nos marchemos antes de que Val decida tener a Matteo despierto toda la noche llorando porque tú no estás

aquí –murmuró, rozándole el cabello con los labios.

Se despidieron de Matteo y regresaron rápidamente a coche para dirigirse al apartamento de Dizo. El corazón de Regina palpitaba alocadamente al darse cuenta de que se dirigían juntos a la casa del que era su esposo. El hogar de ambos. Nadie más estaría allí. Habría podido jurar que la temperatura le subía varios grados sólo por pensar que iba a estar a solas con él. Demasiadas veces a lo largo de los años había ansiado aquel momento. Ya que estaba a punto de ocurrir, se sentía sin aliento.

Por fin, mientras avanzaban por una calle alineada de casas de estilo mediterráneo, Dizo aparcó en la entrada al garaje de una de ellas. Las escaleras que llevaban a la planta principal enmarcadas de flores rojas y naranjas. Llegaron a una terraza desde la que se disfrutaba una vista panorámica de la bahía.

Dizo le enseñó rápidamente la casa. El interior era blanco, pero realizaba un delicioso contraste con las plantas que la decoraban. Le encantó que tuviera hierbas frescas en la cocina. Además, estaba la lavandería, un cuarto de baño y un pequeño dormitorio. Por una escalera de madera se accedía a la segunda planta de la casa, en la que estaba el dormitorio principal y un cuarto de baño. Mientras ella lo examinaba todo, Dizo dejó la maleta en el suelo y la observó con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Bienvenida a tu nuevo hogar, tal y como está, signora Fornese.

–¿Tal y como está? –preguntó ella–. ¡Me encanta! ¡Es precioso!

–Sin embargo, no es la clase de hogar al que tú estás acostumbrada.

–No digas eso, Dizo –le suplicó ella–. El palacio pertenece a la Casa de Savoy. No tienes ni idea de lo que es vivir en un monumento en el que no te puedes expresar del modo en el que tú lo has hecho aquí. Siempre te envidié por tener tu propia casa en Capriccio. Cada vez que yo necesitaba hacer algo en palacio, tenía que andar un kilómetro. Te aseguro que me encanta este apartamento. Se nota que aquí vive un hombre que tiene buen gusto.

Dizo se apartó de la pared contra la que se había apoyado.

–Quiero que sepas que puedes añadir lo que quieras para que cuando la gente venga aquí sepa que mi hermosa e intuitiva esposa vive aquí conmigo.

Gina se sonrojó.

–Eres muy hermosa, Gina –reiteró él–. Matteo estuvo a punto de caerse redondo al suelo cuando entraste esta noche en la perrera. En cuanto a Giovanni, habría sido capaz de conducir hasta el fin del mundo si tú se lo hubieras pedido. Mis dos hermanos han albergado una secreta pasión hacia ti durante años. Admito que fui bastante cruel al obligar a Lucca a reaccionar. Nadie sabe mejor que yo lo mucho que lo adoras a él y a la Corona, por eso, quiero que seas sincera conmigo, Gina. Necesito saber lo profundos que son los sentimientos que tienes hacia Nic.

–¿Cómo dices?

–¿Te supuso un gran sacrificio tener que renunciar a él? Tal vez nuestro matrimonio tenga muchas cosas equivocadas, pero al menos quiero saber la verdad sobre esto.

Regina tampoco había esperado que Dizo fuera tan sincero con ella.

–Me gustaba Nic.

–¿Sólo te gustaba?

–Me has pedido que te diga la verdad –dijo ella encogiéndose de hombros.

–Lo de gustar puede significar muchas cosas.

–¡Significa exactamente lo que significa! –exclamó ella, más exasperada a cada momento que pasaba–. Significa que él era una persona maravillosa que será un esposo perfecto para otra princesa. Sin embargo, jamás me dieron ganas de volar al palacio de su familia en medio de la noche para meterme en su dormitorio a través de un balcón y poder así estar con él.

–Sin embargo, estabas dispuesta a casarte con él.

–No. Eso no es cierto. Le dije a mi hermano que estaba dispuesta a fijar la fecha con Nic porque estaba enfadada. ahora me arrepiento de eso.

Dizo la observó durante un instante como si estuviera tratando de comprobar la veracidad de aquellas palabras. Entonces, asintió lentamente y desapareció en el cuarto de baño. Cuando salió, le lanzó

a ella una bata blanca y azul.

–Estoy seguro de que Val agradece mucho el sacrificio que has hecho esta noche. Mientras tú te duchas aquí, yo utilizaré el baño de la planta baja. ¿Quieres que te traiga algo de la cocina cuando vuelva a subir?

–Una pieza de fruta y tal vez algo de beber.

–Como desees.

CAPÍTULO 7

REGINA observó cómo Dizo sacaba algo de la cómoda antes de marcharse del dormitorio. Después de darse una rápida ducha y de lavarse el cabello, se cepilló los dientes y comenzó a secarse el cabello con una de las esponjosas toallas.

Cuando regresó al dormitorio con el albornoz de Dizo, vio que él estaba tumbado encima de la cama, como un enorme y misterioso felino de la selva. Ver su bien definido físico cubierto tan sólo por un par de pantalones azules, le provocó una sensación de deseo tan intensa que casi le produjo dolor.

–Una manzana para tentar a Eva –dijo, extendiéndole dos objetos.

–Y un refresco de naranja –replicó ella sentándose en su lado de la cama antes de quitarle las dos cosas de las manos–. Gracias. No me había dado cuenta de que adán fuera un hombre de tantos recursos.

–Si Eva se pareciera a ti, estoy seguro de que él habría hecho todo lo posible por agradarla. Yo estoy dispuesto a hacerlo, Gina.

–Ya lo has hecho –replicó ella, al ver que también había subido las cartas–. Sin trampas esta vez.

–Lo juro.

Dizo le entregó a ella la baraja para que pudiera repartirlas. Entonces, le mostró ambas manos para que viera que no ocultaba nada en las palmas.

–¿Por qué me da la sensación de que me estás preparando una encerrona? –preguntó Gina mientras repartía las cartas.

–Tal vez porque me gusta ganar.

–Y a mí también.

–Eso hace que hagamos buena pareja juntos.

–¿Desde cuándo? –preguntó ella muy sorprendida.

–Desde el primer día en que nos conocimos y tú me dijiste que yo no era más que un plebeyo grosero y sin pulir.

–Si te dije eso, seguro que te lo merecías...

Gina decidió que Dizo no estaba prestando atención porque ella le ganó fácilmente las tres primeras manos.

–Me obligó a comprar un diccionario para saber qué significaba todo eso que me habías dicho. Fue entonces cuando decidí estudiar para que una princesa de diez años no volviera a saber nunca más que yo.

–¿De verdad te llamé esas cosas?

–Yo te provoqué. Se te había caído una pelota de tenis en la piscina por accidente. Cuando me pediste que te la sacara, decidí que no iba a ser uno de tus criados y te dije que la recogieras tú sola. Hasta más tarde, no supe que tenías miedo del agua.

–Gracias a ti superé mi miedo para poder demostrarte que era la mejor nadadora de once años de Capriccio

–¿Ves? A pesar de que parezca lo contrario, siempre hemos sido buenos el uno para el otro.

–Siento haberte hecho daño, Dizo.

–Lo sé. De lo único de lo que no te podré acusar nunca es de pensar que eras mejor que los demás. La arrogancia y la intolerancia jamás formaron parte de ti.

Tantos halagos hicieron saltar en ella las alarmas.

–¿Por qué eres tan amable ahora conmigo?

–¿Acaso no se puede portar bien un chico malo de vez en cuando?

Gina sintió que el corazón se le aceleraba.

–Un chico malo no habría durado ni cinco minutos en palacio. Lucca siempre fue mi perro guardián.

–Me di cuenta –afirmó él–, pero él no está aquí ahora. He decidido que quiero que me beses para que yo pueda perdonarte por todo el daño que me hiciste hace ya tantos años.

Gina evitó su mirada.

–Ya no somos niños.

–No, no lo somos, grazie a Dio. Hace ya bastante tiempo que soy un hombre y me gustaría hacer las paces con mi esposa del único modo que se me ocurre. ¿Es esto demasiado claro para ti?

A Gina se le cayeron las cartas de las manos.

–Estamos casados. Quiero hacerte el amor, Gina.

–Sé que tu padre me estaba mintiendo cuando me dijo que te ibas a casar a finales de verano y entiendo por qué. Sin embargo, me pregunto cuántas otras mujeres han oído esas mismas palabras. Yo diría que me parece una pregunta justa, considerando que tú sabes todo lo que hay que saber sobre Nic.

Dizo recogió las cartas y las dejó en la mesilla de noche.

–Me he acostado con cuatro mujeres.

Gina trató de no reaccionar. En cuanto a número, no era muy elevado para un hombre de treinta y dos años, sobre todo cuando se trataba de uno tan atractivo como Dizo.

–¿Fueron relaciones breves o hubo algo más duradero?

–Uno duró un año. El otro ocho meses.

–¿Por qué no te casaste con ninguna de ellas?

–Al final descubrí que no éramos compatibles.

–Quieres decir que ya no había deseo alguno.

–Así es.

–¿Por parte de quién?

–De la mía, pero había ciertas razones. Puedes estar segura de que a mí no me ocurrió lo que dice tu teoría de que hacer el amor pierde interés después de un tiempo. Tiene que haber algún vínculo mental para que el fuego siga ardiendo.

En ese punto, Regina estaba de acuerdo con él. Sólo un hombre había conseguido hacerla vibrar en cuerpo y alma.

–Te conozco lo suficiente para saber que me estás ocultando algo. ¿De qué se trata?

–¿A qué viene este interrogatorio? –preguntó él, incorporándose sobre la cama.

–Pareces nervioso. Lo sé porque tienes un tic junto a la boca al que sólo le ocurre eso en circunstancias extremas. Ese mismo nervio está temblando ahora. Yo me estaba refiriendo a una conversación que tuve con tu abuela.

–¿Qué te dijo mi nonna exactamente?

–Una advertencia. Me dijo que si te causaba más de una hora de sufrimiento, estaría también sobre mi cabeza.

–¿También?

–Mencionó algo sobre que mi familia se sintiera desilusionada por mis actos. Al mismo tiempo, me dijo que ella también se sentía desilusionada por tus sueños rotos.

En aquel instante, Dizo le soltó la mano y se puso de pie. Tal vez por fin Gina conseguiría la respuesta a algo que llevaba desgarrándola por dentro desde su visita a la isla.

–Estoy seguro de que malinterpretaste sus palabras.

–No. Sin lugar a dudas, ella me atribuyó a mi tu gran sufrimiento. Tenía todo el derecho a hacerlo, por supuesto. Sé que fueron mis actos los que nos metieron a todos en un lío. La verdad es que yo no soy como Lucca. Él jamás antepondría sus deseos sobre el bienestar de nuestro país. Yo adoraba a nuestro padre, pero el amor de mi hermano iba un paso más allá. Si no hubiera encontrado a Alexandra, se habría casado con la candidata favorita de mi madre y le habría sido fiel a pesar de su infelicidad personal. Lucca se merece ser rey. Yo, por el contrario, jamás merecí ser reina. Ese derecho lo perdí hace mucho tiempo.

–¿De qué estás hablando?

–Tú sólo has visto un lado de mi personalidad, Dizo, pero tengo otro que nadie conoce a excepción de tu padre.

–¿De mi padre? No te entiendo.

–Desde el primer día que me presentaron a tu familia, me sentí tan emocionada por tener nuevos amigos ... tu madre era un cielo, pero tu padre ponía ciertos límites que me excluían por completo. Para mí, saber que había alguien al que no me podía ganar fue una experiencia nueva. Se había convertido en un desafío para mí. Cada vez que yo trazaba un círculo para incluirte a ti, él trazaba otro con el que me separaba de ti. Era tan inteligente que podría haber enseñado tácticas militares al mismísimo general Bonaparte...

–Gina...

–Es cierto. Él sabía que yo te había elegido a ti. Durante mi adolescencia, fui lo suficientemente estúpida como para creer que si él y yo nos hacíamos amigos, terminaría por ceder y te dejaría pasar tiempo conmigo cuando terminaras tus tareas. No fue así. Hiciera lo que hiciera, Guido encontraba el modo de librarse de mí. Yo insistía porque estaba segura de que tú querías estar conmigo. Mi padre siempre me había dicho que yo era una hija maravillosa y una niña siempre cree a su papá. Tan convencida estaba de ello que di un paso más allá y me convencí de que tú pensabas lo mismo.

–Y sabes muy bien que era así.

–En realidad, no. Una chica siempre necesita pruebas y un poco de ayuda, Dizo. Los chicos con los que mis padres me animaban a salir no tenían problema alguno en venir a buscarme. Al final, terminé por darme cuenta de que sólo se me permitiría casarme con una clase muy concreta de hombres. Tú no eras uno de ellos, pero empecé a soñar

con que tú te convertías en mi amante.

–No bromees sobre eso…

–No estoy bromeando. Los sueños que tenía sobre ti me obsesionaban.

–¿Acaso crees que yo no tenía los mismos sueños?

–No tengo ni idea, dado que tú jamás compartiste tus pensamientos privados conmigo. Cuando cumplí los dieciocho años, mi madre me animó a pasar más tiempo con Nic. Nuestros padres eran buenos amigos. Al principio, la obedecí para agradarla, pero en lo más profundo de mi ser había tomado una decisión: contraería matrimonio y te tendría a ti como amante durante toda la vida aunque ello significara que yo jamás podría ser reina.

El rostro de Dizo palideció.

–Estoy segura de que tu padre supo leerme el alma y conocer qué era lo que quería hacer. Cuanto más me esforzaba yo por estropearle sus intenciones, más aversión mostraba él hacia mí. En mi ingenuidad, y ésta es la parte más importante, Dizo, me negué a comprender que todos los años que había estado tratando de mantenernos alejados, lo había hecho porque sabía que tú querías que te protegiera.

–¡Te equivocas, Gina!

Dizo se levantó de la cama y la rodeó para acercarse a ella. Cuando Gina leyó la intención que tenía en sus ojos, se echó hacia atrás.

–Por favor no me toques aún. No he terminado. Tu abuela tenía todo el derecho del mundo a decirme lo que me dijo. Después de estar al acecho en la granja para atraparte, me merecía su enemistad y la de tu padre. No culpo a ninguno de los dos. Ambos estaban simplemente tratando de protegerte de una princesa sin escrúpulos.

–Porque él sabía que yo te deseaba.

–En ese caso, yo fui la última persona en enterarse. Cuando él admitió delante de Lucca lo infeliz que siempre habías sido, no pude soportar pensar que yo podría ser la causa porque jamás te gustó que yo anduviera acechándote. No debería haber consentido este matrimonio ni que tú sacrificaras tu felicidad para salvar mi

reputación, pero no sabía qué hacer.

Dizo la agarró por los hombros.

–¿De verdad crees que acepté casarme contigo para salvar tu reputación?

–Sé que sí. Tu abuela conoce todos tus secretos. Ella no mentiría sobre tu sufrimiento.

–Tienes razón. Siempre tuvo que ver cómo yo me retorcía de dolor por la pasión sin esperanza que sentía por una hermosa princesa.

Regina sacudió la cabeza y se zafó de él.

–Quiero creerte, Dizo, pero desde mi punto de vista era imposible que tu pasión no tuviera esperanza. Yo te perseguía por todas partes. Te lo puse muy fácil, pero tú jamás aceptaste lo que yo te ofrecía.

–Sabes por qué. Sabía que si cedía una sola vez, significaría un desastre para todos.

–Yo también lo sabía, pero eso no me impidió ir a Cerdeña para estar contigo. Mira, todo esto resulta muy complicado, pero me gustaría que todos estos malentendidos se quedaran en el pasado, que es donde deben estar.

–A mí también –murmuró él, muy emocionado.

–He estado pensando en tu sugerencia.

–He sugerido muchas cosas. ¿A cuál te refieres en concreto?

–A lo de ser amigos. Por el bien de tu familia, que vendrá a visitarnos el mes que viene, me gustaría que nos lleváramos bien. Como dijo Lucca, jamás te he dado elección en nada, pero si estás dispuesto a volver a empezar, yo también.

–¿Quieres decir que te acomodarías a ser mi esposa, ama de casa plebeya y corriente?

–Sí. No te rías.

–No me estoy riendo.

–Sé cocinar.

–¿Qué te parece si llevamos el acuerdo un paso más allá y te conviertes en mi asistente en la clínica? Necesito una desesperadamente.

–Me encantaría, pero yo no soy estudiante de Veterinaria como Matteo.

–Tienes otras cualidades que necesito más. Val es el vivo ejemplo. Además, como estás licenciada en Economía, podrías ocuparte de los libros de cuentas. Tienes mucha experiencia por haberte ocupado de la dirección del albergue y a mí no se me dan bien las cuentas. Para serte totalmente sincero, el lado empresarial de mi trabajo necesita mucha ayuda.

–Eso es cierto. Eres un hombre al que le gusta ensuciarse las manos –comentó ella, con una sonrisa.

–Me conoces mejor que nadie...

Habría habido un momento de su vida en el que habría podido creer aquellas palabras. Tal vez trabajando con él podría llegar a conocer todas las facetas de la personalidad de Dizo que no había podido ver antes. Mientras se lo estaba pensando, él apagó las luces y se metió en la cama.

Cinco minutos más tarde, Gina se sentía muy desilusionada porque él no la hubiera tomado entre sus brazos. Aquella noche, él le había confesado muchas cosas, pero tenían que ser sólo palabras porque no la estaba devorando entre sus brazos en aquellos momentos. Como siempre, se había retirado a un lugar en el que él vivía en solitario y al que ella no le podía seguir.

–Yo te llevaré a palacio mañana por la mañana –dijo, por fin–. Cuando hayas elegido lo que quieres traerte al apartamento, lo traeremos aquí antes de ir a la clínica.

–Es muy generoso por tu parte. Me imagino que estás más que cansado de verme con la misma ropa todos los días.

–Sólo iba a decir que, para ser una mujer que está acostumbrada a tener una indumentaria diferente para cada día del año, me has convencido de que la ropa no es una de tus prioridades en la vida. Te has enfrentado a esta situación mucho mejor de lo que lo habría hecho cualquier otra mujer de las que yo conozco.

–Gracias. Hasta ahora he llevado una vida situada de cara al público, tanto que la ropa era una necesidad. Quiero que sepas que estoy encantada con la oferta de trabajo, Dizo. Como es la primera vez que tengo uno en toda mi vida, te prometo que me esforzaré al máximo.

–Estoy seguro de ello.

–Gracias. También quiero que sepas que me lo he pasado muy bien en Cerdeña

–Ese sentimiento ha sido mutuo.

–Eso espero, pero no tengo muchas esperanzas de que tu padre se venga con nosotros en el yate.

–Aún es pronto para saberlo, Gina.

–Tienes razón. Bien, buonanotte.

Dizo se inclinó sobre ella para darle un breve beso en los labios.

–Buonanotte, mia moglie...

Con eso, se dio la vuelta y se colocó de nuevo de espaldas a ella.

Tal vez había decidido literalmente lo de empezar de nuevo como amigos. Acababa de llamarla «esposa». A ella le encantaba el sonido de aquella palabra. Tal vez si se convertía en una asistente muy valiosa para él, recuperarían la intimidad y su matrimonio comenzaría a florecer a partir de ahí.

Al día siguiente a las seis, la clínica había terminado su jornada laboral. Matteo llegaría en cualquier momento para hacerse cargo del turno de noche.

Dado que Regina había pasado mucho tiempo con Val y con el resto de los inquilinos, pudo terminar de colgar la última de las tres fotografías que se había hecho enviar desde palacio aquella tarde sin que Dizo lo supiera. Retrataban los diferentes momentos de la curación de antoneo, el perrito al que él le había arreglado la pata

cuando sólo era un estudiante de Veterinaria.

En el momento en el que vio que Dizo se cambiaba la bata blanca por su americana gris, supo que había llegado la hora de marcharse.

–¿Qué te parece? ahora, cuando vengan los niños sollozando por tener que traer aquí sus mascotas, puedo ofrecerles pruebas visuales de que el doctor Fornese los pondrá bien. Éste es mi regalo para ti por convertirte en el mejor veterinario de Castelmare.

Dizo estudió las fotografías durante al menos un minuto antes de quitarle de las manos el martillo. Entonces, se llevó ambas manos a los labios y le besó las yemas. Sus ojos la observaban como si fueran brasas ardientes.

–Creo que nadie me ha regalado nunca algo que pueda atesorar más. Esto requiere una celebración, señora Fornese.

–Esas fotografías son un bonito añadido a esta clínica –comentó Matteo en cuanto entró por la puerta.

–No podría estar más de acuerdo contigo –dijo Dizo, sin dejar de mirar a Gina.

–¿No me va a contar nadie la historia?

–Eso será mañana, Matteo. Esta noche, mi esposa y yo tenemos planes.

Gina sintió un profundo orgullo al notar la entonación de posesión que había en la voz de Dizo. Apartó las manos de las de él y se volvió a mirar a Matteo.

–Antes de que nos marchemos debería decirte que hemos recibido una llamada de la dueña de Cianni. Van a venir a recogerla esta noche sobre las nueve. He puesto una caja de comida especial para perros encima de su jaula. Es la clase de suplementos que poníamos a veces en el albergue. Entrégasela. Si le echan una cucharada en la comida normal y se la mezclan, harán que ella sienta más interés por la comida y le dará más brillo al pelaje. Ah, he descubierto que Val prefiere los premios que saben a jamón y que a Nera le gusta la mantequilla de cacahuete.

Matteo la miró muy sorprendido. Luego centró su atención en Dizo.

–A mí no me mires. Yo sólo soy su marido.

Dizo aún se estaba riendo cuando salieron por la puerta de la clínica. agarró la mano de Gina y comenzaron a pasear por la calle.

–¿Qué te hace tanta gracia?

–Yo tenía mucho miedo a que me costara levantar el negocio. Ahora me doy cuenta de que los clientes van a acudir a montones. Antes de que me dé cuenta, me veré obligado a buscar un socio.

–Tal vez eso no fuera mala idea. Has trabajado mucho a lo largo de toda tu vida, por lo que te mereces más tiempo libre para divertirte.

Se dirigieron a Rinaldo's, uno de los restaurantes favoritos de Savono.

–Me apetece scampi.

–Me encanta.

–Este lugar es tan bueno como cualquier otro.

Entraron en el restaurante y vieron que estaba a rebosar. El maître estaba diciéndoles a un grupo de turistas que tendrían que esperar una hora y media para conseguir mesa cuando se fijó en Regina. Todo cambió como siempre ocurría en el momento en que la reconocían.

De repente, tras un chasquido de dedos, los camareros empezaron a correr y la clientela comenzó a estirar el cuello para verla bien.

–¿Cuántas personas hay en su grupo, principessa?

–Dos –afirmó Dizo con una expresión pétrea en el rostro. Ya no era el hombre risueño de hacía unos instantes.

–Por aquí.

El maître les condujo hasta la mejor mesa del restaurante. Regina podría haberle dicho al maître que Dizo y ella podían esperar como todo el mundo, pero habría sido un castigo mucho peor estar allí de pie durante una hora y media mientras todos los miraban fijamente. Dizo era una persona tan discreta que no lo habría soportado. Era mucho mejor dejarse llevar.

–No es justo –dijo ella recordando a propósito otra conversación que los dos habían tenido en otra ocasión

–No –respondió él, con la misma beligerancia que en la primera ocasión.

–Finge que tenemos este restaurante para nosotros solos –susurró ella después de que anotaran lo que iban a tomar.

–¿Y eso cómo se hace?

–A menos que se tengan veintiséis años de experiencia, es muy difícil conseguirlo –comentó ella, con una triste sonrisa.

–No volveremos a cenar aquí.

–De ahora en adelante, yo cocinaré para nosotros. Te prometo que no te morirás de hambre.

–Te tomo la palabra.

La excitación se apoderó de Gina. ¡Cuántas veces había soñado con vivir con él haciendo todas las cosas que una mujer normal hacía para el nombre que amaba!

CAPÍTULO 8

NO TARADARON mucho en terminar su cena.

–¿Nos vamos? Compraré algo de postre de camino a casa.

Regina asintió. Él dejó un montón de billetes encima de la mesa y la ayudó a levantarse. Juntos, volvieron a recorrer el camino de salida en medio de la curiosidad de los comensales.

Como la gente se había enterado de que ella estaba cenando allí, se había reunido mucha gente alrededor de la entrada para verla. Dizo la agarró por el codo y siguieron andando como si el mundo a su alrededor no existiera. Estaba aprendiendo rápido, pero la maldición

que soltó cuando llegaron al coche resultó tan divertida que Gina no era capaz de parar de reír.

–¡Mañana vamos a estar en las portadas de todos los periódicos!

–Me temo que sí, pero nos ayudará a que todo el mundo crea que somos una feliz pareja de recién casados. De eso se trataba cuando nos casamos tan precipitadamente. Queríamos evitar el escándalo. Hasta ahora está funcionando. Lucca tenía razón. Si esas fotografías de Sassari hubieran aparecido alguna vez en los periódicos...

–Estoy empezando a comprender por qué tu vida era tan solitaria, Gina. No puedes hacer nada sin que todo el mundo lo sepa.

–Todo tiene su precio, tanto si eres uno de los dotados como de los de las castas más bajas. ¿A cuál prefieres pertenecer ahora?

Dizo le tomó la mano y le dio un beso en la palma.

–Fui un idiota al pensar esas cosas en el pasado. Te ruego que me perdones, Gina.

–No hay nada que perdonar. Lo que importa ahora es que no tengamos más malentendidos.

–De acuerdo.

Le soltó la mano cuando llegaron al coche. Se metieron en él rápidamente y se marcharon a toda velocidad.

–Dizo, necesitamos comprar algunas cosas. Detengámonos en el supermercado antes de ir a casa.

–¿Estás dispuesta a que la turba vuelva a rodearte?

–Estoy acostumbrada a ello, pero sé que tú no. Si quieres quedarte en el coche, yo entraré corriendo. ¿Cuánto dinero tenemos para gastar?

Dizo se dirigió rápidamente al único supermercado que había en Savono. Después de apagar el motor del coche, la miró con una expresión divertida en los ojos.

–¿Cuánto estabas pensando comprar?

–Yo ... si no te puedes permitir mucho, está bien. Sólo quería

comprar algunas cosas para mañana.

–Unas cosas ... Hmmm, ¿como qué?

–No sé lo que tienes en casa, pero yo diría que necesitamos fruta, huevos, queso, aceite de oliva, pan y carne. Cosas así. ¿No?

Dizo soltó una carcajada.

–Sí. Claro que sí.

Entonces, la sorprendió dándole un beso en la mejilla antes de salir del coche. Se dirigió hacia la puerta de ella para abrírsela. Resultaba tan agradable poder hacer algo tan sencillo como salir a hacer la compra ... Gina estaba tan encantada que entrelazó el brazo con el de él.

Se mantuvieron así hasta que entraron en el supermercado y él tomó un carro. Avanzaron lentamente por los pasillos. Mientras ella escogía tomate y salvia, él centraba su atención en las galletas y en los helados. Tal vez el modo de llegar al corazón de Dizo era a través de los dulces, por lo que Gina decidió comprar un poco de chocolate y un frasco de mermelada de frambuesa para hacerle un pastel.

Mientras esperaban para pagar, sus rostros estaban tan cerca que sólo necesitaban acercarse un par de centímetros para poder besarse.

–Creo que estás pensando prepararme una deliciosa sorpresa –susurró él mirándola a los ojos.

–Era el postre favorito de mi padre. Cuando empecé a cocinar, utilizaba a Sebastiano como cobaya. Era muy tiquismiquis para comer. Si él se lo comía, yo sabía que a mi padre también le gustaría.

Dizo se echó a reír con ganas.

–Pobre perro. Recuerdo que después de que tú cumplieras los dieciséis decidiste teñirle un mechón de su pelo antes de teñirte de rubia.

Él volvió a echarse a reír.

–Un caballero no comentaría nunca algo así –protestó ella.

–Pensaba que habíamos acordado que yo no lo era –dijo él mientras se dirigían hacia el coche con su compra–, pero si hace que

te sientas mejor, aquel día me reí de ti para ocultar mis sentimientos.

–¿Qué sentimientos?

–Que estabas igual de sexy con el pelo negro, rubio, verde, rojo o morado –confesó él, tras acomodarla en el coche.

–¿De verdad creías que era sexy?

–Venga, Gina. Partías el corazón a todos los hombres que se cruzaban en tu camino y tú lo sabías.

Si Regina no se había dado cuenta de eso, había sido porque el único hombre que captaba su atención era Dizo.

–La verdad es que tienes un cabello negro muy hermoso –admitió él.

–Igual que el tuyo. Dado que es el momento de sincerarse, te diré que siempre te consideré mi guerrero corso. Desde mi balcón, solía observarte mientras trabajabas y fingía ser la princesa cautiva que estabas protegiendo de los piratas.

–Te sorprendería saber cuántas veces quise subir a ese balcón y llevarte a algún lugar en el que pudiéramos estar a solas.

–No tendrías que haberme llevado a ninguna parte. Sólo tenías que habérmelo dicho y yo me habría marchado contigo de buen grado.

Después de un silencio, él dijo:

–En tus sueños, ¿nos llevábamos también cosas para comer cuando nos fugábamos?

Gina se echó a reír.

–No. Entonces yo no era tan práctica.

–La realidad es responsable de muchas cosas.

Aquel último comentario de Dizo la serenó para el resto del trayecto a casa.

Durante las siguientes tres semanas, la vida fue pasando con una rutina que fue haciéndose muy habitual. Eran amigos que se levantaban cada mañana y se marchaban a trabajar juntos. Se

turnaban para cocinar. Dizo había invitado a su padre a cenar en varias ocasiones, pero a él siempre se le había ocurrido alguna excusa para no hacerlo. Eso dolía a Regina, pero no sabía qué hacer al respecto.

En los fines de semana, ella seguía trabajando como voluntaria en el albergue de animales de Capriccio mientras que Dizo pasaba su tiempo con sus hermanos.

En su tiempo libre, Gina lo preparaba todo con el personal de palacio para la visita de la familia Fornese. Contando con Dizo y ella, serían veintisiete. Después de consultar a la familia de él, la decisión fue unánime. Querían recorrer las aguas de las costas de Francia y España. Todos los planes iban bien menos una cosa: Guido le había dicho a su hijo que no iba a participar en el crucero. A Gina le disgustó tanto la noticia que decidió que tenía que hacer algo al respecto para conseguir que cambiara de opinión aunque sólo fuera por el fin de su esposo.

La semana antes de que llegara toda la familia, Gina tomó una decisión. Mientras se marchaban de la clínica para regresar a casa, se volvió a mirar a Dizo.

–¿Podríamos ir a palacio para invitar a tu padre a que viniera a cenar con nosotros esta noche? He preparado pasta según la receta de tu tía.

–Está bien. Intentémoslo a ver qué pasa.

–Gracias.

Dizo le colocó la mano sobre el muslo y despertó el fuego sobre su piel. Hacía semanas que no la tocaba.

–Te agradezco mucho que quieras hacer esto.

Tras apretarle un poco, apartó la mano.

Resultó muy duro ir al invernadero y recordar la noche en la que todos sus sueños se habían hecho pedazos. Sin embargo, por la felicidad de todos, estaba dispuesta a arriesgarse a tener una conversación con el padre de Dizo.

–Si no te importa, me gustaría pasar a mí primero.

–Bien –dijo Dizo–. Te esperaré aquí.

Ella asintió antes de bajarse del coche.

–Estoy segura de que no tendrás que esperar mucho tiempo.

Con la adrenalina en el cuerpo, entró en el invernadero y llamó a Guido. Él estaba en su escritorio, hablando con alguien por teléfono. Cuando se dio la vuelta y vio de quién se trataba, cortó la conversación y colgó.

–Principessa...

–¿Podríamos hablar durante un minuto?

–¿Le ha ocurrido algo a mi hijo? –preguntó Guido con preocupación.

–Está bien. De hecho, me está esperando fuera. Sólo quería preguntarte si querías venir a cenar con nosotros a nuestra casa tan pronto como termines aquí.

–Lo siento. Tengo otros planes.

–Guido, si te hubiera invitado mañana, pasado mañana o dentro de tres días, la respuesta habría sido la misma. Bien. En ese caso, no vengas. Si crees que yo soy la criatura más malvada que se ha cruzado en tu camino, creo que te vendría bien mirarte al espejo y ver lo que le estás haciendo al hombre más maravilloso que hay sobre la faz de la tierra. Negándote a venir a nuestra casa o al crucero, lo estás castigando a él, no a mí. Yo ya estoy en el infierno porque él haya tenido que casarse conmigo, pero tu hijo siempre te querrá. En una ocasión, Lucca me dijo que esperaba poder educar a su hija con los mismos valores que tú has sabido inculcarles a los tuyos. Eres el cabeza de la familia Fornese, pero supongo que la antipatía que sientes por mí te ha hecho olvidarte de eso.

Gina pronunció las palabras que llevaba años guardando en su interior sin poder contenerse. Con eso, se dio la vuelta y salió del invernadero. Al verla, Dizo salió del coche.

–¿Podríamos marcharnos, por favor? –suplicó ella.

–¿Ha sido cruel contigo? –le preguntó Dizo, cuando ella se hubo serenado.

–No más de lo habitual. Es hombre de pocas palabras. No. No y no.

–Lo siento, Gina.

–Y yo también, por interponerme entre vosotros dos. Estoy segura de que esta noche se está arrepintiendo de haber aceptado hace tantos años el trabajo que le ofreció mi padre.

–Yo doy gracias al cielo de que lo hiciera, porque si no, tú no serías mi esposa. ¡Olvídate de mi padre! Lo único que importa somos tú y yo.

Acababan de llegar a la casa. Antes de que él pudiera apagar el motor del coche, Gina se bajó del vehículo y subió las escaleras que conducían a la casa.

–Gina –dijo él, echando a correr tras ella para tomarla entre sus brazos–. Te amo, amore. ¿Me oyes?

Ella levantó el rostro cubierto de lágrimas para poder mirarlo.

–Claro que te oigo, Dizo, pero para convencerme de eso he necesitado escucharlo desde hace diez años. Necesitaba escucharlo la noche que fui a la granja. Oírlo la noche siguiente en el invernadero. He arriesgado mi vida y mi amor por ti, pero tú jamás me dijiste esas palabras y, mucho menos, hiciste nada que demostrara lo que sentías.

–Tenía miedo de decirte lo que sentía.

–¿Que Dinozzo Fornese tenía miedo?

–Hace diez años tenía miedo a decirte lo que sentía por temor a que me rechazaras. Mis padres me sermoneaban constantemente sobre ti. Me decían al menos una vez a la semana que si seguía jugando con fuego me iba a quemar porque, al final, tú terminarías casándote con un hombre de tu clase. Cada vez que me buscabas después de estar con otro hombre, yo presumía de ello delante de mi padre. Fue entonces cuando él me dio el golpe de gracia. Me preguntó que si yo de verdad creía que tú podías amar a otro hombre más que a tu padre. Me dijo que tú sólo querías ser reina y que sólo podías conseguirlo casándote con un hombre que fuera a ser rey. Quiso saber si yo me iba a conformar con ser tu amante...

–Es cierto que yo creía que quería ser reina porque no conocía otra cosa. además, entonces sólo era una niña. Mis prioridades cambiaron cuando me convertí en una mujer y comencé a soñar con convertirme en tu esposa, a pesar de que, entonces, me parecía imposible.

Con eso, Gina siguió subiendo la escalera y metió la llave en la cerradura. En aquel momento, los faros de un vehículo que acababa de detenerse frente a la casa los iluminaron.

–Es la furgoneta de mi padre –dijo Dizo.

–No me lo puedo creer…

–Evidentemente, tus palabras lo han hecho reaccionar lo suficiente como para hacer que venga.

Dizo la besó antes de soltarla para que ella pudiera entrar en la casa. Entonces, bajó a recibir a su padre.

–Papá…

–No voy a entrar, hijo.

–Entonces, ¿por qué has venido hasta aquí?

–Para decirte que he decidido formar parte de las vacaciones familiares.

Dizo cerró los ojos durante un instante.

–Me alegra oír eso. Será muy especial para todos.

–Eso no es todo.

–Si me vas a hablar de Gina, no quiero escuchar lo que me tienes que decir. Ahora, ella es mi esposa. La única mujer que amaré en mi vida. Si no puedes aceptarlo, entonces…

–¿Lo sabe ya? –lo interrumpió su padre.

–¿Qué quieres decir?

–Gina cree que no la amas. Es culpa mía.

–Nadie tiene la culpa, papá.

–Claro que sí. Quiero que me perdones, hijo mío.

–Yo iba a pedirte lo mismo…

Los dos hombres se abrazaron a través de la ventana abierta. Entonces, Dizo volvió a apoyarse sobre la puerta.

–En estas últimas semanas, he descubierto por mí mismo que a Gina no le importa nada no ser reina. Eso lo ha cambiado todo para mí, pero hacerle superar el daño que la he hecho está resultando ser mucho más difícil de lo que yo habría imaginado.

–Tienes que tener paciencia con ella.

–Nonna me ha dicho lo mismo.

–Tu abuela es una mujer muy sabia. Se alegra mucho de que te hayas casado con Gina. Y yo también me alegro.

Dizo se sintió embargado por la emoción.

Tras despedirse de su padre, Dizo subió los escalones de dos en dos y entró corriendo en su apartamento para encontrar a su esposa. Ella estaba ocupada en la cocina, preparando la cena.

–¿Dónde está tu padre? –preguntó muy sorprendida.

–¿Quieres que te diga la verdad?

Gina asintió aunque resultaba evidente que se sentía muy defraudada.

–Mi padre es un hombre muy tímido. Tal vez la próxima vez se quedará a cenar con nosotros. Sólo ha venido a decirme que va a participar en el crucero.

–¿De verdad?

–Sí y todo gracias a ti. Antes de que se marchara me dijo que mi abuela se alegraba de que yo me hubiera casado contigo y que él también.

–Yo ... ¡no me puedo creer que haya dicho eso! ¿De verdad ha sido así?

–Sí, mi padre es un tipo duro, pero tú estás ganando la guerra. Ahora, vamos a cenar. Esa pasta está para morirse.

Ella se colocó las manos sobre las caderas.

–¿Lo dices en serio?

–¿Acaso no te has dado nunca cuenta de que jamás tenemos sobras desde que tú empezaste a cocinar? Soy el marido más afortunado sobre la faz de la Tierra.

Al día siguiente, Regina le pidió a Dizo que la llevara a palacio antes de ir a trabajar. Le dijo que necesitaba algunas prendas más para su guardarropa, pero era una excusa. Mientras él terminaba de meter sus cosas en el coche, subió corriendo a buscar a su hermano. Tras llamar a la puerta de la suite, oyó que Alexandra decía que iba a abrir. A los pocos segundos, ella apareció en el umbral con su hija en brazos.

–¡Regina! –exclamó, muy sorprendida.

–Sé que no te he avisado de que iba a venir...

Alexandra asintió y la abrazó afectuosamente.

–Entra.

–¿Puedo tomar a Catarina en brazos?

–Por supuesto.

Regina se sentó y observó cómo la niña luchaba contra el sueño.

–Oh, Alexandra. Es tan bonita ... Sólo hace tres semanas que no la veo y ha cambiado mucho.

–Lo sé. Yo cada día le vio algo diferente. Lucca está tan loco con ella que ni siquiera quiere ir a trabajar. Esta mañana, he tenido que echarlo.

–¿Está en su despacho?

–No. Está en una convención de banqueros hasta las tres. ¿Has ido a ver a tu madre? Está deseando verte.

–Todavía no. Lucca es el único que puede ayudarme.

–¿Ayudarte? ¿No te sirve contármelo a mí?

–Yo ... bueno, sí, me aliviaría –susurró mirando con adoración a Catarina.

–Eso ya lo veo –dijo Alexandra. Se puso de pie y tomó su hija de nuevo en brazos–. Catarina acaba de comer y ahora debe marcharse a dormir. Déjame que la ponga en su cuna para que podamos hablar tranquilas.

Gina soltó al bebé, pero se sintió tan vacía que tuvo que agarrar uno de los cojines mientras esperaba. Alexandra volvió enseguida y se sentó frente a ella.

–¿Cómo van las cosas por la clínica?

–Me encanta trabajar allí.

–Con lo mucho que tú quieres a los animales, él jamás podría encontrar a nadie mejor.

–Gracias.

–¿Y la luna de miel? ¿Cómo fue?

–La familia de Dizo es maravillosa, pero todo fue un desastre. Por eso regresamos antes de tiempo. Dado que Lucca y tú no tenéis secretos, puedo contártelo a ti igual que a él. Dizo se porta bien conmigo, pero no me ama del modo en el que Lucca te ama a ti.

–¿Cómo dices?

Regina comenzó a llorar. Había estado conteniendo su dolor durante toda la noche. Por fin podía desahogarse. La noche anterior había creído que Dizo por fin le haría el amor. No fue así.

–Me trata como si fuera su hermana. Nuestro matrimonio no puede seguir así. Yo lo amo profundamente, pero dado que él no siente lo mismo, necesita estar libre.

–Entonces, ¿por qué se casó contigo?

–Para salvar la reputación de todos.

–¿Te creíste eso antes de que accedieras a casarte con él?

–Sí.

–Y entonces, ¿por qué aceptaste tú?

–Para ocasionar la menor vergüenza posible a nuestras familias.

–Entonces, ¿los dos teníais razones para casaros sin que ninguno de los dos lo deseara realmente?

–Oh, yo lo deseaba, pero sólo si él lo quería también. Dado que Lucca fue el que nos empujó a casarnos, es el único que nos puede autorizar a divorciarnos. Necesito saber cuánto se puede tardar en conseguirlo. Si es un proceso largo, quiero empezar inmediatamente. Espero que después de que nos hayamos ido de vacaciones con su familia, podamos tener la separación legal hasta que el divorcio sea definitivo.

–Tienes razón. Debe ser tu hermano quien se ocupe de esto. ¿Sabe Dinozzo por qué has venido a palacio esta mañana?

–No. No tiene ni idea.

–¿Se ha ido ya a trabajar?

–Todavía no. Está cargando más cosas mías en el coche. Me imagino que, en estos momentos, estará en el coche esperándome.

–Lucca va a llamarme cuando paren para almorzar. ¿Quieres que le diga algo?

–Sí. Cuéntale lo que acabo de decirte y pídele que me llame cuando tenga tiempo.

–Lo haré.

–Bueno, ahora es mejor que me marche –dijo Gina poniéndose de pie–. Gracias por escucharme.

Regina abrazó con fuerza a su cuñada antes de marcharse.

CAPÍTULO 9

EL DÍA resultó ser bastante ajetreado en la clínica. Dizo tuvo que realizar tres operaciones de emergencia además de ocuparse del habitual número de pacientes. Había veces que la sala de espera no tenía suficientes sillas para acomodar a todo el mundo. Con su profesionalidad, Dizo se había ganado a la gente. Gina lo amaba por ello. Demasiado.

–Eres fantástica –le susurró él al oído–. Tu trabajo en la clínica es estupendo. No voy a dejarte escapar.

El trayecto hasta el apartamento resultó muy amargo para Regina. Sabía que Dizo sentía gratitud por lo mucho que lo ayudaba en su trabajo, pero ella necesitaba mucho más.

–Voy a preparar la cena.

Dizo desapareció en la planta de arriba. Cuando regresó a la cocina, estaba vestido con su bata y se puso a mirarla de un modo que hizo que ella se sintiera algo incómoda.

–¿Qué pasa?

–Dímelo tú.

–No comprendo.

–Creo que sí –le dijo con un tono de voz muy seco.

–Dizo...

–¿Por qué no me dices la verdad sobre la conversación que has tenido con Alexandra?

Oh, no.

–Acabo de recibir una llamada muy interesante de tu hermano.

–Supongo que será sobre el divorcio. Yo...

–¡No nos vamos a divorciar, así que ya puedes olvidarte del tema! Ni siquiera hemos disfrutado aún de nuestra luna de miel.

–Eso no ha sido culpa mía, Dizo. Yo te quiero mucho, pero la escena del invernadero mató algo dentro de mí. Por lo mucho que significas para mí, voy a hacer todo lo que esté en mi poder por

dejarte en libertad. No sé cuánto tiempo nos llevará, pero te juro por el nombre de mi padre que se nos concederá el divorcio.

–No si yo puedo decir algo al respecto.

–No puedes oponerte...

–¡Ni hablar! Yo soy tu marido y tú eres mi mujer. Además, Lucca no te lo va a conceder.

–¿Es eso cierto?

–Sí. Él me dijo que te contara que no iba a haber divorcio. Nunca.

–Oh, Dizo ... ¿qué es lo que te he hecho?

Dizo se encogió de hombros.

–Yo mismo te podría haber dicho que ésa sería la respuesta de tu hermano. Si Enrique VIII no pudo persuadir al papa para que anulara su matrimonio con Catalina de Aragón para que él pudiera volver a casarse, ¿creíste sinceramente que Lucca iba a conseguir que el arzobispo cediera en este tema?

Ella dejó escapar un gemido antes de desmoronarse en medio de grandes sollozos. A Dizo no le molestaba que llorara todo lo que ella quisiera. No iba a ir a ninguna parte. Ni ella tampoco. ¡Nunca!

Durante un rato, Regina tuvo la piscina del yate para ella sola. Era el último día que iban a pasar en alta mar y todos habían desembarcado para ir a Cannes, hasta la abuela, quien siempre había querido conocer la famosa ciudad francesa. Junto con su padre, Dizo le estaba enseñando a su abuela los encantos de la ciudad en su silla de ruedas.

Al día siguiente llegarían a Niza, donde la mayor parte de la familia desembarcaría. Desde allí, tomarían un vuelo a Cerdeña. El resto, tomarían limusinas para regresar a Capriccio.

Las vacaciones habían estado tan bien organizadas que habían sido un éxito. Una de sus mayores alegrías había sido ver cómo Guido se relacionaba con su familia y se relajaba.

Milagrosamente, el padre de Dizo se había mostrado muy amable con ella. El enfrentamiento con él había sido una catarsis para

Gina. Hasta cierto punto parecía haber aclarado el aire profundamente entre ambos.

Dizo también había sabido disimular muy bien y se había comportado como el perfecto anfitrión. Durante el día, los dos se comportaban como amigos, pero por la noche, él siempre esperaba a acostarse a que ella se hubiera dormido. Por las mañanas, cuando Gina despertaba, él ya se había levantado.

Desgraciadamente, el crucero estaba finalizando.

Cuando regresaran al apartamento, ¿qué haría Dizo? Sus días seguirían ocupados por el trabajo de ambos en la clínica, pero por las noches él no tendría como excusa que iba a tomarse una copa en el bar del yate con su padre o con sus hermanos. Los dos estarían solos. Sin la esperanza del divorcio, no había alivio posible a la vista.

Gina decidió que tenía que hacer algo para detener aquel dolor.

Decidió nadar un poco. Tras hacerse unos largos, levantó la cabeza y vio que Giovanni acababa de meterse en el agua y que se dirigía a toda velocidad hacia ella. Aunque a ella le gustaba la compañía del muchacho, había pensado que, en aquella ocasión, estaría sola para variar. Antes de que él pudiera llegar a su lado, Regina salió del agua y se puso su albornoz. Cuando Giovanni sacó la cabeza del agua, pareció muy desilusionado al ver que ella ya no estaba en la piscina.

–Ciao, Regina.

–Ciao, Gio –dijo ella mientras se sentaba en una de las hamacas–. ¿Por qué no te has ido a Cannes con los demás?

–Hacía tiempo que esperaba hablar contigo a solas. Cuando vi que te quedabas, yo también decidí hacerlo.

Gina se sacó las gafas de sol del bolsillo y se las puso para evitar el sol

–¿Y qué es lo que te preocupa en este hermoso día?

–Mis estudios. Mis padres quieren que me quede en Sassari, pero a mí me gustaría ir a la universidad de Capriccio, como hizo Dinozzo.

–Me parece maravilloso que estés pensando en ir a la

universidad. He de decirte que Sassari tiene una de las universidades mejores y más antiguas y allí, además, podrás seguir viviendo en tu casa.

–Lo sé, pero tienes que admitir que Capriccio es un lugar mucho más interesante.

–Yo nací aquí, así que, por supuesto, no puedo ser neutral.

–Me estaba preguntando si tú podrías hablar con Dinozzo y pedirle que hablara con mi padre. A él lo escuchará.

–¿Y por qué no hablas tú mismo con Dizo?

–Tú no conoces a mi padre. Según él, no se han de pedir favores.

–Supongo que eso significa que tampoco le has pedido a Guido que te dé un trabajo.

–No me atrevería. Si Dinozzo está de acuerdo, no tendré ningún problema.

Con eso, salió de la piscina y se sentó al lado de Gina.

–Está bien. Te prometo que cuando tenga un momento, le hablaré del tema a Dizo.

El muchacho esbozó una amplia sonrisa.

–Eres maravillosa. Grazie.

–Yo también creo que es maravillosa.

El corazón de Regina se aceleró al escuchar la voz de Dizo a sus espaldas. No sabía que él había vuelto a cubierta. Antes de que pudiera darse la vuelta, él le colocó las manos sobre los hombros y empezó a masajeárselos suavemente. Parecía que habían pasado meses en vez de una semana desde la última vez que él le había dedicado atención física. El cuerpo se le deshizo bajo las caricias de su esposo.

–Ciao, Dinozzo –dijo Giovanni–. ¿Ya han vuelto todos?

–No. Yo soy el único. Cuando tu padre se dio cuenta de que no estabas con nosotros, le dije que yo volvería a buscarte.

–Estábamos teniendo una conversación muy seria –comentó

Regina–. Dado que tú has formado parte de ella, creo que sería el momento más adecuado para decirte de qué hemos estado hablando.

Dizo le soltó los hombros y tomó asiento en otra de las hamacas. Su poderoso físico tenía un aspecto fantástico con un polo azul claro y unos pantalones de color caqui.

Regina pudo aprovechar que llevaba las gafas puestas para darse un festín sin que él se diera cuenta.

–Adelante, Gio. Cuéntale a Dizo lo que me has estado explicando a mí.

El muchacho se incorporó y se agarró con fuerza las rodillas con los brazos.

–Les he dicho a mis padres que quiero ir a la universidad de Capriccio como tú, pero se han mostrado contrarios a ello y no quieren volver a hablar del tema.

–Probablemente temen que termines marchándote de Cerdeña para siempre y no quieren perderte –comentó Regina.

–Gina tiene razón –afirmó Dizo–. En mi caso, mis padres ya estaban aquí. No me perdieron.

Giovanni miró a su primo durante un largo instante.

–La primera vez que viste Capriccio, ¿no te pareció que te habías muerto y que estabas en el cielo?

–No –respondió él, sin dudarlo.

–¿Cómo es posible que no te gustara?

–Odiaba ser pobre, pero lo odiaba aún más porque mi padre nos había tenido que sacar a todos de nuestro hogar para marcharse a trabajar a otro país como sirviente de otro hombre. Odiaba tanto nuestra situación que no podía ver claramente. En demasiadas ocasiones tuve que escuchar cómo los visitantes del palacio decían que era maravilloso que los inmigrantes de países más pobres supieran cuidar tan bien de los jardines de palacio, aunque no estaban seguros de cómo el rey podía confiar en nosotros.

Al escuchar aquellas palabras, Regina se quedó helada porque sabía que era así precisamente como algunas personas ignorantes

veían el mundo.

–Si yo me hubiera sentido así, no me habría quedado –afirmó Giovanni.

–A mí no me quedó elección –replicó Dizo–. Era demasiado joven para escapar y mi padre me necesitaba. Hasta que no cumplí los dieciocho años, no me di cuenta de que, efectivamente, Capriccio era un lugar muy hermoso y que tenía muchos atractivos –añadió, agarrando con fuerza la mano de Regina.

–Sí, claro –comentó Giovanni, riéndose–. Ya me lo imagino. No es de extrañar que no hayas querido marcharte nunca.

Si Giovanni supiera la verdad ... Regina decidió utilizar la excusa de quitarse las gafas para apartar la mano de la de Dizo.

–Decidí que nadie iba a volver a hablar así de mí ni de mi familia –afirmó Dizo. Sus palabras parecían dardos envenenados.

–Y, como se suele decir, el resto es historia –concluyó Giovanni–. En mi caso, no sé dónde voy a vivir el resto de mi vida, pero sí que sé dónde quiero estar en estos momentos. ¿Hablarás con mi padre?

Dizo tardó unos instantes en responder.

–Haré algo mucho mejor que eso, Giovanni. ¿Quieres un trabajo a tiempo parcial con mi padre? –le preguntó. El muchacho asintió–. En ese caso, te lo arreglaré todo. Sin embargo, para que tus padres no sientan que te están perdiendo, tienes que prometerme que irás a verlos siempre que puedas. Mientras estés aquí, te puedes alojar en la suite de Gina, para que papá y yo podamos vigilarte. Ahora que nosotros estamos casados, no la utiliza nadie.

Al escuchar aquellas palabras, Gina estuvo a punto de caerse de la hamaca. Al ver lo emocionado que Giovanni se sentía, no pudo hacer otra cosa que confirmar el ofrecimiento de Dizo. En realidad, él tenía razón. Todas las habitaciones de palacio que no se utilizaban eran un desperdicio. Todo lo que él decía y hacía la obligaba a amarlo un poco más, en especial su generosidad con Giovanni.

–Esta noche, cuando todos estemos cenando, utilizaré una de las tácticas de mi esposa para sacar el tema delante de todo el mundo. Ya veremos qué pasa.

–¡Eres el mejor! –exclamó Giovanni. El joven se levantó rápidamente para darle un fuerte abrazo a su primo y, a continuación, se marchó a su camarote para cambiarse de ropa.

La turbadora mirada que Dizo le dedicó hizo que se sintiera muy nerviosa.

–Mi padre fue demasiado orgulloso para aceptar la generosidad del tuyo. Yo no lo he sido para ofrecerle tu antigua suite a mi primo. Si no te parece bien, dímelo y se lo diré antes de cenar.

–Mi casa es su casa –replicó Gina, sin comprender por qué él se mostraba tan a la defensiva.

–A excepción de que tu casa tiene un rey viviendo dentro.

–Lucca ni siquiera se dará cuenta.

–Eso no es cierto.

–Tienes razón, pero le encantará que alguien de tu familia haya aceptado por fin nuestra hospitalidad.

Dizo se levantó de la hamaca e hizo que ella se levantara también.

–Vamos dentro, creo que te estás quemando un poco.

–Al menos ya no estoy blanca. Sin embargo, no puedo acompañarte –dijo ella. No quería quedarse a solas con él bajo ningún concepto–. Tengo que ir a la cocina para ver cómo va la cena de esta noche. Además, ayer compré unos regalos en Grasse para todos y quiero que los coloquen en el lugar de cada uno. Eso me va a llevar bastante tiempo. Tú no has parado en toda la semana. ¿Por qué no te vas al camarote y descansas un poco? Te despertaré cuando sea la hora de cenar.

Dizo la estudió durante un instante. Evidentemente, estaba considerando aquella sugerencia.

–Mi familia jamás ha tenido unas vacaciones como éstas. No sé cómo voy a poder darte las gracias...

–¿Eres capaz de decirme eso después del modo en el que te he arruinado la vida? Eres un buen hombre, doctor Fornese. No hay nadie mejor.

Antes de lo que pensaba iba a tener su recompensa. A Regina no le preocupaba que su inminente desaparición disgustara a Dizo. Lucca siempre estaba en contacto con los guardaespaldas de su hermana y sabría que estaba a salvo. Se lo comunicaría a Dizo sin revelar nada más.

Tal vez Dizo no pudiera volver a casarse, pero al menos ella le daría la libertad de encontrar una mujer a la que deseara y de vivir con ella si así lo deseaba. En cuanto a ella, se estaba hundiendo en un pozo sin fondo. Su guerrero corso siempre había sido el centro de su mundo, pero ya no podía seguir observando la vida a través de aquella lente.

Cortar todo vínculo con él a excepción del papel que los unía sería como volver a nacer, pero ésa era precisamente la realidad a la que él se enfrentaba. Para hacerlo, necesitaba estar sola...

Mientras los hermanos y el padre de Dizo volvían a Capriccio en limusina, Gina y él se montaron en el avión que iba a llevar a los que regresaban a Cerdeña para poder así despedirse de los que se quedaban en la isla. Dado que ella estaba charlando animadamente con Giovanni y su padre, Dizo fue a ver a su abuela para darle un nuevo beso de despedida.

–¿Has visto el ramillete de lavanda francesa que ella me ha regalado? Huele maravillosamente.

–Claro que lo he visto. Ahora dime la verdad, ¿ha sido demasiado este viaje para ti?

–No. Lo he disfrutado mucho. Ahora, dime, ¿por qué aún no te has marchado de luna de miel con tu esposa?

–Hace un mes no podía ni hablar con ella. Después de charlar contigo, decidí seguir tu consejo e ir paso a paso. Durante las últimas semanas, hemos sido amigos, pero cuando regresemos a Savono, la luna de miel comenzará con o sin su cooperación.

–Bien. Esa mujer te ha perseguido durante mucho tiempo. Ahora, te toca a ti perseguirla hasta que ella te permita atraparla. Te prometo que, por mucho que finja que no es así, se muere de ganas por ser tuya.

–Eres la persona más sabia que he conocido nunca –dijo Dizo. Entonces, besó a su abuela en ambas mejillas–. Te llamaré por teléfono, nonna.

–No lo hagas hasta que no me des las noticias que quiero escuchar.

Tras despedirse de su abuela, Dizo recorrió el avión buscando a Gina. No la encontró, por lo que decidió que ella ya había salido y que estaba esperándolo fuera. Por mucho que adoraba a su familia, no dejaba de contar los segundos para poder volver a estar a solas con ella.

Cuando llegó al pie de la escalerilla y no la vio, frunció el ceño. Tras mirar en la limusina con idéntico resultado, consultó con uno de los miembros de seguridad.

–¿Ha visto a mi esposa?

–Alguien se olvidó su regalo en el yate, porque lo que ella tomó otra limusina para ir a recogerlo.

–¿Le ha pedido al piloto que retenga el avión?

–Sí.

Lleno de frustración, Dizo se metió en la limusina. Dado que Gina no tardaría en regresar, no había motivo alguno para salir corriendo detrás de ella. Decidió que, cuando estuvieran por fin de vuelta en su apartamento, cerraría la puerta y no volvería a abrirla en mucho tiempo.

Ya le había dicho al doctor Bertholdi que no iría a la clínica en dos semanas. Como aún le quedaba otra semana, pensaba dedicarle aquellos siete días a Gina. Ella no sabía que el apartamento estaba bien pertrechado de comida para que no tuvieran que preocuparse por nada. Le parecía que llevaba toda una vida esperando para entregarle por fin su amor, pero la agonía estaba a punto de terminar.

Después de esperar unos minutos, sacó su teléfono móvil para llamarla y ver cuánto más se iba a demorar. Ella respondió a la segunda llamada.

–Dizo...

–Según me han dicho, has regresado al yate. ¿Por qué no me has esperado?

–Me pareció que querrías estar unos minutos más con tu abuela.

–¿Dónde estás ahora?

–Lo siento, apenas puedo escucharte. Se está cortando. No he podido encontrar el regalo de María así que he llamado al piloto para que despegue. Ya le enviaré otro regalo mañana.

Dizo sintió un mal presentimiento en el estómago.

–¿Dónde estás?

–Casi he llegado al apartamento.

Era mentira. Si su esposa lo estaba mintiendo, sería la primera vez.

–¿Gina?

–Yo te…

Cuando la llamada se cortó, Dizo trató de volver a llamarla. Nada. El vello de la nuca se le erizó. De repente, comprendió que ella había estado maquinando algo desde que atracaron en Niza. Aquella mañana, se había levantado mucho antes que él. Cuando fue a cubierta para buscarla, Gina lo evitó con la excusa de que tenía que ocuparse de unos asuntos antes de que todos abandonaran el yate. Este detalle no lo alarmó especialmente.

Tras decirle a su chófer que llegara a Savono todo lo rápidamente que pudiera, llamó a los guardaespaldas de Gina. No contestaron. Trató de ponerse en contacto con los suyos, pero éstos no sabían nada.

Veinte minutos más tarde, entró en su apartamento llamándola a gritos. Ella no respondió. Subió a toda velocidad al dormitorio principal y allí encontró un sobre con su nombre sobre la cómoda. El

cuerpo se le cubrió de un sudor frío mientras rasgaba el sobre y leía el contenido:

Dizo:

He tratado de conseguir que nos divorciáramos. No lo he conseguido, pero eso no significa que tengamos que vivir juntos. Yo jamás podría ser tan cruel contigo. Perdóname por abandonar mi puesto en la clínica sin avisarte antes. Estoy segura de que podrás remediar fácilmente la situación.

Regina.

La nota se le cayó de las manos mientras bajaba rápidamente las escaleras para dirigirse al garaje. Cuando estuvo en su coche, se dirigió con la máxima celeridad a palacio. Una vez allí, fue a ver a Lucca inmediatamente.

–Necesito ver al rey –dijo, al llegar a su despacho–. Se trata de una emergencia.

La secretaria lo miró y tomó el teléfono. Cinco segundos más tarde estaba en el despacho de Lucca.

–¿Qué es lo que ha pasado? –le preguntó su cuñado muy alarmado.

–Gina me ha dejado. ¿Sabes adónde se ha ido?

Lucca negó con la cabeza y le invitó a sentarse, pero Dizo no podía.

–Necesito que me ayudes a encontrarla. ¡Ella es mi vida! –exclamó Dizo con voz temblorosa.

–Evidentemente, Regina está muy dolida, pero dudo que se haya marchado muy lejos. Considerando que estaba contigo de viaje hace poco más de una hora, tiene en mente un destino donde ya lo tenía todo preparado.

Lucca pensó durante un instante. Entonces, se dirigió a su escritorio y sacó un sobre de uno de los cajones.

–Si te llevas mi helicóptero a Génova, mi otro avión privado te estará esperando para llevarte a Atenas. Dado que está utilizando un vuelo de línea regular, deberías llegar al hotel antes que ella.

–¿A qué hotel?

–Está todo aquí.

Lucca le entregó a Dizo el sobre.

–Se suponía que éste iba a ser el regalo que Gina te iba a hacer por terminar tu estudios universitarios. Yo debía dártelo como regalo de toda la familia para que tú jamás supieras que ella era quien lo había organizado todo. Eso fue antes de que decidiera irse a Cerdeña aquella noche para buscarte. Podría estar equivocado, pero mi instinto me dice que se ha ido allí. Ven conmigo, te acompañaré al helipuerto.

Dizo no necesitó que lo animara.

Unos minutos más tarde, estaba a bordo del helicóptero. Antes de sentarse, agarró la mano de Lucca y se la estrechó con fuerza.

–¿Cómo voy a poderte dar las gracias por esto?

–Para esto están los cuñados. Si conozco bien a mi hermana, ella se pondrá tan contenta de que la hayas encontrado que toda la familia Vittorio podrá volver a dormir por las noches.

Con eso, Lucca hizo una indicación al piloto y cerró la puerta. Muy pronto, las hélices comenzaron a girar.

Dizo se colocó el cinturón de seguridad y examinó los contenidos del sobre que Lucca le había dado. Encontró un billete de ida y vuelta en primera clase sin fecha entre Niza y Atenas. El beneficiario era Dinozzo Romali Fornese. Ella lo había comprado hacía dos meses. También halló un bono de hotel a su nombre en el Royal Parthenon, un hotel de cinco estrellas.

Gina…

Dos horas más tarde, una limusina cortesía de Lucca lo depositaba delante del hotel, que estaba situado en el centro de la ciudad que siempre había querido visitar con Gina. Se dirigió rápidamente al mostrador de recepción.

–Soy el doctor Fornese de Castelmare –dijo poniendo su pasaporte encima del mostrador.

El encargado comprobó su identidad y sonrió mientras le devolvía el documento.

–El palacio nos ha enviado información por fax de su inminente llegada.

–¿Ha llegado ya mi esposa?

–No, señor. No esperamos a la princesa hasta dentro de una hora.

–Bien. En ese caso, le agradecería que no le dijera que yo ya he llegado. Quiero sorprenderla.

–He oído que venían aquí para pasar su luna de miel. No se preocupe. No diré nada.

–Gracias. Una cosa más, ¿podría llamar a la suite cuando ella se haya registrado para informarme de que ella ya sube?

–Por supuesto. Que disfrute de su estancia.

Unos minutos más tarde, Dizo estaba en la suite. Gina había echado la casa por la ventana para reservarle una suite digna de una persona famosa. Se dio una ducha y se puso el albornoz que el hotel proporcionaba para sus huéspedes. Entonces, se dirigió a la terraza para tratar de calmar los frenéticos latidos de su corazón. Volvería a reencontrarse con su adorable Gina muy pronto.

Regina subió a su habitación de hotel a toda velocidad. El sonido del grito de Dizo desde el otro lado del teléfono aún le resonaba en los oídos. Ella lo había cortado brutalmente, pero había sido el único modo de dejar de sufrir. Atenas parecía el lugar perfecto para tratar de decirle adiós en su corazón definitivamente y, para eso, tenía que estar completamente sola.

Cuando el ascensor llegó a la planta superior, se dirigió rápidamente a su suite. Se sentía desesperada por poder separarse del mundo. Se disponía a abrir la puerta con su tarjeta cuando ésta se abrió sola.

El hombre que la esperaba al otro lado del umbral, ataviado con el albornoz del hotel resultaba muy real y tremendamente familiar. Sin embargo, era imposible que estuviera allí. Debía de estar alucinando por la desesperación con la que lo deseaba.

Decidió que no podía confiar en sus guardaespaldas, pero, en aquel momento, no le importó lo más mínimo. Él tomó su maleta y su bolso y los dejó sobre el suelo de la suite

–Sabía que te había dado demasiado el sol. Ahora voy a meterte en la cama antes de que te vuelvas a desmayar.

–Dizo...

Gina no pudo decir nada más. Él la tomó en brazos y cerró la puerta de una patada. Mientras avanzaban hacia el dormitorio, ella sintió que la cabeza comenzaba a darle vueltas. Cuando por fin Dizo la dejó sobre la cama, se tumbó inmediatamente sobre ella, Gina sintió cómo el corazón de él rugía contra su pecho.

Dizo enterró el rostro contra el cuello de ella.

–Esto lo hicimos bien cuando yo estaba medio borracho –musitó mientras iba besando cada centímetro de su caldeada piel–. Creo que ahora que sé que no eres un sueño, lo podremos hacer aún mejor. Te amo, Giannina Vittorio. Llevo enamorado de ti desde que tú tenías quince años. Sabes que es cierto. Eres lo más hermoso que me ha pasado en toda mi vida. Sin ti no soy nada. ¿Me oyes, amada mía?

Los labios de Dizo buscaban los de ella, atrapándolos con una pasión que provocó que los cuerpos de ambos comenzaran a arder como si fueran el mismo fuego.

–Ya nos hemos hecho todo el daño que nos podíamos hacer. Nos hemos dicho todo lo que nos podíamos decir. En estos momentos, lo único que deseo es amarte a ti, mi encantadora y hermosa esposa. No sabes lo que han sido para mí todos estos años sin ti. Hace mucho tiempo que te convertiste en la esposa de mi corazón.

–Caro ... –susurró ella, retorciéndose entre sus brazos para tratar de acercarse a él un poco más–. Llevo desde siempre enamorada de ti –admitió, medio sollozando. Al sentirse en los fuertes brazos de Dizo, pudo por fin desmoronarse y entregarle todo el amor que guardaba en su interior

–Efectivamente, los dos hemos sufrido más que suficiente.

Ahora todo ha llegado a su fin. Agárrate a mí con fuerza. Bésame, Giannina. Ámame sin detenerte nunca.

Horas más tarde, Dizo protestó cuando sintió que ella se separaba de su pecho. La inmovilizó con piernas y brazos para evitar que se separara de él.

–¿Adónde crees que vas?

–A darte espacio para respirar.

–Cuando quiera aire, ya te lo diré –afirmó.

Una vez más, su boca cubrió la de Gina con un hambre voraz, enseñándole así el significado de la palabra éxtasis.

–Tienes el rostro y el cuerpo más hermosos que ninguna otra mujer. Jamás podré dejar de tocarte.

–A mí me ocurre lo mismo contigo. Jamás he visto ningún hombre que pudiera compararse contigo. Me he pasado la mayor parte de mi vida imaginándome cómo sería estar contigo de este modo...

Dizo le besó delicadamente la garganta.

–Los dos hemos imaginado demasiado, pero la realidad es mucho mejor que los sueños. No me puedo creer que hayamos tenido que esperar tanto tiempo para comprobarlo. Te deseo tanto, amor mío, que creo que no voy a dejar que te levantes nunca de esta cama.

–En ese caso, no nos dejaremos ninguno de los dos. Seguiremos así hasta el infinito.

Dizo enredó los dedos en los sedosos rizos del cabello de Gina.

–Recuerdo haberte oído decir esas mismas palabras mucho antes.

Ella le trazó la línea de la sensual boca con un dedo. Se sentía tan feliz compartiendo aquella intimidad con Dizo...

–¿Qué más recuerdas?

Él la abrazó con fuerza.

–Sigue amándome y no me quedará ninguna duda de que terminaré recordándolo todo.

CAPÍTULO 10

–¡MAMÁ!

–Angioletto mío! ¡No sabía que ya habíais regresado!

Regina entró en el salón privado de su madre para darle un fuerte abrazo.

–Ha habido un retraso en el aeropuerto. Nuestro vuelo de Atenas no llegó a Niza hasta anoche muy tarde. Tomamos un taxi para ir al apartamento y nos fuimos directamente a la cama.

Dizo había estado en lo cierto. Durante la última semana habían estado tan prendados el uno del otro que prácticamente no habían salido de la suite del hotel. Cuando lo hacían, no podían dejar de tocarse o de besarse. Decididamente, tendrían que volver a visitar Atenas en otra ocasión.

–Doy gracias porque hayáis regresado sin novedad. ¿Dónde está Dizo?

–Se ha ido a la clínica. Yo me reuniré con él más tarde.

–Siéntate y déjame que te mire.

–Te he echado de menos, mamá. ¿Cómo estás?

–Ahora que te he visto, muy bien –dijo su madre–. Creo que nunca en toda tu vida te he visto tan feliz. Me gustaría que tu padre también pudiera verte así.

Regina asintió.

–Así es. Estoy tan enamorada de Dizo que casi no puedo respirar. Algunas veces me siento tan dichosa que me da miedo.

–Eso es bueno –dijo su madre con una sonrisa–. Lo mucho que os ha costado estar juntos garantizará que jamás os cansaréis el uno del otro.

–¡Jamás! –gritó ella.

–Todos éramos conscientes de tu dolor, pero ahora, evidentemente, no te arrepientes de nada.

–¡Claro que no!

–En ese caso, deberías decírselo a Lucca

–¿Por qué dices eso? Él sabe que Dizo es mi vida.

–¿Has hablado con él esta mañana?

–Todavía no. Quería verte a ti primero. ¿Qué es lo que ocurre?

–Después de que Dizo viniera a palacio completamente frenético porque tú lo habías abandonado, tu hermano lo empezó a pasar muy mal. Creyó que, por tratar de arreglar un problema, había cometido un error fatal. Creo que hay ciertas cosas que tu hermano necesita explicarte. ¿Por qué no vas a su despacho ahora mismo y hablas con él?

–Muy bien. Iré a verlo, pero regresaré.

Tras besar a su madre de nuevo en la mejilla se levantó y se dirigió al despacho de su hermano.

Se acercó con mucho cuidado a él y le cubrió los ojos con las manos. Lucca se puso inmediatamente de pie y se dio la vuelta.

–Piccina –murmuró, observándola atentamente–. La ausencia de noticias sólo puede significar buenas noticias. Doy por sentado que has regresado con Dizo.

–Para siempre –afirmó ella con orgullo.

El gesto de preocupación que había en el rostro de Lucca comenzó a desvanecerse.

–Gracias a Dios –susurró.

–Mamá me ha dicho que estabas muy disgustado, pero no tienes por qué. Soy la mujer más feliz del mundo, aunque supongo que Alexandra no estaría de acuerdo conmigo –comentó ella. Aquella broma no produjo el efecto que ella esperaba–. Lucca, ¿qué ocurre?

–¿Y por dónde empiezo?

–No te entiendo.

–Supongo que nada más que una confesión completa va a hacer que me sienta mejor. Soy tan feliz junto a Alexandra que no pude evitar desear que tú sintieras la misma felicidad que yo. Sabía bien lo enamorada que estabas de Dizo. Cuando vi esas fotografías, comprendí que eran mi oportunidad para cancelar tu boda con Nic. A nuestros padres siempre les preocupó mucho el amor que parecías sentir por Dizo. Por ello, decidí que no podía utilizar esas fotos si no estaba completamente seguro de que los sentimientos de Dizo eran los mismos que los tuyos. Cuando dijo que iba a regresar a Cerdeña, decidí ponerlo a prueba. Le conté que nuestro padre quería que él se hiciera con el puesto de la clínica de Savono. Mi instinto me decía que, si te amaba sinceramente, aceptaría el puesto porque no podría soportar estar tan lejos de ti. Una semana más tarde, recibí una nota en la que él me daba las gracias por haberle hablado de la vacante. Me informaba que había decidido aceptarla. Entonces, fue cuando decidí llamaros a todos para la reunión en la que anuncié que deberíais casaros.

–No lo sabía...

–En esa reunión me jugué mucho. Desgraciadamente, cuando tú saliste huyendo de él después del crucero, el miedo de haberme equivocado me mantuvo despierto muchas noches. Dizo estaba tan desesperado porque yo lo ayudara que lo único que se me ocurrió fue darle los detalles de su viaje a Atenas y rezar para que fuera allí donde te habías marchado. Dios pareció escuchar mis plegarias. ¿Podrás perdonarme alguna vez por haberte hecho pasar este infierno, piccina mia?

Regina lo abrazó con fuerza.

–¡Eres el hermano más maravilloso que yo podría tener! Si no hubieras hecho eso, en estos momentos yo no sería su esposa. Muchas gracias, hermano. No sabes lo mucho que te quiero, Lucca –añadió, antes de darle un beso en la mejilla.

–Lo mismo digo, piccina.

–¿Te podría pedir un favor?

–Por supuesto.

–¿Me podrías devolver las fotografías?

–Son todas tuyas.

Lucca se dirigió hacia el cajón de su escritorio y sacó un sobre, que entregó inmediatamente a su hermana. Ella sacó las fotos y la primera que vio fue en la que ella estaba agarrada a Dizo en el exterior de la ventana de la granja. Supo exactamente lo que iba a hacer con ella.

–Gracias. Ahora, tengo que marcharme a la clínica. Dizo no se va a poder creer todo lo que me has contado.

Sin embargo, primero tenía que hacer un par de recados muy importantes antes de reunirse con su esposo.

Dizo terminó de examinar al gatito enfermo y extendió una receta. Entonces, regresó a la concurrida recepción para llamar a su siguiente paciente. Estaba encantado de que la clínica le fuera tan bien, pero le estaba costando un poco aquella mañana porque Gina aún no había regresado de palacio.

Después de la especie de luna de miel que habían compartido, él sabía que ella lo amaba hasta lo más hondo de su ser, pero le resultaba difícil deshacerse de los viejos temores. No podría respirar con tranquilidad hasta que ella entrara por la puerta de la clínica.

Esto no ocurrió hasta bien avanzada la mañana. Tenía un aspecto tan radiante que le perdonó completamente haberlo tenido en ascuas durante todo el día.

Dizo se encontró contando los segundos que faltaban hasta que el último paciente se marchara de la clínica. Cuando por fin llegó la hora, se quitó la bata y fue a buscarla a la perrera. Le rodeó la irresistible cintura con los brazos desde atrás.

–Llevo todo el día con ganas de hacer esto –murmuró suavemente.

–No tanto como yo.

Gina se dio la vuelta y le obligó a bajar la cabeza para poder

besarlo. Terminaron contra la pared, besándose y abrazándose apasionadamente.

–Por muy guapa que te encuentre así vestida, en estos momentos nos separan demasiadas capas de ropa, amore. Vayámonos a casa. Voy a necesitar toda la noche para demostrar lo que siento. Vamos.

Cuando iban de camino hacia su apartamento, ella le dedicó una misteriosa sonrisa.

–Cuando lleguemos allí, tengo algo muy importante que decirte.

–¿Acaso vamos a tener un hijo?

–Tal vez. Después de Atenas, es más que posible. Espero que así sea. Llevo mucho tiempo queriendo tener un hijo tuyo. Sin embargo, en estos momentos me refiero a otra cosa.

–¿Tengo que esperar?

–Sí. He pensado decírtelo durante la cena especial que he preparado para nosotros.

–Por eso tardaste tanto en llegar a la clínica.

Gina entró primero en el apartamento.

–Después de que te hayas refrescado un poco, la cena te estará esperando sobre la mesa.

–¿Por qué no nos refrescamos juntos? –le sugirió Dizo. Entonces, la tomó entre sus brazos y le dio un sugerente beso en los labios.

Ella lo apartó.

–Porque si subo contigo, no volveremos a bajar.

–En eso tienes razón. Me daré prisa.

Regina había preparado una de las recetas de la tía de Dizo, un plato con patatas y marisco. Como Guido le había dicho cuál era el vino favorito de su hijo, pudo ponerlo también sobre la mesa. Cuando él entró en la cocina recién salido de la ducha, todo estaba preparado.

–Ven a sentarte.

–¿Qué es esto? –preguntó, señalando el regalo que ella había colocado junto a su plato.

–Ábrelo.

Dizo rasgó el papel. Gina tuvo que esperar un minuto antes de que él respondiera.

–Supongo que Lucca te dio esto.

–Yo se lo pedí.

–¿Por qué?

–Si alguna vez dudas de mí en algún sentido, quiero que mires esas fotografías. Las que presentan a una mujer completamente desesperada por ti.

Dizo sonrió y le dedicó una penetrante mirada.

–¿Y qué otra cosa importante tenías que decirme?

–Mi hermano lo ha pasado muy mal preguntándose si había hecho bien en obligarnos a casarnos.

–Lo sé. Me lo dijo.

–¿Dices que lo sabías? –preguntó ella atónita.

Dizo se apartó de la mesa y extendió los brazos para tomarla entre ellos.

–Lo descubrí después de que abandonaras el invernadero aquella noche. Cuando Lucca me dio las gracias por no haberme aprovechado de ti me miró a los ojos y me dijo que si podía hacer algo por mí, lo único que tenía que hacer era decírselo. A continuación, me dijo que su padre quería que yo trabajara como veterinario en la consulta de Savono. Entonces empecé a comprender que tal vez estaba de mi lado y que me estaba animando. Para mi sorpresa, te ofreció a mí en bandeja de plata. No tuve que pensar, sino tan sólo agarrarte con las dos manos.

–Dizo...

La comida se estaba quedando fría, pero los dos siguieron

abrazándose.

–Me porté tan mal contigo...

Él la besó larga y apasionadamente.

–Y yo te hice mucho daño rechazándote delante de Lucca, pero sabía que era la única esperanza que podía tener de que los dos pudiéramos tener una relación. Yo no podía permitirme el hecho de enfadar a tu hermano. Es el rey y tiene todas las cartas en la mano.

–¿No me habrías dejado nunca, aunque no nos pudiéramos haber casado?

–Lo intenté un día y mira lo que ocurrió. Regresé a las veinticuatro horas. Lucca sabía que yo no podía estar alejado de ti.

–Y yo sin enterarme. Desde luego, tu abuela tenía todo el derecho del mundo a estar enfadada conmigo. Afortunadamente, ya hemos hecho las paces.

–¿Qué fue lo que ocurrió entre vosotras? Ella se negó a contármelo.

–Te lo mostraré.

Tomó su bolso y sacó el montón de fotografías de la cartera. Dizo fue examinando cada foto, con una expresión de asombro en el rostro.

–Le di a tu abuela la que era mi favorita, una en la que estabas con tu madre. Fuera lo que fuera lo que pensara de mí, se dio cuenta de que eras mi vida.

–Ahora comprendo por qué me dijo que fuera poco a poco. Sabía que tú me amabas.

Dejó las fotografías sobre la mesa y la miró con una inconfundible expresión de deseo en los ojos.

–Gina, perdóname ... En estos momentos, no tengo hambre de comida.

–Yo tampoco...

Dizo la tomó en brazos, pero sólo consiguieron llegar a la habitación de la planta baja. Cuando por fin llegaron a la cama,

habían ido dejando un rastro de ropa sobre el suelo.

Fue un déjà vu, a excepción de que no fue su tío quien llamó a la puerta principal.

–Dizo, es tu padre. ¿Estás despierto?

Él se incorporó como pudo en la cama.

–¿Y qué está haciendo aquí?

–Supongo que habrá venido a ver si estamos disfrutando de nuestra luna de miel –bromeó ella.

–¿Cuántos padres conoces tú que vayan a ver cómo su hijo de treinta y dos años disfruta de la luna de miel?

–¿Cuántos hijos de treinta y dos años conoces tú que se casen con princesas?

Dizo lanzó una carcajada.

–En eso tienes razón.

–En realidad, creo que es todo un detalle por parte de tu padre. Lo adoro –dijo Regina, antes de darle un apasionado beso en los labios–. Ve a abrirle la puerta y dile que todo va bien. Yo prepararé enseguida el desayuno.

–Quédate donde estás. Te traeré el albornoz.

–Gracias. Te prefiero con mucho a ti a mi doncella personal.

Dizo le arrojó una almohada antes de vestirse. Al cabo de un minuto, Gina escuchó las voces de los dos hombres en el salón. Dizo y Guido juntos, en su feliz hogar a las siete de la mañana.

¿Quién se lo habría imaginado?

Fin